

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES**  
**SEDE ECUADOR**  
**DEPARTAMENTO DE DESARROLLO, AMBIENTE Y TERRITORIO**  
**CONVOCATORIA 2013-2015**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN DESARROLLO**  
**TERRITORIAL RURAL**

**IDENTIDAD, RITMO COLECTIVO Y RESISTENCIA: PROCESOS DE**  
**CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA DESDE LAS PRÁCTICAS PRODUCTIVAS**  
**EN LA LUCHA HISTÓRICA DE LA COMUNIDAD NEGRA DE LA TOMA,**  
**SUÁREZ, CAUCA, COLOMBIA.**  
**1950-2015**

**LAURA FERNANDA CORTÉS RODRÍGUEZ**

**JULIO 2016**

**FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES  
SEDE ECUADOR  
DEPARTAMENTO DE DESARROLLO, AMBIENTE Y TERRITORIO  
CONVOCATORIA 2013-2015**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN DESARROLLO  
TERRITORIAL RURAL**

**IDENTIDAD, RITMO COLECTIVO Y RESISTENCIA: PROCESOS DE  
CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA DESDE LAS PRÁCTICAS PRODUCTIVAS  
EN LA LUCHA HISTÓRICA DE LA COMUNIDAD NEGRA DE LA TOMA,  
SUÁREZ, CAUCA, COLOMBIA.  
1950-2015**

**LAURA FERNANDA CORTÉS RODRÍGUEZ**

**ASESORA DE TESIS: AMANDA CONCHA HOLMES**

**LECTORES/AS: MARÍA FERNANDA LÓPEZ**

**SANTIAGO ARBOLEDA QUIÑONEZ**

**JULIO 2016**

## **DEDICATORIA**

*A mi querer ser.*  
¡Ya vamos dando la vuelta!

## AGRADECIMIENTOS

A la región del norte del Cauca, que en mis “ires y venires” familiares, desde niña, me fue alimentando la experiencia y la inquietud por los pueblos negros asentados en sus extensos valles y en algunas de las cadenas montañosas que comprenden las dos cordilleras que lo delinear.

A la amiga y directora de esta tesis Amanda Concha Holmes, quien con su experiencia de vida y académica, apoyó en cada una de sus fases esta investigación y a esta investigadora en sus delirantes ideas, confusiones y aciertos.

A Axel Rojas, profesor de la Universidad del Cauca, quien con su generosidad académica y personal, me presentó el territorio y la comunidad de La Toma, sin su ayuda no hubiese sido posible esta investigación.

Agradezco especialmente al Consejo Comunitario de La Toma en cabeza de su presidente Sabino Lucumí, por abrirme las puertas de su territorio y brindarme la confianza para llevar a cabo esta investigación. De la misma forma, agradezco a Jhon Jairo Valverde por su compañía, confianza y guía en los caminos de subida y bajada por el territorio de La Toma. A Acened Carabalí y Betty Ibarra por brindarme día a día, mientras estuve en sus casas y sus vidas, una sonrisa sincera, unos buenos tragos y unos inolvidables pasos de baile que, al calor del abrigo y consentimiento, como si fuera yo su hija, recibí de estas madres, amigas y luchadoras mujeres.

A los incansables y luchadores pobladores del territorio de La Toma, a las mujeres y hombres que generosamente, con los brazos abiertos y la alegría a flor de piel, me brindaron la oportunidad inigualable de conocer sus historias de vida, la verdad ha sido de las experiencias más enriquecedoras, hasta el momento, de mi vida.

También deseo agradecer a mi familia asentada en el municipio de Caloto, Cauca, por abrirme, como siempre, de par en par sus casas y hacerme llevaderos los diferentes tramos del trabajo de campo. Así mismo, agradezco a mi amigo Omar Cruz por su compañía y consentimiento durante mi estadía en la ciudad de Popayán, y a su prima Olga Solarte por abrirme las puertas de su casa durante más de un mes.

A FLACSO por darme la oportunidad de conocer este maravilloso país, brindarme diferentes espacios de reflexión dentro y fuera de sus instalaciones y por la beca de investigación que me fue otorgada por concurso, con la cual fue llevada a su término la presente investigación.

Agradezco a la vida, el hecho de haber conocido personas alucinantes y fundamentales para que este proceso académico y de vida en Quito fuera realmente “SABROSO”. A mi “ñaña” Viviana Vega, nuestra familia sin igual ha sido apoyo, amor y diversión los últimos dos años, junto a nuestros dos mininos: Mambo y Baguira. A María Isabel Vargas, por su amistad, cariño y complicidad dancística que ha hecho mi vida más llevadera en Quito. Al noble y brillante hombre que encontré en este camino, compañero de las mejores noches quiteñas y los amaneceres más amorosos, Luis: “con algo de suerte, naturalidad y frescor, tendremos raíces y floreceremos amor”.

A mis padres, Luz Elvia Rodríguez y Hernando Cortés, por su infinito AMOR.

## ÍNDICE

<b>Contenido</b>	<b>Páginas</b>
RESUMEN .....	9
INTRODUCCIÓN.....	10
CAPÍTULO I.....	13
PROBLEMÁTICA DE ESTUDIO Y ABORDAJE METODOLÓGICO.....	13
Estudios afrocolombianos y procesos identitarios .....	15
Objetivo general .....	23
Objetivos específicos:.....	23
Estrategia metodológica .....	24
Técnicas de estudio.....	30
Entrevista a profundidad.....	30
“Un día en la vida de...” .....	31
Observación participante .....	32
CAPÍTULO II.....	34
MARCO TEÓRICO .....	34
Identidad, constructivismo y habitus .....	35
Identidades: articulación de la diferencia e identificación, agencia y práctica en el caso de la comunidad negra de La Toma .....	39
Espacio, lugar y poder .....	48
La política de la producción del espacio .....	50
Perspectiva de lugar: ubicación, localidad y sentido de lugar.....	53
CAPÍTULO III .....	58
LOCALIDAD Y RITMO COLECTIVO EN LA TOMA: EL RÍO CAUCA Y LAS PRÁCTICAS PRODUCTIVAS DE SUBSISTENCIA COMO GENERADORES DE IDENTIDAD, 1950-1980.....	58
“Uno en ese entonces bajaba y no se venía con el morral vacío del río” .....	62
Práctica agrícola como despliegue del ritmo colectivo e identidad.....	69
La práctica agrícola: el quehacer situado de la agricultura en La Toma .....	70
Formas de trabajo colectivo y aprendizaje situado.....	74
Cafetales como apropiación productiva del territorio .....	78

El río Cauca y la práctica agricultura: dos polos de identidad en el periodo 1950-1980 .....	80
CAPÍTULO IV .....	82
“CHARCARON EL RÍO CAUCA SEÑORES, ¿QUÉ VAMOS A HACER?”: DINÁMICAS DE DESPOJO Y RESISTENCIA SITUADA EN LA TOMA, 1980-2000.....	82
Antecedentes del despojo en la región del Alto Cauca .....	82
Construcción y primera década de funcionamiento de La Salvajina.....	84
Proceso de despojo de tierras: efectos iniciales de La Salvajina en la comunidad de La Toma.....	86
“Esa Salvajina ahí donde está es la que nos transformó totalmente” .....	92
Transformaciones en el quehacer tradicional de la agricultura .....	95
Suficiencias íntimas para contrarrestar el avance del “desarrollo regional” .....	103
Resistencia y organización étnica frente al avance neoliberal en La Toma .....	106
“Espacio abstracto” vs “espacio diferencial”: pérdida de referentes identitarios y emergencia de suficiencias íntimas .....	109
CAPITULO V .....	112
“NOSOTROS SOMOS AGRO-MINEROS”: PROCESO DE IDENTIFICACIÓN ÉTNICA Y REVITALIZACIÓN DE LAS PRÁCTICAS PRODUCTIVAS DE SUBSISTENCIA EN LA TOMA, 2000-2015.....	112
Panorama de la primera década del siglo XXI en La Toma: organización étnica y minería ancestral entre el avance de la gran minería y la violencia paramilitar.....	113
“La gente dijo no a la agricultura, me voy pa’ la mina allá diario tengo plata”..	117
Agricultura en la primera década del siglo XXI: debilitamiento de los saberes y habilidades propias del quehacer .....	121
“Entre platanales, el café”: la agricultura en la actualidad tomeña .....	124
Identificación étnica alrededor de las prácticas productivas de subsistencia .....	135
CONCLUSIONES.....	139
Procesos de identificación en la constitución de los polos de identidad colectiva en la comunidad de La Toma .....	139
El lugar y la política del espacio en la construcción de las identidades .....	145
Al ritmo colectivo el afloramiento de suficiencias íntimas .....	146

BIBLIOGRAFÍA .....	148
ANEXOS .....	155

## INDICE DE FIGURAS

Mapa 1. Ubicación del corregimiento La Toma.....	60
Tabla 1. Cronología de la construcción de la represa La Salvajina.....	91
Foto 1. Vista aérea de la zona plan del río Cauca.....	64
Foto 2. Isabel Valverde tocando la batea al río Cauca.....	68
Foto 3. Muro de contención de la represa La Salvajina.....	90
Foto 4. Minería a tajo abierto.....	119
Foto 5. Don Isidoro sembrando café.....	129
Foto 6. Don Isidoro en su casa después de la jornada de trabajo en la finca.....	134
Figura 1. Distribución espacial de las actividades productivas de la localidad de La Toma.....	130
Figura 2. Esquema de cultivos en las fincas de La Toma.....	131

## RESUMEN

La presente investigación estudia los procesos de construcción de la identidad a partir de las prácticas y actividades productivas de subsistencia, dentro de la trayectoria de asentamiento y construcción de las formas de vida de la comunidad negra del corregimiento de La Toma, Suárez, Cauca, Colombia, en contextos de cambio e inserción de dinámicas de despojo y control sobre sus pobladores, localidad y recursos, en el periodo comprendido entre 1950 y 2015.

Analiza los procesos de identificación gestados desde las relaciones sociales colectivas y solidarias desplegadas históricamente al interior de la comunidad de La Toma, fundamentadas en su ligazón con el entorno natural de la región del Alto Cauca y los recursos que esta provee, produciendo un conjunto de posiciones o polos de identidad colectiva que se han sostenido o ganado, como los referidos a las prácticas productivas de subsistencia (agricultura y minería), o que se han perdido, como el constituido alrededor del río Cauca.

Los diferentes proyectos y actores hegemónicos, que por medio de estrategias de despojo y violencia, alcanzarán el control de los recursos tierra y agua en la cuenca de la región del Alto Cauca, actuarán como exterior constitutivo donde la comunidad de La Toma hará resistencia a partir de suficiencias íntimas, que permitirán su permanencia en la localidad y la emergencia y fortalecimiento de un proyecto político étnico en defensa de su territorio y formas de vida.

## INTRODUCCIÓN

La presente investigación estudia desde una perspectiva histórica y etnográfica, los procesos de construcción de la identidad a partir de las prácticas y actividades productivas de subsistencia, dentro de la trayectoria de asentamiento y construcción de las formas de vida de la comunidad negra del corregimiento de La Toma, Suárez, Cauca, Colombia, en contextos de cambio e inserción de dinámicas de despojo y control sobre sus pobladores, localidad y recursos, en el periodo comprendido entre 1950 y 2015.

En el capítulo I se describe la problemática de estudio, estableciendo el alcance de los estudios sobre las poblaciones negras en Colombia o los “estudios afrocolombianos” en el tema de construcción de identidades donde se ha privilegiado el análisis de la región del Pacífico, evidenciando la ausencia de investigaciones sobre la constitución histórica de identidades en contextos de cambio por dinámicas de modernización y globalización, en otros sitios o localizaciones de estas poblaciones como lo son el norte del departamento del Cauca y la cuenca del Alto Cauca. Así mismo, se incluye el abordaje metodológico donde se detalla la orientación cualitativa del estudio, la actitud metodológica asumida en el trabajo de campo y las particularidades ocurridas en sus diferentes fases, el método de recolección de la información en forma de historia-en-persona y los actores que facilitaron la realización de esta investigación.

En el capítulo II se expone el marco teórico, orientando el estudio a partir de la articulación de enfoques críticos como la antropología de la modernidad, los estudios culturales y poscoloniales y la geografía política crítica, para la comprensión de los procesos de construcción de la identidad de las poblaciones negras en el marco de procesos dominantes globales y regionales, privilegiando la escala local y su vinculación y coproducción con otras escalas. Al mismo tiempo, se propone transversalmente, el enfoque sociológico que entiende el sujeto como “sujeto sociológico” y como producto de una “construcción social” que desarrollamos en el concepto de “habitus”. Las categorías de análisis en esta investigación son: 1) procesos de identificación; 2) auto-formación de identidades y agencia; 3) suficiencias íntimas; 4) espacio y producción de lugar.

En el capítulo III se hace un acercamiento a las dinámicas cotidianas de la comunidad de La Toma en el periodo de 1950 a 1980. Teniendo lugar en las vegas del río Cauca, los pobladores desplegarán sus formas de vida en relación a las prácticas y actividades productivas de subsistencia por las cuales alcanzarán la propiedad de la tierra y lograrán un periodo de estabilidad y abundancia. Se analizan las condiciones particulares por las cuales fue posible la construcción de la localidad de La Toma, teniendo como escenario rutinario las vegas del río Cauca donde ocurrían las interacciones sociales colectivas cotidianas y se desarrollaban las prácticas productivas de subsistencia, de donde se derivaron procesos de identificación que resultaron en la constitución de dos polos de identidad colectiva: el río Cauca y la práctica agrícola.

En el capítulo IV se presentan las transformadoras dinámicas de despojo a partir de la acumulación privada de los recursos tierra y agua en la cuenca de la región del Alto Cauca, agenciadas por sectores públicos y privados a través de proyectos de desarrollo regional en el periodo de 1980 al 2000. Estos causarían cambios irreversibles sobre la localidad, formas de vida colectivas y prácticas productivas de subsistencia de los pobladores de La Toma, los cuales, bajo estas condiciones, desplegarán estrategias cotidianas con el propósito de permanecer en su territorio y defender sus formas de vida.

Se analiza como las dinámicas de despojo adelantadas hacen parte de representaciones del espacio dominantes que configuran a la región de Alto Cauca como un “espacio abstracto” de mercaderías que llevaron a la pérdida y trastoque de los polos de identidad colectiva de la comunidad de La Toma, gestándose un proceso de confrontación a través de las representaciones e interpretaciones propias de su “espacio diferencial” a partir del cual afloraron estrategias como suficiencias íntimas para la permanencia en la localidad y, al mismo tiempo, nuevos procesos de organización social.

El capítulo V expone el contexto por el cual se fortalece el proceso organizativo de la comunidad de La Toma en cabeza de su Consejo Comunitario, desde el cual defienden políticamente su territorio y su cultura, teniendo como insignia de lucha la práctica minera constituida como práctica ancestral de la comunidad. Se analiza cómo a partir de la exacerbación de dinámicas de despojo y violencia por la llegada de la mediana y gran minería y el paramilitarismo a la región del Alto Cauca, se da un

proceso de identificación étnica con la práctica minera constituyéndose al interior de la comunidad, discursiva y materialmente, como parte de su ancestralidad que se vincula al proceso de diferenciación cultural adelantado a partir del reconocimiento jurídico de los derechos de la comunidades negras, por medio de la Ley 70 de 1993 o la “Ley de Negritudes”. En la cotidianidad de la comunidad habrá también una revitalización de la práctica agrícola que derivará en un ejercicio de complementariedad de las prácticas productivas desde donde sus habitantes se auto-reconocerán como “agro-mineros”.

Finalmente, en las conclusiones evidenciamos como en los 65 años de la historia de la comunidad de La Toma que se analizaron, la construcción de la identidad ha girado en torno a procesos de identificación a partir de las prácticas y actividades productivas de subsistencia.

Estas formas de identificación gestadas desde procesos sociales colectivos, como el ritmo colectivo, fundamentados en sus relaciones con el entorno natural y los recursos que este provee, han producido un conjunto de posiciones o de polos de identidad colectiva que se han sostenido o ganado, como las prácticas productivas agrícola y minera, o que se han perdido como el río cauca, siempre en confrontación y resistencia a dinámicas y actores hegemónicos que actúan como exterior constitutivo.

## **CAPÍTULO I**

### **PROBLEMÁTICA DE ESTUDIO Y ABORDAJE METODOLÓGICO**

Las poblaciones rurales latinoamericanas al igual que la construcción de sus identidades han sido subsidiarias de la concepción dual antagónica entre lo urbano y lo rural. Este principio constituyó a lo rural como una realidad destinada al cambio convirtiéndola en la otra cara de la moneda, representando lo inferior, lo atrasado y lo tradicional, mientras que la ciudad concentró el poder político y cultural, teniendo en su seno los centros institucionales desde donde se ha decidido el rumbo de la sociedad, entre ésta a su mundo rural anexo (Zambrano, 2002: 31; Osorio, 2010: 3).

La sociología rural apoyada en la oposición de campo-ciudad, restringió a su objeto de estudio a la determinación de la actividad agrícola como generadora de la vida social, material y económica, pensándola como una esfera relativamente autónoma con respecto a la sociedad urbana envolvente (Favareto, 2006: 80), mostrándose como expresión de la dominación sobre el campo negando a su propio objeto de estudio (De Souza Martins, 1986: 33). Desde esta perspectiva, los modelos de desarrollo que definieron la intervención institucional en los países latinoamericanos, ubicaron el despegue de las sociedades a partir de la agricultura, como factor que facilitaría la dinámica industrial (Osorio, 2010: 4).

Ahora bien, como lo argumentan diferentes estudiosos de la dinámicas territoriales rurales, el tradicional antagonismo entre lo rural y lo urbano se soporta sobre una dimensión poco explorada de forma explícita, esta responde a los imaginarios y las representaciones que tienen tanto los habitantes rurales, sobre lo que se puede llamar su identidad rural, así como la que tienen los demás actores urbanos e institucionales sobre los primeros (Salgado, 2002; Favareto, 2008; Osorio, 2010). Este factor clave, evidencia según Osorio (2010), imaginarios anclados en el tiempo que no actualizan las diversas dinámicas que se dan en el campo y que son las que orientan el tipo de relaciones, la posición y condición que se le asigna, así como las decisiones y practicas institucionales que los incluyen o excluyen (Osorio, 2010: 5).

En tal sentido, la configuración de lo que hoy denominamos rural ha estado movida por procesos económicos, políticos y culturales imperantes, por demandas y lugares impuestos y por continuas disputas en su delimitación material y en el sentido y

posición en la sociedad. Lugar que actúa, según Mançano (2009), como fuente de marcadores identitarios que le dan sentido a tales lugares muy diferentes de aquél que le confiere el gran capital (Mançano, 2009).

Desde esta comprensión, los estudios sobre las identidades rurales han centrado su análisis a partir de la noción relacional de la identidad atendiendo a dos ejes claves. El primero, la temporalidad, que se expresa de forma diacrónica en un largo tiempo histórico presente en la memoria, y un tiempo corto, vivido dentro de las trayectorias y experiencias de vida (Debuyst, 1998). El segundo, el espacio, define tanto el posicionamiento como la movilidad de los actores sociales dentro de conjuntos geográficos, así como las estructuras sociales y económicas, las instituciones y las organizaciones que definen los campos de relación y poder (Osorio, 2010: 6).

A partir de los estudios hallados sobre identidades rurales en Latinoamérica, particularmente en Colombia, fue posible identificar al menos dos rasgos que se destacan en su análisis. Por un lado, la importancia del vínculo entre las identidades, el lugar y la construcción de un territorio, proceso que se ha denominado como territorialidad. Los “referentes espaciales son para la identidad colectiva el equivalente del cuerpo para la identidad individual” (Di Méo, 2007: 5). Por otro lado, se expresa la necesidad de tener en cuenta que, si bien existe un marcador diferencial frente a las fronteras con lo urbano, al interior de las realidades rurales existen diferentes referentes identitarios en función de la situación, posición y condición de género, edad, liderazgo, clase, etnicidad, entre otros, que constituyen identidades rurales polifónicas, con tensiones internas que fluyen de forma compleja en la dinámicas de las relaciones sociales (Osorio, 2010: 7).

En consecuencia, este enfoque sobre identidades rurales invita a leer las mismas, como identidades plurales, multidimensionales y dinámicas. Que se expresan en relaciones de pertenencia con lugares, que superan el hecho mismo de habitar tales lugares en el presente y que desde la evocación se mantienen y se fortalecen (Osorio, 2010: 8). De la misma forma, interpela los análisis planos y fragmentados que homogenizan y simplifican lo rural, visibilizando la multiplicidad de los actores rurales, que en el caso colombiano prioriza sobre las poblaciones campesinas, indígenas y afrocolombianas. Estas últimas, materia de esta investigación, han adquirido en Colombia y otros países latinoamericanos, una posición diferenciada desde la

perspectiva étnica logrando algunas autonomías territoriales así como el reconocimiento de derechos culturales, gracias a su autorreconocimiento e identificación como “Comunidades Negras”, a continuación exploraremos la trayectoria y características específicas de los estudios sobre la construcción de las identidades en las poblaciones negras en Colombia.

### **Estudios afrocolombianos y procesos identitarios**

La trayectoria de los estudios sobre las poblaciones negras en Colombia o, como se los ha llamado recientemente, “estudios afrocolombianos”, se ha caracterizado “por el tradicional análisis de las poblaciones negras como un grupo social homogéneo y relativamente estable con respecto al conjunto de la población colombiana” (Barbary, 2004: 246). Diversos autores sostienen que, esta representación académica de “lo negro” se debe a su difícil inserción al campo disciplinar de la antropología, disciplina dentro de las ciencias sociales que, tradicionalmente, “se ha ocupado del estudio de los otros, de la alteridad a la cual las poblaciones negras no correspondían con facilidad ya que no encajaban dentro del imaginario teórico que ésta consideraba propio de su campo, lugar que han ocupado las poblaciones indígenas” (Rojas, 2004: 159). De ahí que las poblaciones negras fueran vistas, social y académicamente, o como parte de la población mestiza, como grupos sociales que perdieron su tradición o la mezclaron, o como grupos sociales diferenciados a partir de sus atributos históricos-culturales homogéneos.

Consecuencia de la segunda representación de “lo negro”, estos estudios, desde un análisis en términos espaciales, se asentarían sobre tres aspectos que delinearán un paradigma académico sobre las poblaciones negras en Colombia. El primero se refiere a la concentración significativa de la literatura académica en la región del Pacífico colombiano, Restrepo (2004) argumenta, que cuantitativamente cerca de las tres cuartas partes de la producción académica total de las poblaciones negras en Colombia se refieren al Pacífico, siendo la década de 1990 la que presenta mayoritariamente la producción de estos estudios. Así mismo explica, que cualitativamente “las representaciones académicas de “lo negro” en Colombia han sido estructuradas teniendo a la región del Pacífico como paradigma”. Restrepo (2004) denomina este fenómeno como la *Pacificalización* de “lo negro” en Colombia (Restrepo, 2004: 24).

Aunado a la *Pacificalización* de “lo negro”, la mayoría de estos trabajos se enfocan en las áreas rurales del Pacífico (Barbary, 2004; Restrepo, 2004), aunque en términos demográficos las poblaciones negras en Colombia se encuentran localizadas principalmente en contextos urbanos del Pacífico (Quibdó, Buenaventura, Tumaco), al interior del país (Bogotá, Cali, Medellín) o en la costa Caribe (Cartagena, Barranquilla), así como otra porción está ubicada en zonas rurales y urbanas andinas. La atención prestada a lo rural en la región del Pacífico ha resultado en el escaso interés en comprender las dinámicas histórico culturales de las poblaciones en estos otros sitios de localización y asentamiento. A la doble atadura, como la llama Restrepo (2004) de *Pacificalización* y ruralización de los estudios de la población negra en Colombia, se suma el *riocentrismo* que tanto cuantitativa como cualitativamente, la producción académica ha hecho hincapié en las zonas rurales del Pacífico, en los cursos medios y altos de sus ríos, no dando mucha atención a las zonas costeras o a los cursos de los ríos interandinos (Restrepo, 2004: 25).

Barbary (2004) explica, que los temas abordados por estos estudios son los referidos a la familia negra como modelo de organización cultural diferente a otros modelos de familia en Colombia y a las formas de pensamiento y organización social. Al mismo tiempo, se ha enfatizado en las huellas de africanía, sus elementos en las tradiciones de los grupos del Pacífico como factor diferencial, argumenta el autor, “que difícilmente estos trabajos han orientado la mirada hacia las dinámicas culturales y las transformaciones sociales que viven desde varias décadas las poblaciones negras colombianas en el contexto de modernización y más recientemente de globalización” (Barbary, 2004: 247).

En cuanto al tema que nos ocupa en esta investigación, concerniente a la construcción de las identidades, los estudios adelantados en las poblaciones negras colombianas también han sido parte sustancial del paradigma del Pacífico. Escobar (2010) explica que a partir de la década de 1990 se dio una ruptura radical con las articulaciones existentes de la identidad, provocando dos regímenes en el análisis así como en la construcción de las identidades negras, a partir de la relocalización de “lo negro” en los ámbitos cultural y político resultado de la nueva Constitución Política de 1991, que por medio del AT55 y la Ley 70 o “Ley de Negritudes”, propiciaría una construcción discursiva de la identidad en términos étnicos: “Comunidades Negras”.

El nuevo sentido dado a los referentes identitarios alrededor del Estado-nación ha tendido a rearticularse, dando lugar a identificaciones particulares de corte étnico, generacional, religioso o de género, los cuales han venido teniendo mayor visibilidad en los escenarios de confrontación política destacando su carácter subalterno: indios, negros, mujeres, etc., poblaciones que han ocupado sectores sociales dominados y marginados desde el poder hegemónico (Rojas, 2004: 175). El reconocimiento jurídico de la condición étnica de las poblaciones negras en Colombia, llamándolas afrocolombianas, se realiza sobre la base de un imaginario particular que resalta necesariamente los atributos visibles que definen las condiciones de un grupo étnico: cultura propia, territorio, lengua, tradiciones y formas de gobierno propio, “dicho imaginario reposa sobre un referente en el que el grupo étnico es sinónimo de indígena” (Wade, 1996: 289).

Este nuevo régimen de identidad, concentraría los estudios y el apoyo académico hacia el acompañamiento a líderes y organizaciones sociales negras en la creación y análisis de los mecanismos institucionales para el desarrollo de la “Ley de negritudes”, así como la emergencia de nuevas formas de pensar-se estas comunidades, con base en las categorías puestas en marcha por la misma normativa que, como ya ha sido bien estudiado, tuvo su asidero en el modelo de alteridad indígena (Escobar, 2010: 234).

De esta manera, los términos y categorías introducidas por el Artículo Transitorio 55 y la Ley 70 de 1993, se convirtieron en puntos nodales para la articulación de una política de identidad negra a escala nacional, que desde la década de 1980, con la expansión e inserción de dinámicas de despojo de tierras y desplazamiento por cuenta de actores externos con intereses económicos capitalistas, encontraron preparado el terreno para que estas categorías se enraizaran dentro de las poblaciones negras y sus acciones políticas (Escobar y Pedrosa, 1996; Camacho y Restrepo, 1999; Mosquera, Pardo y Hoffmann, 2002).

No obstante, aunque la producción académica reciente al lado de las modificaciones en la normatividad institucional han generado cambios positivos en el reconocimiento y visibilización de la presencia histórica y garantía de los derechos de las poblaciones negras, diferentes autores han analizado cómo la construcción académica de la categoría afrocolombiano, supone con frecuencia el desconocimiento de la diversidad de formas de representación local y construcción de las identidades en

las poblaciones negras y sus tan distintas localizaciones que, como llama la atención Rojas (2004), “en estas nuevas formas de representación social y académica de “lo negro” pueden encubrirse mecanismos de invisibilización” (Rojas, 2004: 160).

Considerando que el reconocimiento político y la indagación académica se ha realizado a partir de la visibilización de la diferencia, “centrada ésta en dos procesos históricos vividos por los negros y negras que llegaron a América y sus descendientes: la esclavización y el ancestro africano” (Losonczy, 1999: 13), elementos que se consideran constitutivos de la identidad actual a partir de un correlato de “las huellas de africanía que perviven o que deberían pervivir en las manifestaciones culturales del presente” (Rojas, 2004: 160)

Si bien la situación histórica de la esclavitud vivida por los africanos y sus descendientes no puede, bajo ningún motivo, ser negada, este evento no se lo puede atribuir o generalizar al grueso de las poblaciones negras, ya que como lo argumenta Rojas (2004), es “en las formas en que dicho recuerdo está presente actualmente en la memoria de los sujetos y las colectividades negras, y las maneras en cómo opera esta nueva representación del pasado, las que permiten exponer y comprender la diversidad de representaciones locales que estas poblaciones tienen de sí mismas” (Rojas, 2004: 161). En consecuencia, la conformidad con una nueva representación del pasado como lucha contrahegemónica en escenarios político-organizativos del reciente régimen de identidad, terminaría homogenizando e invisibilizando la multiplicidad de formas en la que las poblaciones negras, en su diversidad, representan y conciben su propia historia e identidades (Rojas, 2004; Restrepo, 2004).

Ahora bien, previo a este régimen de identidad que apela a un referente étnico primordial, el estudio y análisis de la construcción de la identidad en las mismas poblaciones negras del Pacífico colombiano, había girado en torno a las prácticas culturales localizadas ligadas a las relaciones de parentesco, a las actividades productivas y relaciones particulares con su entorno natural (Escobar, 2010: 239). Estas propiciaban un sistema fluido donde la identidad existía en formas generales de auto-referencia alrededor de nociones de pertenencia a un lugar (río, poblado, comunidad) o a una ocupación (minero, agricultor, pescador) que derivaba en una “polifonía de identidades” (Losonczy, 1999: 16).

Justamente, este régimen de identidad es el que se ve trastocado por cuenta de la emergencia de la etnicidad negra, en palabras de Losonczy : “la etnización negra en los años noventa representa un abandono de las lógicas de identidad por mucho tiempo existentes” (Losonczy, 1996 en Escobar, 2010: 240), planteamiento compartido por diversos autores (Losonczy, 1999; Villa, 2001; Wade, 1997; Restrepo, 2002; Almario, 2001; Gros, 1997), los cuales argumentan que ciertamente “no todas las posiciones de auto-referencia previas de los sujetos desaparecieron de la noche a la mañana, algunas permanecen o han sido reconstituidas” (Escobar, 2010: 240).

Considerando entonces que las trayectorias históricas de las poblaciones negras en Colombia son múltiples y diferentes así como sus lugares de localización en el territorio colombiano, esta investigación se interesa por los procesos de construcción de la identidad en las poblaciones negras de los valles interandinos colombianos, particularmente de la población negra del corregimiento de La Toma, municipio de Suárez, ubicada en la región del norte del departamento del Cauca en la cuenca del Alto Cauca.

La región del norte del Cauca se extiende por el valle geográfico del río Cauca, río extenso, que en su recorrido de sur a norte por los departamentos del Cauca y el Valle del Cauca, ha marcado la historia de la región así como la de las diversas poblaciones asentadas en sus cauces. El valle geográfico se ubica donde la cordillera andina se bifurca en dos grandes brazos: la cordillera Occidental y la Central, de donde emerge en medio un valle atravesado por el río Cauca, en el que se sitúan un conjunto de municipios, algunos de los cuales ocupan áreas en la parte plana y otros se extienden entre esta parte y las zonas montañosas (Rojas, 2011: 4).

Así mismo, esta región atiende a procesos históricos que han moldeado en su devenir las trayectorias de asentamiento y formas de vida de los diferentes grupos sociales, que en su mayoría son poblaciones negras e indígenas. Buena parte de los estudios sobre la región del norte del Cauca y las poblaciones negras asentadas en esta porción geográfica, han girado alrededor del estudio de la evolución económica, política y social de la región teniendo como elemento central en su análisis el proceso de conformación del asentamiento de las poblaciones negras en el valle geográfico y su constitución como campesinado, siendo destacado como rasgo significativo en su desarrollo, la historia de dominación y despojo agenciada por terratenientes regionales y

sectores agroindustriales de la caña de azúcar (Mina, 1975; Cabal, 1978; Colmenares, 1986 ; Carabalí, 2002; Castillo et al., 2010; Rojas, 2011) .

En tal sentido, la región se caracterizó, “desde el periodo colonial hasta mediados del siglo XX, por formas de economía dominadas por la hacienda ganadera, así como por parcelas campesinas y explotaciones mineras de río, que fueron conformadas con mano de obra negra que había sido esclavizada” (Castillo et al., 2010: 15). Los últimos cincuenta años la región ha presentado transformaciones significativas a causa de la expansión de la agricultura comercial de la caña de azúcar, la presencia de industrias transnacionales protegidas desde el Estado por medio de parques industriales y zonas francas y la creciente urbanización, motivada por la ciudad de Cali y su área metropolitana (Castillo et al., 2010: 15; Rojas, 2011: 4).

Las dinámicas de modernización y cambio social de las últimas cinco décadas, donde se destacan la expansión de la agroindustria y la reciente localización del extractivismo multinacional en la región, han generado un profundo cambio en las prácticas locales así como en los sistemas socioeconómicos de subsistencia de las comunidades negras. En el caso de las poblaciones ubicadas en la cuenca del Alto Cauca, en la década de 1980 se dio la construcción y puesta en funcionamiento de la represa de La Salvajina, con el propósito de resolver los problemas de inundaciones y manejo de caudales de agua que amenazaban los intereses de los empresarios de la caña de azúcar en el valle geográfico del río Cauca (Ararat et al., 2013:).

A partir de esta coyuntura y otras dinámicas externas que empezaron a insertarse en este territorio desde el año 2000, entre estas la entrada de la multinacional minera AngloGold Ashanti con el beneplácito del Estado y de las políticas nacionales de otorgamiento de títulos para la exploración y explotación de oro y el arribo de grupos paramilitares, las transformaciones en las formas de vida de la comunidades negras y las diferentes formas de resistencia llamaron la atención de diferentes académicos que, en los últimos cinco años, al lado de los pobladores y sus organizaciones, iniciaron trabajos de investigación y de acompañamiento político.

Estos estudios, realizados particularmente en la comunidad negra del corregimiento de La Toma del municipio de Suárez, Cauca, se caracterizan por hacer un abordaje de corte histórico donde se describe y analiza la trayectoria de asentamiento y construcción de las formas de vida de esta comunidad negra de agricultores y mineros, y

la implantación, en este devenir, de diferentes dinámicas de control y despojo sobre su fuerza de trabajo y los recursos naturales de su territorio.

En nuestro criterio, el principal y único aporte de tipo histórico y etnográfico lo hace Ararat et al. (2013) en coproducción con el Consejo Comunitario de La Toma y el Observatorio de Territorios Étnicos de la Universidad Javeriana de Bogotá, con el texto *“La Toma: historias de territorio, resistencia y autonomía en la cuenca del Alto Cauca”*, el cual recoge la historia local de la comunidad de La Toma, que periodiza en seis grandes momentos desde el poblamiento inicial en el siglo XVII hasta la época actual. De resaltar en este gran estudio, es la identificación y análisis en cada uno de los seis periodos históricos, de los proyectos de control que se intentaron imponer sobre las personas de la comunidad, los recursos y el territorio de lo que actualmente es el corregimiento de La Toma, así mismo resalta como en cada uno de estos momentos “la comunidad construyó estrategias de adaptación y resistencia que dieron forma a proyectos que atendían a sus propios intereses” (Ararat et al., 2013: 13).

Otros dos estudios se destacan: *“Agroindustria y extractivismo en el Alto Cauca. Impactos sobre los sistema de subsistencia Afrocampesinos y resistencia (1950-2011)”* del grupo *Conflicto Social y Violencia* del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, investigación dirigida por la doctora en Geografía Humana Irene Vélez y su padre, Hildebrando Vélez, doctor en Ciencias Ambientales *“Acaparamiento del agua y despojo de la tierra en el Alto Cauca: estudio crítico sobre (in)justicia hídrica y derecho al agua en Colombia”*. Los artículos de investigación abordan las problemáticas de las comunidades negras de la cuenca del Alto Cauca, entre ellas de la comunidad de La Toma, desde una perspectiva crítica a partir del análisis de los conflictos socio-ambientales y los impactos que han generado los modelos de acumulación privada instalados en la cuenca: la agroindustria y el extractivismo.

El primero de ellos analiza la disputa por el acceso y la propiedad sobre la tierra y los bienes ambientales desde donde se rescata, a partir de una metodología participativa, el punto de vista de los pobladores y sus organizaciones sociales en defensa del territorio (Vélez et al., 2013: 159). Por la misma línea, el segundo estudio rastrea los principales proyectos que han transformado la geografía económica, la hidrografía y el paisaje regional de la cuenca del Alto Cauca, siendo el proyecto más importante la construcción de la represa La Salvajina a mediados de la década de 1980,

produciendo procesos de privatización del agua y de la tierra que han resultado en el empobrecimiento sistemático de las comunidades negras campesinas así como su migración desde las zonas rurales a los centros urbanos.

Sumado a estos trabajos, se encuentra el documento del Observatorio de Discriminación Racial de la Universidad de los Andes: *“La disputa por los recursos naturales en los territorios Afrocolombianos: el caso de Buenos Aires y Suárez (Cauca) desde una perspectiva de derechos humanos”*, donde se hace referencia y se resaltan las problemáticas específicas de las comunidades negras en resistencia en el departamento del Cauca y llama la atención sobre la necesidad de que el Estado colombiano adopte medidas para la protección de los derechos de esta población. En específico, se introduce el caso de la comunidad de La Toma y los conflictos suscitados por la construcción de la represa de La Salvajina y los proyectos mineros de terceros, que han amenazado los derechos humanos de los pobladores así como su territorio ancestral, que han conducido a que esta comunidad se desplace o a que viva en resistencia bajo condiciones de alto riesgo (Observatorio de Discriminación Racial, 2011: 11-12).

En consecuencia, se puede entrever un hilo conductor entre los contados estudios sobre las comunidades negras asentadas en la cuenca del Alto Cauca. Aunque estos responden a diferentes perspectivas analíticas, se han interesado por los procesos de localización de proyectos económicos externos, que mediante modelos de despojo y acumulación capitalista han querido poner la cuenca del Alto Cauca, así como la región del norte del Cauca, a su favor en detrimento de las formas de vida y de los sistemas de subsistencia agrícola y minero que han desarrollado históricamente las comunidades negras asentadas en esta cuenca.

De la misma manera, acentúan como punto de inflexión a las dinámicas de localización del capital, la resistencia activa de los pobladores negros en términos de adaptación histórica (Ararat et al., 2013) y de organización política y social (Ararat et al., 2013; Vélez et al, 2013; Vélez y Vélez, 2011; Observatorio de Discriminación Racial, 2011) donde se resalta la lucha y defensa del territorio ancestral desde el Consejo Comunitario de La Toma, amparados bajo la Ley 70 de 1993 y los derechos étnicos adquiridos bajo esta normativa.

Llama la atención como los estudios de las poblaciones negras en la región del norte del Cauca, de manera inversa al argumento de Barbary (2004) para los estudios de

la región del Pacífico, en cuanto al “poco interés” por la indagación en las transformaciones que estas poblaciones viven desde hace varias décadas en el contexto de modernización y globalización, hayan avanzado en estos rasgos de la región desde la década de 1970 que, por supuesto, se deben a las características mismas de su formación social e histórica.

Sin embargo, no ha sido tema de interés dentro de estas investigaciones, los procesos de construcción de la identidad dentro de las trayectorias de asentamiento y construcción de las formas de vida de la comunidad negra del corregimiento de La Toma, en contextos de cambio e inserción de dinámicas de control y despojo sobre sus pobladores, prácticas y actividades productivas de subsistencia y su territorio.

En conformidad con la ausencia de estudios sobre esta temática particular, las inquietudes que orienta esta investigación son:

¿Cómo se han constituido las identidades en la trayectoria histórica de la comunidad negra del corregimiento de La Toma, Suárez, Cauca, Colombia?, ¿Qué papel han jugado en su constitución, las prácticas y actividades productivas de subsistencia?, ¿En qué medida se vieron afectadas y transformadas, las identidades y las prácticas y actividades productivas de subsistencia, por la construcción y puesta en funcionamiento de la represa La Salvajina en la década de 1980?

## **Objetivos**

### **Objetivo general**

Analizar el proceso de construcción de las identidades a partir de las prácticas y actividades productivas de subsistencia en la comunidad negra del corregimiento de La Toma, Suárez, Cauca, y sus transformaciones a partir de la construcción de la represa La Salvajina en el año 1985.

### **Objetivos específicos:**

- Conocer y caracterizar las formas en las cuales se desarrollaban cotidianamente las prácticas y actividades productivas de subsistencia en la comunidad negra de La Toma, Suárez, Cauca, en el periodo de 1950 a 1980.

- Identificar los efectos y cambios provocados por la construcción de la represa de La Salvajina, desde la década de 1980, en las prácticas y actividades productivas de subsistencia de los pobladores de La Toma.
- Identificar y caracterizar los mecanismos y estrategias relacionadas a las prácticas y actividades productivas de subsistencia, que los pobladores de La Toma implementaron en respuesta a los efectos provocados por la construcción del embalse La Salvajina.
- Conocer y caracterizar cómo son desarrolladas actualmente las prácticas y actividades productivas de subsistencia por parte de los pobladores de La Toma en su ejecución cotidiana y aprendizaje.

### **Estrategia metodológica**

La presente investigación es de carácter analítico-descriptivo, por tanto se basó en una metodología cualitativa con el objetivo de profundizar en las distintas experiencias de percepción, apreciación y acción (Bourdieu, 1991), que los sujetos construyen de la realidad social, entendida en su contexto dinámico como la articulación de la socialidad, historicidad y espacialidad (Soja, 1997). Con tal propósito, el proceso de investigación, en su fase de trabajo de campo, se basó en la perspectiva del *embodiment* y la sociología carnal, las cuales enfatizan en la necesidad de hacer investigación social desde el cuerpo, “en el sentido que no sólo sea el cuerpo objeto de estudio sino herramienta y sujeto de conocimiento” (Wacquant, 2006: 15).

En consecuencia, implicó dar centralidad al cuerpo de esta investigadora en la apropiación en y por la práctica de los esquemas de percepción, apreciación y acción que emprenden, en la cotidianidad, aquellos que la habitan (Bourdieu, 1991; Wacquant, 2006). A propósito expone el sociólogo Löic Wacquant (2006):

[que el investigador] Se someta al fuego de la acción *in situ*, que sitúe en la medida de lo posible todo su organismo, su sensibilidad y su inteligencia en el centro del haz de las fuerzas materiales y simbólicas que pretende diseccionar, que se afane por adquirir las apetencias y las competencias que hacen de catalizador en el universo considerado, para penetrar hasta lo más recóndito en esta «relación de presencia en el mundo, de estar en el mundo, en el sentido de pertenecer a él, de estar poseído por él, en el que ni agente ni objeto se plantean como tales» y que, sin embargo, los define como tales y los une por mil vínculos tanto más fuertes cuanto más invisibles (Wacquant, 2006:16).

De esta manera, la perspectiva del *embodiment* y la sociología carnal de acercamiento a la realidad social, conllevó una actitud metodológica que demandó prestar atención a lo corporal, en cuanto a la sensibilidad de entender los cuerpos de los habitantes de la comunidad negra de La Toma, como sustrato existencial de su cultura (Mora, 2008: 13).

La investigación tuvo como universo de estudio la cabecera del corregimiento de La Toma, que lleva su mismo nombre, ubicada en el municipio de Suárez, departamento del Cauca, región del Alto Cauca colombiano. La comunidad negra asentada en este lugar, ha experimentado en la trayectoria histórica de construcción de sus formas de vida, que se ha basado principalmente en sistemas de subsistencia agrícola y minera, contextos de cambio e inserción de dinámicas de control y despojo sobre sus pobladores, prácticas y actividades productivas y su localidad. Dentro de esta trayectoria histórica y contexto de transformaciones agenciadas por actores externos, fue de mi interés indagar y analizar los procesos de construcción de la identidad en el seno de esta comunidad.

Aunque mi interés inicial en la comunidad negra de La Toma, giro en torno a las expresiones corporales y sonoras y su articulación con las actividades productivas en la producción de la identidad colectiva, la primera visita al corregimiento, viró mi atención hacia las actividades y prácticas de subsistencia, agricultura y minería, su vínculo con la construcción de las identidades al interior de esta comunidad, y en esta trayectoria, las transformaciones que se suscitaron a partir de la construcción de la represa La Salvajina a mediados de la década de 1980.

Este primer acercamiento a la localidad de La Toma y a sus gentes, fue posible gracias a Axel Rojas, profesor de la Universidad del Cauca, quien ha trabajado con esta comunidad y apoyado su Consejo Comunitario a lo largo de 10 años. Mi encuentro con Axel en la ciudad de Popayán coincidió con la celebración del Día de la Afrocolombianidad, el 21 de mayo de 2015. Para este día, el Consejo Comunitario de La Toma y otras organizaciones sociales afrocolombianas del departamento del Cauca junto a la Gobernación del Cauca, tenían agendadas diferentes actividades: marcha pacífica cultural por los derechos de las comunidades afrocaucanas, reuniones entre

líderes y lideresas con funcionarios departamentales y estatales, muestra de expresiones culturales y, para el cierre, concierto de la agrupación Herencia de Timbiquí.

En este contexto, conocí el presidente del Consejo Comunitario de La Toma, Sabino Lucumí y a Jhon Jairo Valverde, fiscal de Consejo. Justamente para el mes de mayo de 2015, el Consejo Comunitario de La Toma junto a Germán Moriones, antropólogo de la Universidad del Cauca y maestrante en Brasil, y el profesor Rojas, estaban adelantado el “Censo Agro-minero de La Toma”, con el propósito de determinar cuántas familias del corregimiento dependen económicamente de la minería y la agricultura, en el marco de reglamentación del territorio colectivo del Consejo Comunitario de La Toma, contemplado por la Ley 70 de 1993 o “Ley de Negritudes”, que aparece como un derecho y estrategia frente a las amenazas externas de minería a cielo abierto y la mediana minería que desde el año 2000 ha estado afectando el corregimiento y sus pobladores.

Presentándose la eventualidad de que Moriones (antropólogo) no podía dar termino al total de las familias a censar, se me encomienda esta tarea desde el Consejo Comunitario. Junto a Katerín Castañeda, estudiante de antropología de la Universidad del Cauca, emprendimos la última etapa del “Censo Agro-minero”. Este primer acercamiento a la comunidad, iniciado el 24 de mayo de 2015, me permitió conocer la totalidad de la veredas que integran el corregimiento: La Toma (cabecera), Yolombó, El Hato Santa Marta, Dos Aguas, El Peñon, Gelima y El Porvenir, algunas de ellas mayoritariamente despobladas a causa del desplazamiento vivido desde la década de 1980 con la construcción de la represa La Salvajina, nos enfocamos en La Toma (cabecera), Yolombó y El Hato Santa Marta.

Así mismo, pude conocer la mayoría de los cortes de mina familiares donde trabaja el grueso de la población tomeña: minas de aluvi6n socav6n y minas de fil6n o tajo abierto, fueron caminatas extenuantes de mina en mina. Conocí mediante la aplicaci6n de la encuesta, las apreciaciones de los tomeños frente a sus actividades y prácticas de subsistencia y los cambios sufridos a partir de la construcción de la represa de La Salvajina. En el lapso de 17 días, estuve de arriba para abajo (el terreno del corregimiento es muy quebrado) con algunos líderes de la comunidad y pobladores, acercándome, también, a sus fincas y cultivos, que la mayoría son de café y plátano.

De la misma forma, asistí a una reunión del Consejo Comunitario de La Toma, la cual se realiza cada dos meses. En esta se discutieron temas sobre la minería ilegal y la gran minería que amenaza el territorio de La Toma, la titulación colectiva del corregimiento al Consejo Comunitario y sobre el “Censo Agro-minero”, momento en el cual fui presentada frente al grueso de la comunidad. En los días siguientes, fui invitada a uno de los talleres del Plan de Manejo Ambiental, también adelantado por miembros del Consejo Comunitario, que está cumpliendo con el objetivo de caracterizar en todo el territorio, los efectos y transformaciones por cuenta de la construcción de la represa de La Salvajina en la década de 1980, con el fin de adelantar la demanda a el Estado y a la empresa privada que actualmente maneja la represa, por los daños y perjuicios sobre la comunidad, ya que no hubo una consulta previa e informada a las poblaciones que iban a ser afectadas.

Con la experiencia del primer acercamiento, las encuestas del censo, los insumos de las reuniones y entrevistas a los líderes y el replanteamiento del plan de tesis en la cabeza, el 10 de junio de 2015 tuvimos que devolvemos a la ciudad de Popayán. Dado que la región del Alto Cauca es una de las zonas más álgidas del conflicto armado interno en Colombia, y como antecedente de enfrentamientos entre la guerrilla de las FARC y el ejército, el pasado 15 de abril del año en curso, en el municipio vecino de Buenos Aires, donde fueron dados de baja más de 11 soldados, en el marco del Proceso de Paz adelantado por el gobierno del presidente Juan Manuel Santos, corrían rumores de nuevos enfrentamientos, por lo cual el Consejo Comunitario de La Toma determinó que las personas ajenas a la comunidad no podían permanecer en su territorio, ya que no podían garantizarnos nuestra seguridad.

Con la llegada a Popayán, inicia la segunda fase del trabajo de campo. Durante el siguiente mes que espere para recibir el aval del Consejo Comunitario de La Toma para mi entrada de nuevo al territorio y el desarrollo del grueso de la investigación, desde el 10 de junio hasta el 10 de julio de 2015, me dispuse a sistematizar las encuestas del “Censo Agro-minero”, compromiso que había adquirido con el Consejo Comunitario y con el profesor Axel Rojas, de igual forma, me zambullí en el diario de campo realizado durante la primera estancia, las grabaciones de las reuniones y entrevistas y la revisión de fuentes secundarias referidas a la comunidad de La Toma y la construcción de la represa de La Salvajina. Desde ahí, empecé a reorientar el “plan de tesis”, con el

propósito de que diera cuenta no sólo de mis inquietudes como investigadora sino de las problemáticas más sentidas de los pobladores de La Toma, que, como el deber ser de las ciencias sociales críticas, se inserte y contribuya activamente a las luchas y reivindicaciones políticas de los pueblos despojados, marginalizados y empobrecidos, como lo ha sido esta comunidad de pobladores negros en resistencia histórica.

Para los primeros días del mes de julio, me fue dado el aval del Consejo Comunitario de La Toma para regresar al corregimiento y desarrollar el trabajo de campo. Con la angustia propia que dan los tiempos formales de la academia, en su corta comprensión de los tiempos de trabajo de campo en contextos rurales atravesados por dinámicas de conflicto armado, empecé mi regreso a La Toma. La tercera fase de trabajo de campo se llevó a cabo desde el 11 hasta el 31 de julio de 2015, en este periodo de tiempo se realizó la recolección de la información: entrevistas a profundidad, acompañamientos diarios con diferentes personas de la comunidad a sus actividades cotidianas, recorridos por la cabecera La Toma conociendo las fincas.

Asistí y colaboré con dos talleres del Plan de Manejo Ambiental, uno realizado en la cabecera La Toma y el otro en la vereda Yolombó, de la misma manera, asistí a una reunión de adultos mayores coordinada por Carlino Ararat, líder del Comité del Adulto Mayor, y a una reunión con la Asociación de Jóvenes Emprender Afrotomeño, realizada por líderes juveniles del corregimiento. Se mantuvieron también conversaciones en espacios informales con algunos líderes y lideresas de la comunidad.

No quisiera pasar por alto, que tuve la oportunidad de asistir al velorio y entierro de Brígida Carabalí, mayora de la comunidad quien tenía amplios conocimientos y saberes sobre la historia del corregimiento, tuve la ocasión de conocerla, encuestarla y cruzar unos cuantos pensamientos en mi primera visita al corregimiento, lamentablemente, su estado de salud era muy delicado y falleció mientras esperaba el aval en Popayán, no alcancé a realizarle la entrevista a profundidad que había planeado. Agradezco la confianza de la comunidad en dejarme participar y presenciar las prácticas religiosas y espirituales, siempre acompañadas por cantos y músicas, tradiciones que han sido transmitidas por generaciones.

El estudio tuvo como método de recolección de la información así como forma de análisis la historia-en-persona, desde la cual se abordó la realidad de la comunidad negra de La Toma a partir de la escala individual, desde la versión situada del habitante

tomeño, mapeando las relaciones, de estos sí mismos, entre las condiciones sociales, económicas y políticas asociadas a su localización desde el año de 1950. En efecto, partimos de tres periodos de tiempo en la historia-en-persona de la comunidad de La Toma: 1) 1950 a 1980, 2) 1980 a 2000, 3) 2000 a 2015, que mediante la concatenación de las varias versiones personales que recogimos, nos brindó un panorama de lo histórico, del cambio y de lo actual en el marco de la construcción de las identidades, las actividades y prácticas productivas de subsistencia y sus transformaciones provocadas a partir de la construcción de la represa La Salvajina a mediados de la década de 1980.

Fueron consideradas en la investigación cuatro categorías de análisis conectadas con el marco teórico referencial: 1) procesos de identificación; 2) auto-formación de identidades y agencia; 3) suficiencias íntimas; 4) producción de lugar.

La categoría de procesos de identificación se abordó en cada uno de los periodos de tiempo en la historia-en-persona. A partir de los relatos personales de nuestros entrevistados se identificaron y estudiaron las posiciones asumidas por estos, discursos, atributos y aspectos comunes de la vida cotidiana que, en medio de los múltiples antagonismos entre los diferentes actores sociales e intereses que permean su localidad, constituyen un efecto frontera que funciona como eje que articula las identidades.

Para la categoría de auto-formación de identidades y agencia, se enfatizó en los testimonios de las personas entrevistadas, a la forma de historia-en-persona, donde en cada periodo de tiempo que establecimos, se indagó sobre las dimensiones estructurales y agenciales que han intervenido históricamente en el establecimiento de las prácticas y actividades de subsistencia, agricultura y minería, como prácticas locales contenciosas y, al mismo tiempo conociendo cómo estas prácticas locales han mediado en la historia-en-persona a partir de la participación situada de los sujetos en las luchas históricas duraderas libradas por la comunidad de La Toma. Así mismo, para el periodo actual, 2000 a 2015, a partir de acompañamientos a las fincas y recorridos diarios junto con los habitantes de La Toma, en los cuales se conocieron desde la experiencia e involucramiento de esta investigadora en la actividades, las lógicas propias desde las cuales esta práctica de subsistencia se desarrolla contenciosamente y hace parte del despliegue de las identidades al interior de la comunidad.

La categoría de suficiencias íntimas se empleó enfáticamente en el periodo de 1980 al 2000, con la finalidad de identificar las estrategias relacionadas con las prácticas y

actividades de subsistencia, que implementaron los habitantes de La Toma frente a los efectos provocados por la construcción de la represa La Salvajina. En ese sentido, se indagó desde la historia-en-persona en las construcciones mentales operativas que los entrevistados desplegaron afirmando su existencia en un contexto de despojo, empobrecimiento y marginalización.

Por último, en la categoría de producción de lugar, se consideraron los aspectos históricos de conformación regional, prestando atención a las representaciones del espacio (Ubicación) por medio de la revisión bibliográfica y las entrevistas a los habitantes de La Toma. De consideración especial, para el análisis de la construcción de las identidades, fueron indagados los espacios de representación y las prácticas espaciales desplegados históricamente por los habitantes de La Toma, desde donde se han configurado su localidad y los sentidos de lugar. Mediante las entrevistas, historia-en-persona, se examinaron las orientaciones subjetivas de los tomeños en cuanto a vivir en este lugar en particular, las formas en qué enuncian este espacio y los sentidos de pertenencia. De igual forma, mediante los acompañamientos y recorridos de la mano de sus habitantes y los temas tratados en los talleres de Plan de Manejo Ambiental, se obtuvieron desde distintas esferas las apreciaciones de los habitantes acerca de su relación con el lugar, sus usos, experiencias y memorias.

## **Técnicas de estudio**

### **Entrevista a profundidad**

En el marco de los estudios cualitativos, la entrevista juega un papel importante para la aproximación a los fenómenos sociales ya que ayuda a “profundizar en la subjetividad social dentro del ámbito antropológico” (Robles, 2011: 39). La entrevista a profundidad es una técnica clave ya que a partir de encuentros reiterados, desde el modelo de conversación entre iguales, es posible llegar a la “comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias y situaciones, tal como lo expresan con sus propias palabras” (Robles, 2011: 40).

La entrevista a profundidad aplicada fue desarrollada teniendo como base un guión de entrevista realizado bajo un ejercicio de construcción metodológica, con base a los objetivos de investigación y sobre el diálogo que se estableció con los interlocutores. Siendo una técnica cualitativa, resulta complicado determinar un número mínimo o

máximo de entrevistados, pues como anota Robles (2011), “la finalidad no obedece a una representación estadística sino que conlleva un estudio minucioso de la información que se va obteniendo de las conversaciones con los interlocutores” (Robles, 2011: 42).

De esta manera, para llevar a cabo esta investigación durante la primera y tercera fase del trabajo de campo, se realizaron 10 entrevistas a profundidad, clasificadas y analizadas de acuerdo a las claves teóricas del estudio. En ellas se incluyen como interlocutores del estudio cinco hombres y cinco mujeres mayores de 50 años residentes de La Toma (cabecera). Estas personas fueron seleccionadas a partir del primer acercamiento de campo en el cual se llevó a cabo la última etapa del “Censo Agro-minero”. El criterio de escogencia de los mismos se basó en la edad, personas mayores de 50 años, hombres y mujeres que vivieron las transformaciones acaecidas por la construcción de la represa La Salvajina en la década de 1980 y que se desempeñaran en la agricultura y minería. Dentro de estas diez personas, más de la mitad de los interlocutores se destacan por su liderazgo, lucha y compromiso con su comunidad.

La entrevista, en este caso a profundidad, fue la mejor herramienta de recolección de la información para este caso de estudio, dado que en contextos rurales implica una gran dificultad realizar actividades grupales, específicamente dadas las distancias y por otro lado, en la comunidad de La Toma causa desconfianza ese tipo de reuniones a no ser que sean citados sus habitantes, con unas buenas semanas de anticipación, por el Consejo Comunitario.

### **“Un día en la vida de...”**

Esta técnica de investigación cualitativa tiene como finalidad hacer un acompañamiento, observación y participación *in situ* de un día en la vida de los sujetos que componen el fenómeno social a estudiar. Desde el inicio hasta el término del día, la investigadora se inserta en la cotidianidad de las personas con el fin de realizar un retrato de lo que es, desde la experiencia con el otro, su realidad social.

En nuestro caso de estudio, el propósito de realizar “Un día en la vida de...” fue el experimentar y conocer en la cotidianidad cómo son llevadas a cabo, en la actualidad, las prácticas y actividades de subsistencia, minería y agricultura, de los habitantes de La Toma. Dada la dificultad para hacer los acompañamientos a las jornadas laborales en la minas, por conflictos con los medianos mineros o como los llaman en La Toma “las

retro” (retroexcavadoras), como se verá en los capítulos siguientes, las habitantes de La Toma dividen los días de la semana entre las dos actividades de subsistencia, por lo cual los acompañamientos se hicieron a las jornadas de trabajo agrícola, por supuesto situado en las fincas.

Estos acompañamientos se hicieron en la tercera fase del trabajo de campo, en estos se emplearon notas de campo y registro audiovisual de las actividades hechas en el día, así mismo, me inserté y realicé cada una de las actividades que mi protagonista del día elaboraba: limpia de terrenos, apertura de surcos y siembra de café, fueron las actividades más realizadas. Los protagonistas de “Un día en la vida de...” fueron tres hombres y tres mujeres todos mayores de 20 años, agricultores de la comunidad de La Toma. El criterio de selección de los protagonistas de “Un día en la vida de...” se basó en la información recolectada por medio del “Censo Agro-minero” donde se referenciaron por edad y actividad productiva más realizada, en este caso agricultura, las personas con quienes se podría trabajar. Al tener un listado de cuáles personas podrían ser las protagonistas, se indagó con cuáles de estas personas se podría hacer el acompañamiento en relación a disponibilidad de tiempo y al “rapport” establecido con cada uno de ellos.

### **Observación participante**

La observación participante, técnica cualitativa por excelencia de la antropología y sociología, se refiere a la práctica que consiste en vivir entre la gente que se estudia. Desde la actitud metodológica que asumí en esta investigación a partir de la sociología carnal y el embodiment, implicó una indagación *in situ* desde la cual interactúe, desde mi posición ajena con esta realidad social, no sólo con los habitantes de La Toma sino con una variedad elementos que componen su estar-en-el-mundo: el entorno natural, los animales, la infraestructura, etc., en esta dinámica traté de insertarme en la cotidianidad de la vereda, participando de las actividades diarias, conversaciones, celebraciones, cocinando, arando la tierra, viendo la novela, tostado y moliendo el café, etc., con la finalidad de acercarme a las apreciaciones, percepciones, emociones, anhelos de estas gentes y, así, tener una comprensión contextualizada y sentida del fenómeno social a analizar.

Siendo esta una técnica de investigación que necesita un grado de rigurosidad y disciplina, fui registrando día a día, según los intereses de la investigación, los datos y la información con la que me encontraba. Así mismo, fueron consignadas las actividades diarias de “Un día en la vida de...” y otros datos que saltaban en la realización de las entrevistas.

## **CAPÍTULO II MARCO TEÓRICO**

La presente investigación está orientada desde diferentes disciplinas así como por diversos enfoques teóricos desde las ciencias sociales. Tienen en común ser parte constitutiva de las tendencias críticas y de reformulación epistemológica, teórica y práctica, gestadas desde las décadas de 1970 y 1980, que se han centraron en la producción de marcos interpretativos que proporcionan una lectura crítica de las realidades históricamente construidas en las regiones subalternizadas, explorando formas de enunciación desde la diversidad de saberes con el objetivo de desmitificar los presupuestos esencialistas del conocimiento euro-céntrico.

Desde este lugar de producción de conocimiento, el marco teórico-interpretativo presentado a continuación, parte de la articulación de enfoques como la antropología de la modernidad (Escobar, 2010; Holland, 1998), los estudios culturales, poscoloniales y descoloniales (Hall, 1992; Grossberg, 2003; Quijano, 1991; Arboleda, 2011) y la geografía política crítica (Lefebvre, 1991; Soja, 1997; Harvey, 1989; Oslender, 2010). Desde ahí exploramos los procesos de construcción de las identidades de las poblaciones negras en Colombia, específicamente de la comunidad de La Toma, en el marco de procesos identitarios globales así como de procesos regionales, donde se privilegia la escala local y su necesaria articulación y coproducción con escalas más amplias (geográficas, pero también políticas y económicas).

Así mismo, transversal a estos enfoques críticos, está inmersa la discusión sociológica sobre la comprensión del sujeto como “sujeto sociológico” (Hall, 1992; Castillo, 2005) y como producto de una “construcción social” que desarrollamos en el concepto de “habitus” de Bourdieu (1991). Desde ahí entendemos, que la percepción del mundo social es producto de la incorporación de las acciones e interacciones con la estructura desde donde se produce prácticas individuales y colectivas conforme a principios generados por la historia (Bourdieu, 1991: 33). En efecto, el cuerpo se presenta como el locus de las prácticas sociales, el cual, se sitúa en un contexto y espacio específico.

En suma, desde los enfoques teóricos asumidos, entendemos que la vida social así como la construcción de las identidades son producto de la articulación fluida entre

la socialidad, la historicidad y la espacialidad (Soja, 1997: 72), elementos fundamentales del ser situado.

### **Identidad, constructivismo y habitus**

Dentro de las Ciencias Sociales, la identidad se ha convertido en una categoría cada vez más importante para la sociología, antropología, ciencia política, geografía y psicología. Una amplia literatura empieza a valorar las expresiones locales del lenguaje, la defensa de la diferencia y la reivindicación de las identidades históricamente subordinadas, a partir de relecturas y replanteamientos que se suscitaron a partir del resurgir de los etnonacionalismos de las últimas tres décadas del siglo XX y la emergencia de nuevos movimientos sociales que a partir del uso político de la diferencia llevaron a cabo la reivindicación de derechos y desafiaron al Estado. En el caso de América Latina, el ascenso de “nuevas etnicidades” en la mayoría de los casos han demandado su reconocimiento en el marco de los estados nacionales, muestra de ello son las reclamaciones de los Mapuches en Chile, los movimientos indígenas en Colombia, Ecuador y Bolivia y la lucha de los zapatistas en México (Castillo, 2005: 5). Para el caso de las poblaciones negras, en Colombia en particular, la politización de la diferencia y la construcción de identidades políticas devino en un proceso de constitución de un nuevo sujeto político: “Comunidades Negras” (Escobar, 2010: 234).

Muestra del avance en la reflexión de la identidad en estos nuevos contextos de reconocimiento de la diversidad de identidades, por el lado de los estados nacionales, y de las luchas y de reivindicación de las mismas, por parte de los movimientos sociales y de los actores locales, han sido la etnografía de la modernidad (Escobar, 1997), los estudios culturales y poscoloniales (Hall, 1992; Grossberg, 2003; Quijano, 1991) y la teoría de la auto-formación de las identidades y la agencia (Holland et al, 1998).

Al mismo tiempo, dentro de las corrientes mencionadas y otros estudiosos del tema, han sostenido que el ascenso de las “nuevas etnicidades”, basadas en la politización de la diferencia como construcción discursiva de la identidad para los grupos subalternizados desde la década de 1990, ha conllevado una ruptura radical con las articulaciones por mucho tiempo existentes de la identidad, provocando una reubicación del “subalterno” en el nuevo imaginario cultural y político de los estados nación. En el caso del análisis teórico de las identidades de las poblaciones negras en

Colombia, la nueva política de representación a partir de la identidad étnica, produjo dos regímenes en la comprensión de las identidades (Escobar, 2010; Losonczy, 1996; Rojas, 2004). El nuevo régimen de identidad que responde al análisis de la recolocación de “lo negro” en términos étnicos en escenarios de confrontación política y, el régimen previo que aborda la construcción de las identidades teniendo como marco de referencia, la diversidad de formas de representación y construcción desde lo local de las poblaciones negras, es decir, la comprensión de las identidades que gira en torno a las prácticas culturales localizadas (Escobar, 2010: 234).

Como antecedente importante sobre la categoría de la identidad, la literatura existente ha contrapuesto dos enfoques de la misma: el esencialismo y el constructivismo. Las teorías esencialistas explican la identidad a partir de un núcleo esencial inmutable. Esta noción, según Escobar (2010) “ha derivado en las nociones unitarias de las identidades étnicas, raciales y nacionales, en las cuales la identidad ontológica es vista en términos de lazos grupales, anclados más o menos a una cultura compartida o autocontenida” (Escobar, 2010: 235). En la antropología y en los estudios sobre el nacionalismo esta perspectiva es conocida como primordialista.

De esta manera, el esencialismo asume un contenido esencial e intrínseco en toda identidad. Esta es definida por un origen común o por una estructura habitual de experiencia. Se puede rastrear esta noción en el *ergo cogito* de Descartes, en el yo trascendental de Kant hasta el concepto ilustrado de razón, donde la identidad “ha sido concebida como algo substancial, unitario, fijo y fundamentalmente no cambiante” (Castillo, 2005: 45). Al mismo tiempo, a la identidad se la considera como una invención de la modernidad. Sustenta Bauman (1996), que la identidad entró “en la mente y en la práctica moderna vestida desde un principio como una tarea individual, donde supone la constitución del individuo moderno, autónomo y en su libre voluntad, dotado de derechos y sujeto a su propio conocimiento” (Bauman, 1996: 18).

Así mismo, la diferencia hace parte de esta lógica moderna en la cual “el término subordinado es visto como constitutivo de, y necesario, para el dominante” (Grossberg, 2003), desde la modernidad y el proceso de colonización se crearon identidades fundamentadas, por ejemplo, en las diferencias y rasgos fenotípicos, en particular, el color de piel. Así, el dominador blanco subordinó al otro que no cumplía con ese rasgo fenotípico, en el caso de las poblaciones africanas esclavizadas, el término “negro” fue

parte constitutiva de su posición de subordinación dentro del sistema moderno colonial (Quijano, 2000a: 202-203). Aunque son predominantes estas concepciones de identidad en el imaginario popular, dado a los procesos de constitución de los estados nacionales y las invenciones alrededor de las identidades nacionales y territoriales, estas han sido ampliamente consideradas como inadecuadas.

Las distintas críticas al esencialismo refieren diferentes tipos de sujetos sociales y de identidades (el sujeto de clase, el sujeto de género, el sujeto étnico) que son el producto de diversas dinámicas sociales en el devenir histórico. En conformidad con este argumento, el enfoque explicativo de la categoría de la identidad que acogemos en esta investigación parte de dos nociones: la comprensión del sujeto como “*sujeto sociológico*” y como producto de una construcción social. Nos resulta importante resaltar que este “sujeto” configura una perspectiva de la identidad que, desde los desarrollos de las teorías sociológicas, rompe con la visión de “sujeto ilustrado” o “cartesiano” (Castillo, 2005: 43).

El sujeto “sociológico” parte de un giro en la concepción de la persona, que pasa de reflexionarla como un todo coherente y unificado, a una persona formada socialmente (Hall, 1992: 273). Desde el modelo analítico de Pierre Bourdieu, “las categorías de percepción del mundo social, son en lo esencial, el producto de la incorporación de las estructuras objetivas” (acciones e interacciones de la estructura) del espacio social (Bourdieu, 1991: 33).

De esta manera, existe una correspondencia entre las estructuras sociales y mentales que tienen su asidero en lo más profundo del cuerpo donde se interiorizan los esquemas del *habitus*. Así, el *habitus* se entiende como el conjunto de disposiciones duraderas y transferibles conformadas por la exposición a determinadas condiciones sociales que llevan a los sujetos a interiorizar las necesidades del entorno social, es decir, el *habitus* actúa como lo social incorporado o hecho cuerpo; “integra todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento de la historia del sujeto como una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones” (Bourdieu, 1991: 88). De esta manera, el *habitus* “produce prácticas individuales y colectivas conforme a los principios engendrados por la historia, asegurando la presencia activa de la experiencia pasada” (Capdevielle, 2011: 35), constitutivos de una determinada identidad.

Desde la perspectiva ilustrada, la identidad es esencial al racionalismo, desde ahí, la persona es un “agente único y unificado con capacidad racional para comprender y transformar el mundo; razón y racionalidad forman la base del progreso” (Castillo, 2005: 44). Para Hall (1992) la concepción del sujeto ilustrado se basa en una visión de la persona humana “como un individuo totalizante, centrado, unificado y sin fracturas, dotada de las capacidades de la razón, la conciencia y la acción, su núcleo interno emerge cuando el sujeto nace, y este núcleo esencial del yo es la identidad de la persona”, por lo que se nos presenta como una concepción muy individual del sujeto y de la identidad, y al mismo tiempo, como una concepción que a la persona humana la escindió de su componente corpóreo para sublimar la razón (Hall, 1992: 275). Así mismo, la concepción del sujeto “sociológico” nos aproxima analítica y empíricamente a los aspectos rutinarios y habituales concretos, que en el caso de los sujetos del corregimiento de La Toma, son los que han constituido y constituyen desde las relaciones sociales locales parte de sus identidades.

Intrínseca a la noción de “sujeto sociológico” en la comprensión de la identidad, se encuentra que la formación del sujeto hace parte de una construcción más amplia, a la cual se la ha llamado “construcción social”. La teoría de la construcción social “se refiere a la forma en que surgen, pensamos y usamos los conceptos para estructurar desde los sujetos la experiencia y comprensión del mundo” (Castillo, 2005: 36). Desde esta perspectiva un elemento nodal es la refutación de la idea de que algunas categorías son naturales.

En consecuencia, la teoría de la construcción social “desafía la concepción esencialista y la forma en la que algunas ideas y nociones han sido empleadas para legitimar acciones humanas” (Castillo, 2005: 37), ejemplo de esto son los procesos de esclavización y colonización, sostiene también que las categorías que han sido consideradas inmutables e inalterables pueden ser mejor comprendidas en tanto son vistas como producto de las acciones, procesos y elecciones humanas, es decir desde su historicidad. Así mismo, este postulado tiene consecuencias teóricas y prácticas, ya que implica que “se deben repensar todo el rango de “lo dado” desde lo personal, lo cultural hasta lo “universalmente humano” (Jackson y Penrose, 1993 en Castillo, 2005: 37), ejemplo de esto son los análisis y reconceptualizaciones a propósito del género y la raza.

Entendemos entonces la teoría de la construcción social como una herramienta conceptual desde la cual se puede desvelar las fuentes de las desigualdades y las discriminaciones, de igual forma, concebir que “toda construcción de la realidad debe ser vista como un producto de la capacidad humana de pensar, percibir y sentir, y en consecuencia, sujeta al cambio y variabilidad” (Castillo, 2005: 37). Por lo tanto, a partir de este lugar de concepción, la(s) identidad(es) desde la dimensión analítica no son esenciales ni inmutables, sino que la “pertenencia a cualquier grupo humano es siempre un asunto contextual y de definición social”, entendiendo que la(s) identidad(es), en el caso puntual de las comunidades negras en Colombia, “son el producto de la historia y, por tanto, son construidas” (Escobar, 2010: 236), y han de ser analizadas desde sus espacios de vida, desde sus localidades con sus propias especificidades, para nuestro caso concreto, en el corregimiento de La Toma, teniendo en cuenta las formas en las cuales los sujetos han desplegado sus relaciones sociales a partir de la organización de roles y tareas específicas como el trabajo y las actividades productivas.

De este modo, el enfoque constructivista de la identidad mella la existencia de identidades originales e inmutables. Sostiene que las identidades “se construyen socialmente, son contextuales, están sujetas al cambio y son construidas en el marco de las relaciones de poder” (Castillo, 2005; Escobar, 2010).

### **Identidades: articulación de la diferencia e identificación, agencia y práctica en el caso de la comunidad negra de La Toma**

La propuesta teórica y práctica a la que nos acogemos, es la planteada por el antropólogo colombiano Arturo Escobar, la cual se despliega a partir de más de 20 años de investigación y apoyo político a las comunidades negras del pacífico colombiano; de este proceso se produce el texto “Territorios de Diferencia”, publicado en español en el año 2010, escrito a lo largo de 12 años.

Aunque los estudios de las comunidades negras del Pacífico se han establecido como un paradigma en el análisis de las poblaciones negras a nivel nacional en Colombia, derivando en un proceso de carácter homogenizante de ciertas categorías de uso político y académico, que ha llevado a la invisibilización de la multiplicidad de formas en las que las poblaciones negras, en su diversidad de trayectorias históricas, representan y conciben su propia historia e identidades (Rojas, 2004: 158 ; Restrepo,

2004: 24), esta propuesta teórica, a nuestro modo de ver, procura, si no reconciliar los dos regímenes en el análisis de las identidades en las poblaciones negras en Colombia, sí considera los elementos analíticos que prevalecen en cada uno de ellos, a saberse: a) en el régimen actual de la identidad donde el análisis se enfoca en la recolocación de “lo negro” en términos étnicos en escenarios de confrontación política; b) en el régimen previo de la identidad donde se aborda la construcción de las identidades desde las prácticas culturales localizadas.

En el capítulo sobre identidad, Escobar (2010) introduce el concepto entendiéndolo como “un proceso dialógico que destaca simultáneamente la historia, la lucha, la agencia y la determinación”. Así mismo, las “articulaciones y compromisos en-actuados en niveles individuales y colectivos” (Escobar, 2010: 233). En ese sentido, para nuestro caso de estudio entenderemos la identidad desde dos puntos generales que teóricamente aglomeran las discusiones sobre la categoría de la identidad.

El primero se refiere a las identidades entendidas como “el producto de discursos y prácticas que son profundamente históricas, y por tanto se encuentran siempre dentro de una economía de poder” (Escobar, 2010: 235). Inscrito en la perspectiva constructivista posestructuralista, aquí la identidad, en concordancia con el régimen actual de la identidad en las poblaciones negras en Colombia, es comprendida como la articulación de la diferencia.

Desde las tendencias posestructuralistas<sup>1</sup>, la categoría de la identidad en su desarrollo reflexivo tuvo como gran impulso interpretativo los planteamientos de Foucault. El trabajo del filósofo francés subraya la producción de sujetos a través de formaciones discursivas y prácticas articuladas al ejercicio del poder; prácticas a través

---

<sup>1</sup> Las teorías posestructuralistas surgen en el año 1980 en Estados Unidos a partir del giro discursivo y lingüístico en los estudios de los franceses Michel Foucault y Jacques Derrida. Dentro de los planteamientos más influyentes de esta corriente teórica están: a) la realidad es discursivamente constituida, pero no es solamente discurso. En el discurso no solo se da la significación sino relaciones de poder; es una práctica que se entrama con otras prácticas constituyendo el mundo y lo que hacemos o dejamos de hacer para transformarlo; b) historicidad radical, desde la que se analiza las condiciones de surgimiento y transformación de las prácticas, relaciones y representaciones concretas entendidas en su emergencia, despliegue y dispersión; c) problematiza el sujeto autónomo y soberano como principio de explicación, donde este, es histórica y discursivamente constituido y, su agencia no se limita a reproducir las estructuras; d) cuestiona las ideas totalitarias y los determinismos reduccionistas, ya que aunque asumen la existencia de las estructuras y su yuxtaposición con otras produciendo el marco en el que los sujetos se mueven, difuminan el imperio estructural otorgándole valor al sujeto en el hacer y en el acontecer histórico, teniendo en cuenta la intervención, los efectos y modos de participación que tiene la estructura y las formas en que los actores se encuentran e interactúan en ella (Restrepo, 2014).

de las cuales el sujeto es objetificado de varias formas, en el caso trabajado por Foucault, por medio de los mecanismos de disciplina y normalización, así mismo, “las prácticas de subjetificación que el sujeto despliega sobre sí mismo” (Foucault, 1982 en Escobar, 2010: 236). Las formaciones discursivas constructoras de la realidad social constituyen “formas coherentes mediante las cuales los sujetos se representan el mundo y la experiencia”, el punto fundamental de la hipótesis del autor es que esas formaciones se producen a partir de las relaciones de poder (Escobar, 2010; Castillo, 2005). Relaciones de poder que se desenvuelven en una economía de poder, como las llama Escobar (2010), refiriéndose al manejo y distribución del mismo desde una muy variada gama de actores e intereses.

Como lo proponen los teóricos políticos Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, “todas las identidades son relacionales y están sobredeterminadas por otras, dejando la lógica de articulación como la única posibilidad para la construcción política de la identidad” (Escobar, 2010: 236). De esta manera, la identidad es el conjunto de posiciones del sujeto que se articulan a un núcleo específico que funciona como “punto nodal”, como eje que articula el sistema de identidades, y donde los significados y algunas identidades pueden ser parcialmente fijadas (Escobar, 2010; Castillo, 2005). En ese sentido, podemos entender para nuestro caso puntual la importancia de no hablar de la identidad de nuestro actor colectivo, la población negra de La Toma, sino de múltiples identidades o de un sistema articulado de polos de identidad: étnica, nacional, de género, de clase, entre otros. Así cada polo de identidad se construye a partir de un proceso de identificación desde el que los sujetos son interpelados<sup>2</sup> a partir del orden de lo discursivo, formas de representación desde el lenguaje, y lo simbólico, sistema de instrumentos de conocimiento y comunicación que hacen posible el consenso sobre el sentido del mundo social (Bourdieu, 2000: 189).

La perspectiva constructivista se nos presenta como una herramienta analítica para el estudio de las identidades, entendidas como realidades sociales múltiples, donde

---

<sup>2</sup> Con respecto a la noción de interpelación, esta fue introducida por Althusser para designar las prácticas a través de las cuales los “Aparatos ideológicos de estado” convierten a los individuos en sujetos sociales al insertarlos en un espacio socio-simbólico determinado. En el caso de la identidad, el concepto es usado para designar la práctica social mediante la cual se propone a los agentes sociales un “modelo de identificación” que pretende convertirlos en sujetos de un discurso. Laclau y Mouffe (1987) argumentan que la efectividad de la interpelación depende de la aceptación de esa invitación por parte de los agentes al incorporar en si identidad el modelo que se les propone.

se concibe al sujeto como descentrado, gracias a la pérdida del sentido estable del yo. Al respecto Castillo (2005) explica que los cambios estructurales sucedidos a finales del siglo XX y principio del XXI propiciaron el giro de la política de clase a la política de la diferencia, dándose el destronamiento de la categoría de clase como principio de análisis, poniendo sobre la arena teórica y práctica, las identidades de género, étnicas, religiosas, catapultadas por el impacto de los procesos de globalización y la rearticulación de nuevas formas de producción, dominación y colonización que han conllevado cambios espacio-temporales profundos, que en el caso de la población de La Toma se concretan con las transformaciones territoriales y sociales que suscitó la construcción de la represa “La Salvajina” en el año 1986.

Hidroeléctrica que trajo como consecuencias importantes, pérdidas ecológicas así como el cambio de las formas de vida y el desplazamiento de buena parte de la población lugareña, quienes a partir de este suceso iniciaron su proceso de organización en torno a su identidad étnica como afrocolombianos, haciendo pedidos al Estado colombiano de autonomía sobre su territorio ancestral, derecho reconocido dentro de las políticas diferenciales estipuladas en la Constitución Política a partir de reconocer a Colombia como una nación pluriétnica y multicultural, por medio del Artículo Transitorio 55, que después daría paso a la Ley 70 o “Ley de Negritudes” para la consecución de territorios ancestrales de comunidades negras, afrocolombianas, palenqueras y raizales.

De esta manera, entendemos que los polos de identidad implican procesos de identificación, que asumimos en esta investigación como “un proceso continuo (Castillo, 2005) que nunca concluye porque puede perderse o ganarse, sostenerse o abandonarse”. En ese sentido, la identificación es un proceso en el cual “el sujeto o actor colectivo asimila un discurso, un atributo, un aspecto de otro, y se transforma parcial o totalmente sobre el modelo de este, para que ocurra este proceso, es preciso que exista un exterior constitutivo” (Castillo, 2005: 54). Por consiguiente, la identificación es condicional y contingente, en tanto está sujeta al juego de la diferencia que implica un trabajo discursivo que marca barreras simbólicas, a saber, “la producción de un efecto frontera” de tal forma que implica la exclusión o marginalización de otros (Hall, 1996 en Castillo, 2005: 54).

Por lo tanto, la identificación precisa reconocer la presencia en las sociedades de “múltiples antagonismos entre diferentes actores sociales que tienen la necesidad política, ideológica o cultural de imponer su visión del mundo, lo que involucra la proliferación de múltiples discursos y “modelos de identidad” que interpelan a los sujetos y actores colectivos” (Castillo, 2005: 55). De este modo, en la comunidad de La Toma, los sujetos que la componen o ésta como actor colectivo, no se presenta como algo acabado, integro o completo, a pesar de tener polos de identidad relativamente estables como la nacionalidad: colombiano, la “raza”: negro, la clase: campesino, sin embargo sigue siendo incompleto, ya que se presenta como algo parcial y contextual; hacerse parte de los demás requiere de la comprensión gradual de la ausencia de lo que el otro es, esta condición, como lo propone Giddens (1991) cambia con el tiempo y el espacio.

El segundo punto en la comprensión de la construcción de las identidades para nuestro caso de estudio, está relacionado con el régimen previo de la identidad en las comunidades negras en Colombia, el cual tiene como marco de análisis en el entendimiento de la identidad, las prácticas culturales localizadas. Partimos de la perspectiva de la auto-formación de identidades y la agencia (Holland, 1998), que con base en el trabajo de dos académicos rusos, el psicólogo L.S. Vygotsky y el teórico literario M. Bakhtin, la antropóloga Dorothy Holland (1998) y otros profesores investigadores de la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill, han desarrollado un modo de entendimiento dialógico, orientado hacia la práctica y lo procesual de las identidades. La identidad desde esta perspectiva es una forma compleja del entendimiento del sí mismo, “improvisada a partir de los recursos culturales a mano en un contexto histórico particular” (Holland et al., 1998: 5). Este enfoque se basa en la intersección de la persona y la sociedad, del individuo y de lo colectivo, y en cómo “el poder y la cultura son negociados en esta intersección para la producción de identidades particulares de forma que evidencian sus dimensiones estructurales, así como las agenciales del proceso” (Escobar, 2010: 246).

En contra de los enfoques constructivistas más radicales, el énfasis dialógico desarrolla una conceptualización de la historia-en-persona que hace lugar a identidades relativamente estables. Como muestran los estudios etnográficos del sí mismo (self),

“los discursos y las prácticas no son sólo determinantes del sí mismo sino también instrumentos para la construcción de la identidad” (Escobar, 2010: 246).

Según Holland (1998), “las personas socialmente e históricamente posicionadas construyen sus subjetividades en la práctica”; esta conclusión es aceptada por gran parte de la teoría posestructuralista, además se inclinan hacia la idea de Bakhtin de la ineluctable naturaleza dialógica de la vida humana para llegar a la noción de “codesarrollo- el desarrollo inter-relacionado de personas, formas culturales y posiciones sociales en los mundos históricos particulares-”. En consecuencia, la producción de identidades “se da en las interacciones de personas con otras personas y con objetos que implica la construcción de mundos culturales, esto sucede a través de improvisaciones recursivas dentro de un bagaje histórico acumulado; así mismo, este proceso involucra varios tipos de mediaciones” (simbólicas, lingüísticas, corporales entre otras “herramientas de agencia”) (Holland et al., 1998: 52). En algunos casos estos mundos culturales pueden pensarse como “mundos figurados”, definidos “como mundos situados localmente, contruidos culturalmente y organizados socialmente, que hacen posible la agencia decidida de las personas” (Escobar, 2010: 247), esto es, su capacidad de rehacer el mundo en el que viven. Aunque estos mundos están sujetos a cambios constantes, pueden adquirir cierta durabilidad. Holland (1998) explica que son mundos en movimiento, precisamente “este contexto de flujo es la base para el desarrollo de la identidad” y establece las condiciones para el “espacio de la autoría” (Holland, 1998: 54).

Los “mundos figurados” son “el espacio donde las políticas culturales que se despliegan resultan en identidades personales y colectivas particulares, a través de una variedad de prácticas, articulaciones y artefactos culturales” por medio de formas de “aprendizaje situado” (Holland et al, 1998: 56). Sumado a la dimensión dialógica, el segundo aspecto de la perspectiva de la autoformación de identidades y agencia, es su dimensión histórica; esta es conceptualizada por medio de la noción de la “historia en persona”, a partir del “mapeo de las relaciones entre las condiciones sociales, económicas y políticas, por un lado, y las identidades-en-práctica producidas dentro de tales condiciones, por el otro” (Holland et al., 1998: 57).

El concepto de “historia en persona” al mismo tiempo evidencia “los efectos estructurantes de las condiciones históricas y las mediaciones de los actores de este

proceso a través de la producción de formas culturales que toman las condiciones históricas como recursos para la autoría de sí mismos” (Escobar, 2010: 247). Al respecto Holland (1998) y sus coautores introducen dos nociones. La primera es la de las “prácticas locales contenciosas”, estas se refieren a la “participación situada de los actores en conflictos locales explícitos que generan identidad”. La segunda es la de las “luchas históricas duraderas”, entendidas como largos procesos que constituyen los bagajes dentro de los cuales “las prácticas locales contenciosas” están localizadas. De este modo, se puede entender que las “prácticas locales contenciosas” median entre “la historia en persona” y las “luchas históricas duraderas”; las identidades y las luchas están siempre inacabadas y en proceso. Las identidades son “formadas en el dialogo, si no en luchas por medio de la diferencia, lo cual a su vez implica la creación y, en algunos casos, la disolución de fronteras entre el sí mismo y los otros” (Escobar, 2010: 248). En palabras de Holland (2001):

Los dialógicos sí mismos (*selves*) formados en la práctica contenciosa local son sí mismos articulados con otros a través de prácticas y discursos modulados por el poder y el privilegio [...] En el curso de luchas locales, los grupos marginados crean sus propias prácticas. Estas prácticas proporcionan los medios por los cuales las subjetividades en los márgenes del poder se espesan y llegan a ser más desarrolladas y así más determinantes en la configuración de las luchas locales [...] Las identidades son formadas en la práctica por el trabajo a menudo colectivo de evocar, de improvisar, de apropiar y de rechazar participación en las prácticas que posicionan el sí mismo y el otro. Ellas son duraderas no porque las personas individuales tienen identidades esenciales o primordiales sino porque los múltiples contextos en los cuales las íntimas identidades dialógicas producen sentido y dan significado, son recreadas en la práctica local contenciosa (la cual está en parte configurada y reconfigurada por luchas duraderas). Toda la multiplicidad de sí mismos autorizados y posicionados, las identidades, las formas culturales y luchas locales y de mayor alcance, dadas juntas en la práctica, son amarradas al hacer la “historia en persona”. La “historia en persona” así indexa un mundo de la identidad, de la acción, de la práctica contenciosa y de luchas transformadoras a largo plazo (Holland, 2001: 18).

En consecuencia, el segundo punto para el entendimiento de la construcción de la identidad en la comunidad negra de La Toma, es pensar que las identidades son construidas por prácticas diarias en diferentes niveles, desde el ámbito de las tareas y actividades, las cuales producen “mundos figurados”. Podemos entender a la comunidad de La Toma como un mundo situado localmente, el cual es construido culturalmente,

mediante la interacción de los actores, recursos y objetos, y organizado socialmente por medio de la determinación de roles, funciones y oficios que hacen posible la agencia y el compromiso activo de los actores con su mundo.

Por consiguiente hay un constante movimiento de ida y vuelta entre las prácticas contenciosas locales, es decir, la participación situada de los actores en circunstancias o problemáticas locales explícitas, por ejemplo las formas de reproducir sus formas materiales de vida mediante el trabajo, en el caso de los habitantes de La Toma, a partir de actividades productivas que han desarrollado históricamente en relación profunda con el espacio que habitan, precisamente el cultivo de café que en la década de 1940 sirvió no solamente como producto de comercialización en los mercados de la región sino como una forma de apropiación productiva del territorio, y las luchas históricas entendidas como largos procesos que construyen los bagajes dentro de los cuales se dan las primeras, que en el caso que venimos describiendo, el cultivo de café, la apropiación productiva del espacio y su comercialización, sirvió como forma en la cual las familias tomeñas accedieron a recursos sociales y económicos que les permitió la consolidación de su territorio y vivir un periodo de abundancia y estabilidad, condiciones que en periodos anteriores y posteriores a la década de 1940, van a ser desestabilizadas por agentes externos, es en este tipo de dinámicas donde se da la construcción de la identidad.

De ahí que se piense la construcción de la identidad individual y colectiva en la práctica contenciosa por medio de improvisaciones recursivas que crean espacios de autoría y que se pueden evidenciar por medio de la historia-en-persona, es decir, en la articulación entre las condiciones económicas, políticas y sociales y las identidades en práctica dentro de las condiciones anteriores. Estudiar desde esta perspectiva a la comunidad de La Toma permite tener en cuenta las dimensiones estructurales y agenciales, ya que en la producción de este mundo local-cognitivo, se han creado activamente prácticas culturales y lógicas propias que han llevado al despliegue de identidades basadas en la sobrevivencia de rasgos africanos y materiales culturales exógenos (católicos, indígenas y modernos-blancos), que nos hacen pensar esta identidad(es) como un continuo intersticio que desde su pasado histórico, por una lado, han sido el resultado de violentas discontinuidades, a propósito de la esclavización y los procesos moderno-coloniales, y por otro lado, en un pasado más reciente como

campesinos negros, como comunidad rural en términos positivos que posee otros conocimientos y tradiciones (Villa, 2001: 207).

Podemos rastrear la agencia de estos actores a través de los diferentes espacios de autoría desde donde se han producido prácticas contenciosas que estructuran la memoria colectiva. Las actividades y prácticas productivas que se desempeñan en este mundo local, minería y agricultura, que aunque fueron impuestas y determinadas por el colonizador, y que en el devenir histórico, en el largo proceso de lucha, han constituido y adquirido significaciones como prácticas contenciosas que configuran su estar y su compromiso activo en el mundo.

Respecto a la improvisación recursiva y los espacios de autoría que se propician a partir de las prácticas contenciosas en los bagajes históricos acumulados de las comunidades localizadas, nos es de interés indagar desde la categoría de “suficiencias íntimas”, las formas y lugares de elaboración de las prácticas contenciosas como despliegue de las identidades y los modos de resistencia.

Santiago Arboleda (2011), intelectual afrocolombiano, en su tesis doctoral “Le han florecido nuevas estrellas al cielo: suficiencias íntimas y desclandestinización del pensamiento afrocolombiano”, propone la noción de “suficiencias íntimas” en el marco del análisis crítico poscolonial relacionado a los procesos que ha conllevado la colonialidad del poder/saber en la invisibilización de los aportes del pensamiento afrocolombiano a la construcción de la nación colombiana, produciendo y normalizando los lugares de no producción de conocimiento y su marginalización, siempre destacando su provisión de materias primas y fuerza de trabajo (Arboleda, 2011: 4). Frente al patrón de negación que sugiere e impone la colonialidad del saber, el autor entiende como “suficiencias íntimas” las orientaciones mentales, claves epistémicas y prácticas sociales, que despliega un grupo concretando y afirmando su existencia (Arboleda, 2011: 11). Estas formas y lugares de elaboración y autoría, en palabras del autor, son entendidas como:

Cúmulo de experiencias y valores siempre emancipatorios; reservorio de construcciones mentales operativas, producto de las relaciones sociales establecidas por un grupo a través de su historia, que se concretan en elaboraciones y formas de gestión efectivas, verbalizadas condensadamente en ocasiones, siendo orientaciones de su sociabilidad y su vida. Son suficiencias en la medida en que no parten de las carencias, sino que insisten ante todo en un punto de partida

positivo, vivificante para el individuo y su comunidad, no propiamente en una actitud permanentemente reactiva frente a los otros (Arboleda, 2011: 12).

### **Espacio, lugar y poder**

A finales del siglo XX, los estudios críticos en la Ciencias Sociales experimentaron uno de los desarrollos intelectuales, en nuestro criterio, más importantes: “el giro espacial”. Según Edward Soja (1997), desde los estudios sociales se empezó a “interpretar el espacio y la espacialidad de la vida humana con la misma investigación crítica y el mismo poder interpretativo que tradicionalmente se le había dado al tiempo y a la historia”, por un lado, y a las relaciones sociales y la sociedad, por otro, o como las llama el autor, “historicidad y socialidad de la vida humana” (Soja, 1997: 72).

El giro espacial (spatial turn) es un fenómeno que se dio a partir de la década de 1990, aunque varios geógrafos en décadas anteriores trabajaron para poder destacar la importancia de la geografía y de la perspectiva espacial, es en la década mencionada donde se produce una transformación en las diversas disciplinas de las Ciencias Sociales, que empiezan a acoger la geografía y los estudios del espacio, resultando en enfoques transdisciplinarios en un proceso similar al que atravesó la historia y la imaginación histórica durante el siglo XIX (Soja, 1997: 72).

El interés renovado por la perspectiva espacial, argumenta el autor, se ha dado en los distintos niveles de formación de conocimiento, desde la ontología y epistemología hasta los análisis de tipo empírico y la práctica social. Sostiene que el cambio más sustancial se daría en la dimensión ontológica, desde la “lucha ontológica”, se propició un cambio en la forma más básica de ver la existencia humana, de comprenderla. De este proceso de cambio, lo que se produjo fue una reafirmación de la importancia del espacio, como lo argumenta Soja (1997), un reequilibrio de los tres aspectos fundamentales del ser y del estar en el mundo: el espacio, el tiempo y la sociedad (Soja, 1997: 73).

No obstante, para que se diera en la década de 1990 el giro intelectual de los científicos sociales hacia la articulación de sus estudios y análisis a términos espaciales, fueron precisos los avances y aportes desde finales de la década de 1960 de pensadores franceses. Ya la relación entre espacio y sociedad había sido abordada por la geografía marxista ortodoxa, que tanto en su teoría como en su aspecto político, le daba más

énfasis a lo social subordinando el papel del espacio y la espacialidad; aunque era reconocido universalmente que la espacialidad era producida por lo social, argumenta Soja (1997), que al plantearse un flujo de fuerzas iguales o una relación dialéctica entre espacio-sociedad, es decir, que si bien lo espacial estaba producido por lo social, también lo social estaba producido por lo espacial, la geografía marxista ortodoxa de la década de 1960 consideró este argumento un tanto fetichista, denominaba a los pensadores que postulaban estos argumentos como espacialistas (Soja, 1997: 73).

Posteriormente, la geografía posmoderna en la década de 1980, en cabeza de teóricos como David Harvey y Edward Soja, se propondrá el replanteamiento de los modelos interpretativos de las ciencias sociales clásicas a partir de las dinámicas sociales ocurriéndose en su contexto y la necesaria reinscripción de lo espacial. Desde esta postura crítica, Soja (1997) comprueba que, en las ciencias sociales “la hegemonía del historicismo en la conciencia teórica ha ocultado una sensibilidad comparable a la espacialidad en la vida social” (Soja, 1997: 73). Este historicismo, característica del pensamiento moderno, especialmente del siglo XIX y comienzos del siglo XX de pensadores como Marx, Weber o Durkheim, que tienen en común en sus corpus teóricos un gran énfasis en “la contextualización histórica y coinciden en dar prioridad al tiempo y a la historia en relación con el espacio y la geografía” (Elissalde, 2007: 2).

De esta manera, lo que propone la crítica de Soja (1997) a la hegemonía de lo histórico, “es crear una apertura entre el dualismo de lo social y lo histórico para introducir el tercer elemento: el espacio”. Integración de la historia con la producción social del espacio y la construcción y configuración de las geografías humanas que posibilitan, según el autor, “un materialismo histórico y geográfico, una triple dialéctica de espacio, tiempo y ser social” (Guzmán, 2007: 38).

Ahora bien, como se señaló anteriormente, a finales de la década de 1960, se produjo una ruptura radical respecto a las formas en las cuales la “imaginación geográfica” había sido constituida, limitándose a la polarización del pensamiento espacial, producto de la lógica binaria moderna, con oposiciones fundamentales como: materialismo vs idealismo, real vs imaginario, objeto vs sujeto, las cosas en el espacio vs pensamientos sobre el espacio (Soja, 1997: 74). El sociólogo marxista Henri Lefebvre, realizando una crítica directa al dualismo, reflejo del pensamiento moderno, entre las cosas en el espacio o el mundo físico y los pensamientos sobre el espacio o el

espacio mental, por medio de lo que llamó Soja (1997), la “terciarización crítica en tanto alteridad”, propone una perspectiva de la producción del espacio que logra una apertura hacia formas alternativas de pensamiento.

### *La política de la producción del espacio*

En el estudio de la construcción de las identidades en la comunidad negra de La Toma, se hace necesario entender cómo el espacio y los lugares están vinculados y son parte constitutiva de estas identidades, ya que es en los lugares específicos donde se desenvuelve la acción social y donde han sido construidas y articuladas físicamente. Así la comprensión de la producción del espacio y el lugar refiere a las formas específicas en que se desarrolla un conflicto dado, en la lucha por el espacio material, sus representaciones e interpretaciones (Oslender, 2002: 5).

En consecuencia, nos es de gran utilidad la propuesta teórica de Lefebvre (1976) donde reflexiona sobre “La Política del Espacio”. El planteamiento central en la conceptualización sobre el espacio, se refiere a este, no solamente como “el entorno dado en que los actores sociales se encuentran e interactúan, al contrario, el espacio es el resultado de las luchas sobre su significado”, así mismo, no es solamente el sitio donde se hace concreta la lucha o donde se articula el conflicto físicamente sino también “el sitio simbólico del conflicto sobre interpretaciones y representaciones” (Oslender, 2010: 98). En palabras de Lefebvre:

El espacio no es un objeto científico ajeno a la ideología o la política; siempre ha sido político y estratégico. Si el espacio tiene un aura de neutralidad e indiferencia en relación con sus contenidos y de esta forma parece ser “puramente” formal, el epítome de la abstracción racional, es precisamente porque ya ha sido ocupado y usado, y ya ha sido el centro de procesos pasados cuyas huellas no son siempre evidentes en el paisaje. El espacio ha sido moldeado y determinado a partir de elementos históricos y naturales, pero esto ha sido un proceso político. El espacio es político e ideológico. Es un producto literalmente lleno de ideologías (Lefebvre, 1976: 31).

En efecto, pensar el espacio desde un enfoque crítico, precisa, como lo propone el autor, tener en cuenta las implicaciones prácticas para lo cotidiano, de esta manera abordamos los tres momentos interconectados que Lefebvre (1991) propone para la comprensión de la producción del espacio: 1) prácticas espaciales; 2) representaciones del espacio y; 3) espacios de representación.

Con *prácticas espaciales*, Lefebvre (1991) se refiere a las formas en que las personas generan, utilizan y perciben el espacio. Harvey (1989), especifica que “dichas prácticas asumen significados en las relaciones sociales de clase, género, comunidad, etnicidad o raza y, “son usadas” u “operadas” en el curso de la acción social” (Harvey, 1989: 223). Así, estas prácticas se hacen concretas, por un lado, en los procesos de mercantilización y burocratización de la vida cotidiana, fenómeno que es característico y constitutivo de la modernidad, este ha colonizado de forma efectiva “un espacio concreto” más antiguo, como lo reconoce Habermas (1987), la “colonización del mundo de la vida”. Al mismo tiempo, por otro lado, las prácticas espaciales están ligadas a las experiencias de la vida cotidiana, a las memorias de formas de vida más antiguas y diferentes, por lo que constituyen “un potencial para resistir la colonización de los espacios concretos” (Oslender, 2010: 99).

Las *representaciones del espacio* se entienden como los espacios concebidos, que son el resultado de una lógica particular y de saberes técnicos y racionales. Lefebvre (1991) sustenta que este es un “espacio conceptualizado, el espacio de los científicos, planificadores, urbanistas, subdivisores tecnocráticos e ingenieros sociales” (Lefebvre, 1991: 38), cuyos saberes expertos constituyen discursos científicos de la modernidad en campos como la educación, la salud, la planificación familiar, así como para nuestro caso de estudio, en los campos de la economía y las formas de producción agrícola, que penetran y transforman las esferas de la vida social mediante la institucionalización.

Oslender (2010) citando a Foucault (1972), plantea que los saberes expertos “se derivan en primer lugar de una gama de métodos científicos para después aplicarlos administrativamente en la regulación de todas las áreas de la vida social”. De ahí que se representen como espacio legibles, como mapas o estadísticas, y producen visiones normalizadas siempre ligadas a las representaciones dominantes, ya sean en estructuras estatales, en la economía o en la sociedad civil. Consecuentemente, tal legibilidad funciona como una reducción del espacio a una superficie transparente que crea una visión normalizada, particular de ver y hacer el mundo, que eclipsa “las luchas, ambigüedades y otras formas de ver, percibir e imaginar el mundo” (Oslender, 2010: 99).

De interés para nuestra investigación, es entender, como lo sostiene Lefebvre (1991) que en las sociedades “tradicionales” las prácticas espaciales precedían a las representaciones del espacio, y que por el contrario, en las sociedades actuales (post)industrializadas, antes de que experimentos el espacio a través de nuestras prácticas espaciales, este ya ha sido representado para nosotros. Es decir, las representaciones espaciales dominantes tiene el efecto de abstraer y descorporalizar el espacio, acarreado un “espacio abstracto” en el que “las cosas, los actos y las situaciones son siempre reemplazadas por representaciones” (Lefebvre, 1991: 311). Este espacio abstracto precisamente “es el espacio del capitalismo contemporáneo, donde la ley del mercado como lógica dominante ha llevado a una mayor mercantilización de la vida social” (Oslender, 2010: 99; Gregory, 1994: 360). La naturaleza de este “espacio de abstracción”, antes que ser un espacio cerrado y homogéneo, es un sitio de confrontación, en palabras de Lefebvre (1991):

Las contradicciones sociopolíticas se realizan en el espacio. Las contradicciones del espacio hacen operativas de esta manera las contradicciones en las relaciones sociales. En otras palabras, las contradicciones espaciales “expresan” conflictos entre las fuerzas y los intereses sociopolíticos; sólo *en* el espacio tales conflictos entran en juego en forma efectiva, y al hacerlo se convierten en contradicciones *del* espacio (Lefebvre, 1991: 365)

Estas confrontaciones que derivan en conflictos, en la propuesta de Lefebvre, finalmente darán lugar a un nuevo tipo de espacio, un “espacio diferencial”. A propósito del “espacio diferencial” propuesto por Lefebvre, que en oposición al “espacio abstracto” desemboca en la búsqueda de un “contra-espacio” (Lefebvre, 1991: 383), siendo este articulado en las múltiples luchas-resistencias como una política concreta del espacio, aquí es donde se ubican los *espacios de representación*. Oslender (2010) difiriendo de la tendencia teleológica en forma lineal de los procesos espaciales propuestos por Lefebvre (1991), propone que ambos espacios (“espacio abstracto”- “espacio diferencial”) deben considerarse en relación dialéctica, es decir, que “los procesos de dominación y resistencia están entrelazados, y sus articulaciones particulares se adaptan constantemente en una relación interdependiente, en contextos espaciales y temporales concretos” (Oslender, 2010: 100).

Los *espacios de representación* para Lefebvre (1991), consisten en “formas menos formales y más locales de conocimiento que son dinámicas, simbólicas y

saturadas de significado” (Lefebvre, 1991: 40). Son construcciones que se enraízan en la experiencia y constituyen un repertorio de articulaciones, caracterizadas, por su naturaleza flexible y capacidad de adaptación, que no se ven limitadas por alguna lógica inexorable, al respecto Lefebvre (1991) argumenta:

Los espacios representacionales [...] no necesitan obedecer reglas de consistencia o cohesión. Rebosantes de elementos imaginarios y simbólicos, tienen su fuente en la historia – en la historia de un pueblo así como en la historia de cada individuo perteneciente a ese pueblo (Lefebvre, 1991: 41).

Estos espacios encuentran “su articulación en la vida cotidiana donde encarnan simbolismos complejos” (Oslender, 2010: 100). Soja (1997) llamará a este espacio, el tercer espacio o el “espacio vivido”, definiéndolo como el espacio experiencial, empírico, pero también, como el espacio que está relacionado con la historia: “nuestra vida es al mismo tiempo tanto temporal como espacial” (Soja, 1997: 73). Los *espacios de representación* no son homogéneos ni autónomos, se mezclan constantemente en una relación dialéctica con las representaciones dominantes del espacio, que “intervienen, penetran e intenta colonizar el mundo vida del espacio representacional” (Oslender, 2010: 101). En consecuencia, es un espacio dominado que la imaginación busca cambiar y apropiarse, siendo a la vez sujeto de dominación y fuente de resistencia.

Ahora bien, la propuesta conceptual de Lefebvre (1991) sobre la producción del espacio social, fue una de las causantes teóricas y si se quiere epistemológicas, que motivó los tan variados enfoques que tendrán lugar en las ciencias sociales desde la década de 1990, en lo que se ha llamado el “giro espacial”, ya mencionado anteriormente. La relación dialéctica entre lo percibido, lo concebido y lo vivido – o lo que llama Soja (1997) la dialéctica de la espacialidad- adquirirá una cierta “coherencia estructurada” (Merrifield 1993:525) a partir de la perspectiva de lugar, desde donde se contextualiza y arraiga las conceptualizaciones lefebvrianas en articulación con la nueva geografía regional y la teoría sociológica de la estructuración.

#### *Perspectiva de lugar: ubicación, localidad y sentido de lugar*

Dentro de la geografía humana, la geografía regional se ha renovado dando lugar al debate en torno al significado de términos como lugar, localidad o región. Al respecto, argumenta Lois (2010), que esta reformulación da cuenta de la “historización de los

procesos que intervienen en la constitución de una región” (Lois, 2010: 210), de esta manera, el espacio deja de ser considerado como un contenedor, “como un telón de fondo inerte para el despliegue de la saga humana” (Escobar, 2010: 47), criticando la visión moderna de la relación entre naturaleza y sociedad, comprendiendo, opuestamente, el espacio como la participación activa de las relaciones y procesos sociales, políticos y económicos en su constitución y significación.

Consecuentemente, la nueva geografía regional propondrá que los procesos regionales no se los puede explicar solamente por sus relaciones internas y su ubicación espacial, sino también por sus vínculos con dinámicas que se suceden en otras escalas: local, estatal, global. De igual forma, las interacciones entre sociedad y naturaleza pasarán “a tomar relevancia en forma de análisis de la vida cotidiana” (Lois, 2010: 210). Así, en los procesos de construcción de identidades, desde esta perspectiva, se daría cuenta no sólo de elementos materiales sino también de sentimientos, representaciones, discursos y símbolos.

Así, los conceptos clásicos como región y lugar, empiezan a ser abordados como una construcción histórico social resultado de “las prácticas sociales, económicas y culturales de agentes, actores e instituciones situados en diferentes escalas, que desarrollan diferentes actividades en tiempos y espacio diferenciados y específicos” (Lois, 2010: 211).

Precisamente en el desarrollo de la perspectiva de lugar, el geógrafo John Agnew tendrá en cuenta los nuevos marcos de la imaginación geográfica regional y la imaginación sociológica, nutriéndose de la teoría de la estructuración de Giddens. En la teoría de la estructuración, Giddens en un contexto de reformulaciones y aperturas críticas, centra su interés en la importancia del espacio y el tiempo como agentes estructuradores de la vida social. Así mismo, la estructuración entiende que los individuos son agentes conscientes de sus acciones y con capacidad reflexiva, que desarrollan sus actividades en un contexto de estructuras que podrían no sólo restringir sino también posibilitar esas acciones. De esta forma, sostiene Lois (2010), refiriéndose a los planteamientos de Giddens, que para “mostrar la interdependencia entre estructura y acción se requiere captar las relaciones espacio-temporales inherentes en la constitución de toda interacción social” (Lois, 2010: 214).

Así, Agnew (1987) propone una perspectiva de lugar, donde el *Lugar* es el contexto, histórica y espacialmente constituido, en el cual “la agencia interpela a la estructura social” (Agnew 1987: 43). Según Lois (2010), “es el propio proceso de estructuración geográfica de la vida social, donde las identidades y su política adquieren un significado concreto” (Lois, 2010: 211), en efecto, más que un concepto de referencia a un escenario geográfico donde se dan los comportamientos políticos y sociales, es donde las acciones sociales, políticas y económicas tienen lugar. La reproducción y transformación de las relaciones sociales tiene lugar en algún sitio: en los Lugares. El concepto de Agnew tiene tres elementos: localidad, ubicación y sentido de lugar.

Retomando la perspectiva de lugar de Agnew (1987), Ulrich Oslender (2010), geógrafo político, reorienta este enfoque hacia el análisis de las resistencias y prácticas locales de las comunidades negras del Pacífico colombiano, dentro de un marco amplio de re-estructuramiento del capitalismo (Oslender, 2010: 2). Su propuesta, parte de la necesidad de discutir las relaciones entre lo local y lo global, ya que los discursos dominantes de globalización han tenido la tendencia a ignorar y considerar no pertinente, insignificante o secundario “el potencial de lo local para subvertir, modelar o enfrentar activamente discursos y estrategias de globalización” (Oslender, 2010; Escobar: 2010). En este sentido, parece preciso analizar el proceso de construcción de las identidades en la comunidad negra de La Toma desde la perspectiva de lugar, ya que esta se nos presenta como una dimensión crucial en la configuración de mundos locales y al mismo tiempo donde se presenta, concretamente, la articulación conflictiva con las hegemonías y la resistencia a ellas (Oslender, 2010: 11; Escobar, 2010: 48). Siguiendo a Oslender (2010), entendemos que las calidades objetivas y subjetivas del lugar se constituyen de los tres elementos propuestos por Agnew (1987).

La *localidad* se refiere a los marcos formales e informales dentro de los cuales están constituidas las interacciones cotidianas. La entendemos no sólo como los escenarios físicos dentro de los cuales ocurre la interacción social, sino “implica también que estos escenarios y contextos están concretamente utilizados de forma rutinaria por los actores sociales en sus interacciones y comunicaciones cotidianas” (Oslender, 2002: 10). Consecuentemente, se puede distinguir ciertas localidades como escenarios físicos asociados a las interacciones típicas, las cuales constituyen las

colectividades como sistemas sociales. En nuestro caso de estudio, como se mostrará más adelante, la localidad típica de la comunidad negra de La Toma, para el periodo de 1950 a 1980, fueron las vegas del río Cauca; localidad que entrará en transformación profunda a causa de su *ubicación*.

*Ubicación* es definida “como el espacio geográfico concreto que incluye la *localidad*, esta se ve afectada por procesos económicos y políticos que operan en un marco más amplio regional, nacional y global” (Oslender, 2002:11). Ubicación hace énfasis en el orden macro de una región, como ella, en nuestro caso de estudio, está situada dentro del proceso de desarrollo desigual. Smith (1990) ha argumentado que “el desarrollo desigual es la expresión geográfica sistémica de las contradicciones inherentes a la constitución y a la estructura del capital” (Smith, 1990: xiii). Existe entonces una geografía específica del capitalismo, que actúa por medio de estrategias espaciales como la desposesión o despojo, con el fin de ganar acceso y control sobre recursos (Harvey, 2006: 34), en el caso de La Toma y la región del Alto Cauca, a partir de la apropiación y acumulación por despojo de los recursos naturales, agua y tierra, se han producido paisajes geográficos del desarrollo y subdesarrollo (Oslender, 2010: 11).

El *sentido de lugar* o la “estructura de sentimiento” local (Williams, 1977: 135), tercer elemento del concepto de lugar, se refiere a “la orientación subjetiva que se deriva del vivir en un lugar particular, al que los individuos y comunidades desarrollan profundos sentimientos de apego a través de sus experiencias y memorias” (Oslender, 2002: 11). Este concepto ha sido central en la geografía humana y en “las propuestas fenomenológicas que han resaltado la naturaleza dialógica de la relación de la gente con un lugar” (Buttimer, 1976: 284) y las formas poéticas en que la gente constituye el espacio, el lugar y el tiempo (Bachelard, 1958 en Oslender, 2002: 11). De esta forma, el *sentido de lugar*, expresa el sentido de pertenencia a lugares particulares e inserta una fuerte orientación subjetiva al concepto de lugar.

Los tres elementos del concepto de lugar, actúan como momentos fluidos cuyas interacciones se influyen y forman entre sí, explica Oslender (2002) que precisamente esta fluidez es la que da al concepto de lugar su fuerza analítica. Así, se puede entender que un *sentido de lugar* particular, modela las relaciones sociales e interacciones de la *localidad*, y ambos elementos están influenciados por “las

estructuras políticas y económicas más amplias y las formas en que éstas están visiblemente manifestadas en la *ubicación*” (Oslender, 2002: 12).

### **CAPÍTULO III**

## **LOCALIDAD Y RITMO COLECTIVO EN LA TOMA: EL RÍO CAUCA Y LAS PRÁCTICAS PRODUCTIVAS DE SUBSISTENCIA COMO GENERADORES DE IDENTIDAD, 1950-1980**

“El hombre negro jamás fue esclavo,  
porque nadie pudo esclavizar su ritmo interior  
que es la única guía del ser humano”.  
Victoria Santa Cruz (1978)

De los recuerdos más recurrentes en las narrativas de vida y del hacer cotidiano en los habitantes de La Toma en el periodo que comprende las décadas de 1950 a 1980 son los referidos al río Cauca. Siendo la principal arteria fluvial del Occidente colombiano, el río Cauca nace en el sur del país en el Macizo Colombiano ubicado al oriente del departamento del Cauca, al descender entre las cordilleras Central y Occidental hacia el Pacífico, forma el valle geográfico de la región del Alto Cauca que comprende desde la ciudad de Popayán hasta el distrito de Aguablanca en la ciudad de Cali (Vélez et al., 2013: 164).

En su recorrido por el Alto Cauca nos encontramos con el corregimiento de La Toma al lado occidental de su cauce, ubicado al oriente del municipio de Suárez, en el departamento del Cauca. El origen de este asentamiento se remonta a inicios del siglo XVII donde se dio el proceso de colonización de tierras por parte de mineros esclavistas de la Gobernación de Popayán, que introdujeron a la región cuadrillas de africanos esclavizados para el montaje de entables mineros de oro de aluvión en las quebradas que tributaban sus aguas a los ríos Ovejas y Cauca (Ararat et al., 2013: 44).

De esta manera, los primeros habitantes de esta porción geográfica fueron esclavizados africanos y sus descendientes quienes fueron forzados a desempeñarse en la labor minera, la adecuación de terrenos, la construcción de canales para conducir el agua necesaria para lavar el oro, el levantamiento de viviendas y el cuidado de animales y cultivos. Durante el siglo XVIII, algunos de los esclavizados del Alto Cauca lograron liberarse y abrir cultivos en terrenos selváticos que, para la segunda mitad del siglo XIX, cuando el sistema hacendatario y minero entró en decadencia por la abolición de la esclavitud, sirvió de impulso para la constitución del primer poblado a finales del siglo XIX en la orilla occidental del río Cauca.

En Vicentico, como se llamó el primer asentamiento, sus habitantes libertos tenían cultivos en las vegas del río Cauca en las que se sembraban maíz, plátano, yuca, también se sacaba oro utilizando las mismas técnicas de la colonia y se pescaba. Este periodo de transición hacía lo que sería el corregimiento de La Toma, se basó en el trabajo como terrajeros ya que debieron seguir trabajando en tierras ajenas antes de hacerse propietarios. Cansados de la dependencia a las tierras de los grandes hacendados y las limitaciones que estos impartían en relación a la prohibición de la siembra de cultivos permanentes, los terrajeros decidieron comprar terrenos con el propósito de generar mejores condiciones de vida a sus familias y la ampliación de las áreas de cultivo promovidas en parte por la articulación a los mercados locales y regionales. En consecuencia, para las primeras décadas del siglo XX, los pobladores negros abandonaron Vicentico y se ubicaron en un punto más lejano del río, lugar al que llamaron Las Pampas, lo que ahora es conocido como La Toma; la compra de las tierras se pudo realizar gracias a la producción y acumulación de pequeñas cantidades de oro lo que permitió el establecimiento de las familias y los cultivos de pancoger<sup>3</sup> y comercialización, lo que evidencia, como argumenta Ararat et al. (2013), la relación de complementariedad entre la producción minera y la agrícola en la constitución de la localidad de La Toma (Ararat et al., 2013: 69).

De esta manera, se empieza a dar el poblamiento de La Toma desde la figura del “globo de terreno”<sup>4</sup>, donde las tierras pasan a manos de los terrajeros<sup>5</sup>, rompiéndose así el largo vínculo de dependencia con los terratenientes de Popayán (Ararat et al., 2013: 69). Luego de la compra liderada por el señor Roberto Carabalí, agricultor, minero y músico, cabeza del grupo de personas adquirientes, se venden terrenos a algunos de los vecinos y de esta forma, como lo menciona Ararat (2013), “se va consolidando la actual distribución de la tierra y la ubicación de las familias en el corregimiento, familias descendientes de los Carabalí, González, Lucumí, Ararat, Guazá, Chará, entre otros”

---

<sup>3</sup> El término “pancoger” se refiere a aquellos cultivos que se destinan a la satisfacción de las necesidades alimenticias de una familia o población determinada.

<sup>4</sup> El término “globo de terreno” da cuenta de la forma en la cual, los habitantes del corregimiento de La Toma, han construido la concepción de apropiación de la tierra, refiriéndose específicamente a la propiedad de la tierra de manera global o colectiva.

<sup>5</sup> El término “terrajeros” o “terrazgueros” se refiere a las personas que pagan una determinada renta por las tierras que labran.

(Ararat et al, 2013: 70). En relación a este proceso de consolidación de tenencia de la tierra por parte de los pobladores negros, Don Lino nos relata:

En su mayoría la fundación Toma fue toda de una familia nativa y ancestral de aquí; primeramente existió unas familias: Carabalí y González, las más antiguas, luego ya llegaron otros pero que vivían siempre componían la misma familia (José Lino Carabalí, 2015, entrevista).

A partir de las redes familiares se configuró la tenencia de la tierra y la constitución de lo que ahora es el corregimiento de la Toma (ver mapa 1) siendo alentado por la ampliación de áreas para la práctica agrícola realizada en la parte baja cerca al río. Siendo esta zona geográfica de difícil acceso y de cierta marginalidad, permitió el establecimiento de relaciones de familiaridad y vecindario muy fuertes motivadas por la economía de la pequeña propiedad (Ararat et al., 2013: 75). Lo que dio lugar al paso de terrajeros a campesinos gracias a la autonomía ganada por la compra y manejo de la tierra desde donde los tomeños iniciaron un nuevo periodo de estabilidad y relativa prosperidad.



**Fuente:** Vélez y Vélez, región de estudio. (2011) (Mapa 1: Ubicación del Corregimiento La Toma)

Las décadas de 1930 y 1940 serían de consolidación de la apropiación productiva de las tierras por parte de los pobladores negros que se centrarían en el cultivo del café como

la principal actividad económica al lado de los cultivos de pan coger y la minería. En un inicio la producción a pequeña escala se comercializaba en los mercados cercanos de los municipios de Buenos Aires, Suárez y Morales, a los cuales su acceso se realizaba con dificultad dada las condiciones de los caminos de herradura (Ararat et al., 2013:80). Seguidamente con el crecimiento de la producción del café se dio la llegada del Ferrocarril del Pacífico, que en el caso de La Toma, atravesaría su “territorio en línea diagonal desde su extremo noroccidental hasta el extremo nororiental, desde lo que hoy es la cabecera municipal de Suárez hasta la vereda de El Hato” Santa Marta (Ararat et al., 2013: 80). El ferrocarril permitió el acceso y comunicación con lugares antes remotos, abrió posibilidades de desplazamiento y comercialización de productos agrícolas lo que permitió cierta estabilidad económica y social dentro del poblado.

Hasta aquí quisiéramos señalar, como lo sustenta Ararat et al. (2013), que el actual territorio de La Toma se caracteriza por su constante vinculación a la economía mundial, esto debido a su ubicación en el espacio geográfico de la región del Alto Cauca que desde su origen documentado ha estado afectado por procesos económicos y políticos, que actúan a escalas más amplias: nacionales y globales (Oslender, 2002: 11). En su primer momento estuvo ligado a la economía de tipo extractivo en la que se producía oro que tenía como destino mercados extranjeros, en el contexto de expansión global, cuyo centro de acumulación se ubicó en Europa. Esta economía se complementaría con la producción agrícola y la ganadería que tenía como destinos de comercialización los mercados regionales y locales. Después del periodo de transición de terrajeros a campesinos autónomos, el tercer momento de consolidación de la propiedad campesina sobre la tierra se articularía “al mercado mundial a través del cultivo y comercialización del café” (Ararat et al, 2013: 83). La cual se fortalece por la ampliación del sistema vial en todo el país, inicialmente con la construcción del ferrocarril y posteriormente con la apertura de carreteras.

Ahora bien, al iniciar este capítulo expresamos la importancia del río Cauca en la construcción de las formas de vida de los pobladores y la constitución de la localidad de La Toma para el periodo de 1950 a 1980. Esta localidad, la entendemos no sólo como el escenario físico dentro del cual ocurre la interacción social, sino implica también “que estos escenarios están concretamente utilizados de forma rutinaria por los actores sociales, en sus interacciones y comunicaciones cotidianas” (Oslender, 2002: 10).

Estas interacciones y usos rutinarios que se originaron desde el asentamiento de los antiguos esclavizados hasta su paso de terrajeros a campesinos autónomos con la compra y consolidación de pequeñas unidades agrícolas dedicadas en su mayoría al cultivo del café, dejan distinguir una localidad típica en la cual esta colectividad constituyó su propio sistema social.

En el cual, el río Cauca, se presentó como el eje articulador de las actividades productivas de subsistencia de los pobladores de La Toma y, al mismo tiempo, el escenario rutinario desde donde se desplegaron las formas de vida y la interacción en la cotidianidad. Es a partir de la producción de la localidad, que las identidades han sido construidas mediante las prácticas productivas rutinarias, que a partir de la interacción de estos actores con sus recursos y la organización social por medio de roles, funciones y oficios hacen posible su agencia, su compromiso activo con su mundo y su identificación con este.

**“Uno en ese entonces bajaba y no se venía con el morral vacío del río<sup>6</sup>”**

La cotidianidad de los habitantes de La Toma, en el periodo comprendido entre 1950 a 1980, considerado por ellos como mejor para la vida, se desenvolvía en las tierras cercanas al río Cauca y al río Ovejas. En estas tierras la gente tenía sus fincas, pequeñas y medianas propiedades, las cuales se habían trabajado de generación en generación como ellos lo señalan: “La tierra ha sido familiar” (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista). Heredada de los abuelos, las tierras en las vegas del río Cauca tan frescas como fértiles para el cultivo también proporcionaba diferentes recursos para la producción de la vida. Gracias a la cantidad de “monte”, el entorno natural permitía la caza de diferentes animales, al mismo tiempo los pobladores criaban animales domésticos como gallinas, cerdos y vacas. Así mismo, en las vegas del río se daban diferentes árboles y plantas nativas de las cuales se sacaban productos maderables con los cuales los habitantes de La Toma construían sus casas o “ranchos” y balsas, entre las más usadas estaban la guadua, la caña brava y la paja.

Uno de los recursos más importantes, como lo hemos venido señalando, para la producción y las lógicas de vida de los tomeños en este periodo era el río. Las aguas

---

<sup>6</sup> Entrevista a Isidoro Lucumí realizada 10/07/2015

corrían por diferentes quebradas que bajaban del río Ovejas en dirección al río Cauca, el agua y su cauce mantenía frescas las tierras, servía para el consumo diario, para la navegación y comercialización de productos, para las labores de pesca que cubría una cuota considerable de la dieta alimentaria de los habitantes así como para la realización de las tareas domésticas (lavado de ropa) y recreación (ver mapa 1). Al respecto don Lino y doña Isabel nos cuentan:

Habían los animales del monte para los que los cazaban y los perseguían, y que cada quien criaba su gallinita, su cerdito y el que tenía pues su vaquita. Maderables se usaba la guadua, se usaba la madera esa redonda y con eso se hacían las construcciones, la caña brava para construir los techos y nuestras casas en ese tiempo se hacían de paja. (José Lino Carabalí, 2015, entrevista)

Las tierras eran tan frescas con la humedad del río que daba su naturaleza, las quebradas que bajan en diferentes partes, el agua era tomable, para uno y también para el cultivo, por allá habían los Cachimbos, los Guabos, habían otros árboles grandes (Isabel Valverde, 2015, entrevista).

El río y sus aguas permitieron la realización estable de diferentes actividades que apalancaron el desarrollo de unas formas particulares de producción y reproducción de la vida en la población de La Toma. En tal sentido, entendemos el río y sus vegas como el eje articulador de la localidad, siendo este el escenario físico utilizado de manera rutinaria por los pobladores tomeños, en el despliegue de sus interacciones cotidianas (Oslender, 2002: 7), en este se articulaban las actividades productivas de subsistencia así como se producían orientaciones subjetivas derivadas del vivenciar este lugar particular (Oslender, 2002:11).



**Fuente:** Fondo Archivo del Patrimonio Fotográfico y Fílmico del Valle del Cauca, Río Cauca (1966)  
(Foto 1: Vista aérea de la zona plana del río Cauca).

A continuación presentaremos las actividades rutinarias que se realizaban en nuestra localidad “típica” y su vínculo con la construcción de la identidad en este periodo, en el seno de la comunidad de La Toma. Estas actividades fueron las más referenciadas por los abuelos entrevistados así como por las personas que participaron en dos de los Talleres de Manejo Ambiental llevados a cabo por el Consejo Comunitario de La Toma<sup>7</sup>. De las actividades que se pudieron conocer eran desarrolladas en la localidad del río Cauca se identificaron cuatro, las cuales mostraremos en su contexto y lo que significaba para los pobladores su realización.

En primer lugar, el río y el desarrollo de las prácticas productivas de subsistencia. La agricultura era llevada a cabo en las vegas del río Cauca donde se localizaban las tierras más fértiles y los cultivos eran regados por sus aguas, sobre este tema, de principal interés en esta investigación profundizaremos en apartados posteriores.

Por su parte la minería que jugó un papel fundamental en la consecución de recursos para lograr la tenencia de la tierra por parte de los antiguos esclavizados, no estaba prolongada en este periodo, sin embargo era practicada por los habitantes de La

---

<sup>7</sup> El objetivo de estos talleres fue hacer un diagnóstico de los cambios y transformaciones sufridas por la construcción de la represa La Salvajina en el apogeo de las formas de vida de la comunidad de La Toma.

Toma como complemento económico de la agricultura. La minería de aluvión o el “mazamorreo” era realizada a las orillas del río Cauca y en las quebradas que tributaban sus aguas al mismo; la época del año más propicia para su práctica era la temporada de secas o verano, cuando había una disminución considerable del caudal. La gente de La Toma así como gente de otros lugares llegaba a las orillas de río Cauca y hacía campamentos, trabajaban la semana entera y el fin de semana iban de vuelta a sus casas a llevar el “sustento de lo que habían laborado” (Isabel Valverde, 2015, entrevista), esta rutina se implementaba varias semanas respecto a lo que durara el verano.

Para la realización de la minería, los tomeños bajaban al río con su barra, pala y batea, hacían sus vetas y sacaban los “oritos”. Al respecto doña Isabel, lideresa de la comunidad, agricultora y minera de 60 años nos comenta: “era una minería que uno iba con su barra, su pala y hacia su hueco, metía la pala, sacaba, llenaba la batea, lavaba y le iba muy bien más que todo en los tiempo de sequía. Así era la minería que siempre hemos hecho, ancestral” (Isabel Valverde, 2015, entrevista). En cuanto a lo que se producía o se sacaba por día de oro, don Isidoro nos cuenta, que en ese tiempo se hablaba era de “tomín”, unidad de peso que representaba aproximadamente 596 mg, una persona al día podía sacar hasta 5 tomines, es decir, unos 3 gramos de oro diarios. Aunque no tenemos datos acerca de cuanto se pagaba por el tomín de oro, lo que refieren algunos de los entrevistados es que aunque se pagaba barato con respecto al precio actual, servía en gran medida para solventar lo que la agricultura no proporcionaba: vestuario, sal, aceite, pago de trabajadores.

Como se puede evidenciar, la minería realizada a las orillas del río Cauca y en las quebradas cercanas, contribuía en buena medida a la estabilidad de las formas de vida de los habitantes de La Toma. Por un lado, siendo parte de las prácticas productivas heredadas de sus ancestros africanos y descendientes, que en el devenir histórico se convirtió en uno de los aprendizajes fundamentales para la reproducción de la vida en concordancia con el escenario físico y lo que este proporcionaba en cuanto a recursos.

Por otro lado, forma parte de las prácticas y aprendizajes de largo aliento en esta localidad, siendo un elemento principal en el quehacer cotidiano que ha generado la construcción de saberes y la cohesión de varias generaciones en su ejecución.

En segundo lugar, el río como fuente alimentaria. Además de contribuir fundamentalmente a la agricultura y la producción de los cultivos para el pan coger (autoconsumo), el río favorecía la actividad de pesca la cual contribuía a la dieta alimentaria de la población tomeña. Esta actividad, en su mayoría, era practicada por los hombres del poblado, se pescaba con anzuelo o con atarraya; dentro de las especies de pesca habitual estaban: barbudo, bagre, bocachico, jetudo, sabaleta, y sábalo.

El río proporcionaba a los habitantes de La Toma una dieta alimentaria diversificada junto con los productos agrícolas que según ellos les permitía cierta autonomía en términos de consumo alimentario, ya que no dependían de tantos productos externos como lo eran los cereales en particular el arroz, además de permitir, según los relatos, el alimentarse y vivir de forma más sana. Era muy común dentro de las actividades diarias que los hombres antes de entrar a trabajar en las fincas, armaran algunos anzuelos y los echaran al río, para cuando salían a la hora del almuerzo algunos peces habían picado. Después de esto las mujeres preparaban sancocho de pescado o el pescado frito o asado.

El río como medio de transporte, comunicación y comercialización, en tercer lugar. En el río se navegaba, las canoas o balsas transportaban diferentes productos para su comercialización: productos agrícolas y maderables, arena, entre otros. Se navegaba y comercializaba en Suárez, Santa Helena y Juanchito, esta era una actividad importante para los ingresos económicos de las familias tomeñas. Además de proporcionar una vía de transporte y comercialización también era un medio de comunicación y establecimiento de relaciones sociales con los asentamientos vecinos, que al mismo tiempo, eran familia ya que pertenecían a los lazos de parentesco establecidos desde tiempo de la esclavización.

Por último, el río se prestaba como escenario de recreación, goce del tiempo libre e interacción cotidiana. En sus orillas y aguas la gente encontraba momentos de esparcimiento, bien fuera bañándose, nadando o contemplando el paisaje; pescar y navegar para pasar el tiempo. Las mujeres iban a lavar ropa, después cocinaban a las orillas con los productos agrícolas que se sacaban de las fincas y el pescado, se preparaba el sancocho, sopa hecha de plátano, yuca y pescado.

Conforme a las actividades presentadas, podemos argumentar que el río actuaba en este periodo como el eje central de la localidad, en este se daban y articulaban las

actividades cotidianas del poblado, siendo la mayoría de estas actividades productivas de subsistencia, las cuales mediante el trabajo y la organización colectiva, como lo veremos en el caso de la práctica agrícola, proporcionaban no sólo los medios materiales para reproducir la vida si no que también, al mismo tiempo, la relación con el río generó un sentido de lugar, una “estructura de sentimiento” local (Williams, 1977: 132), desde donde se dio una orientación subjetiva que se derivó del con-vivir en este lugar en particular.

En el caso de nuestros abuelos entrevistados, a la hora de preguntarles por su relación con el río, la respuesta estuvo acompañada de un gesto corporal de acongojo. El hacer memoria de lo que fueron sus vidas con y en el río suscitó la estrecha relación con este, desarrollando sentimientos profundos de apego (Oslender, 2002: 8) en términos emocionales y sensoriales, produciendo la construcción de formas poéticas del lugar. Por el lado emocional, se pudo establecer con los relatos brindados que la relación creada con el río era análoga a la establecida con una persona, es decir, se le trataba al río y al agua como una persona o se le dotaba de las cualidades que puede tener y brindar una persona a otra. Los siguientes relatos lo evidencian:

Yo digo, el agua como es viva, los ríos son tan vivos como nosotros, nosotros somos seres vivos y así mismo es el agua, el agua no hay quien la ataje, el agua tiene digamos como que el agua habla cuando el río está corriendo, él tiene como un sonido tan especial como que el agua hablara, y eso pasaba con el río Cauca, era muy importante para la sociedad, al menos para nosotros los caucanos, yo lo digo porque lo viví, lo sentí, lo palpé y estuve. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

Ay! con el río yo vivía una relación muy especial, uno que de ahí sacaba el sustento: oro, pescado, aprendía uno a bañar, todo. Yo con el río era muy amigo, uno se sentía lo máximo porque es que uno aprendió a pescar, a bajar balsas y estaba uno con los amigos y la familia. (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista)

De igual forma, en términos sensoriales el río proporcionaba estímulos de tipo auditivo, visual y táctil que a partir de lo que causaba en la percepción de los habitantes de La Toma se crearon ciertos saberes y también creencias que concedieron a la relación entre el río y las personas una suerte de incidencia y complicidad. Con respecto a la percepción sensorial, doña Isabel nos relata su experiencia sonora y concepción sobre y con el río Cauca:

El río tenía como una magia. El ruido del agua, el sonido como un, haga de cuenta como si lo tuvieran a uno cantándole una melodía, espectacular, usted iba y usted como que se enamoraba tanto de ese sonido, que usted parecía que la tuvieran era como embriagándola, era espectacular. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

El río tendría tal magia, que en esta relación entre las gentes y el río, en términos de incidencia y complicidad del uno sobre el otro, las mujeres tenían una creencia y práctica para que el río creciera y lavara la tierra donde se hacía la minería, al respecto doña Isabel nos sigue relatando:

Cuando nosotros queríamos ir a trabajar al río, nosotros volteábamos la batea de esta manera (ver foto 2), entonces nosotros empezábamos (toca la batea) y el río en momentos ya venía como subiendo, y nosotros nos veníamos y cuando llegábamos al otro día que bajábamos al río, ja! ya estaba era por los bordos, ya estaba era en las montañas, eso bajaba palos, bajaba mejor dicho, el río ya estaba crecidísimo. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)



**Autor:** Laura Cortés (2015) (Foto 2: Isabel Valverde tocando la batea al río Cauca)

De esta manera, se puede reconocer un proceso de concreción de localidad y construcción de un sentido de lugar por parte de los pobladores de La Toma en el periodo de 1950 a 1980, que tuvo al río Cauca como eje articulador y polo de identidad en el proceso de identificación colectiva. En este se puede visualizar un escenario físico principal, como lo fueron las vegas del río Cauca y un actor principal, el río, desde el cual los pobladores de La Toma desplegaron múltiples actividades, en este caso de

subsistencia, e interacciones rutinarias que les permitió la configuración de unas lógicas particulares de vida, hasta ese momento estables y en abundancia.

Estas lógicas particulares de vida coproducidas con su entorno natural, se expresan como un espacio representacional, donde estas interacciones rutinarias y las actividades de subsistencia se manifiestan como formas de conocimiento “que son dinámicas, simbólicas y saturadas de significado” (Lefebvre, 1991: 40). Las valoraciones subjetivas desde la experiencia del lugar dejan distinguir significaciones tan particulares donde el río aparece como amigo o como la vida misma, constituyéndose como polo de identidad, lo que nos da a entender el sentido de pertenencia de los pobladores a esta localidad.

Ahora bien, siendo el río y sus vegas el escenario rutinario, el eje articulador de las actividades productivas y uno de los polos de identidad colectiva de la comunidad de La Toma, nos proponemos a continuación desentrañar la forma puntual en la que la práctica agrícola era llevada a cabo por los pobladores y cómo desde su hacer cotidiano se establece e interconecta con la construcción de la localidad, el sentido de pertenencia y su constitución como otro polo de identidad en este periodo histórico.

### **Práctica agrícola como despliegue del ritmo colectivo e identidad**

La agricultura como unos de los quehaceres tradicionales y rutinarios para la reproducción de la vida en las áreas y comunidades rurales, como la localidad de La Toma, ha funcionado históricamente como una práctica local contenciosa, en la medida en que precisa la participación situada de los sujetos, en este caso los pobladores de esta comunidad, en conflictos locales explícitos que generan identidad (Holland et al., 1998: 53). Para el caso de La Toma, la participación situada de sus habitantes por medio de la práctica agrícola que derivó en la apropiación del entorno natural y sus recursos, apalancó el proceso de adquisición de la propiedad de la tierra, resultado de los largos procesos de lucha libradas por los antiguos terrajeros negros frente a los terratenientes payaneses.

De este logro alcanzado en el bagaje histórico de lucha de esta comunidad, se generó el establecimiento de unas lógicas y formas propias de hacer la agricultura, que se desplegaron desde las experiencias con su localidad y la constitución de ciertas relaciones sociales comunitarias. Estas lógicas históricas, las entendemos como

principios y disposiciones que le dan cierto orden a este mundo socio-natural particular como lo es la localidad de La Toma. Son el producto y a la vez ingrediente actuante de saberes y habilidades organizadas y transferibles que se han desplegado desde la participación situada de los sujetos en forma colectiva, familiar y solidaria y que en su dinámica cotidiana ha adquirido un cierto ritmo.

Ritmo que entendemos como un movimiento regular y organizado, el cual va acompasando y envolviendo en sentido centrípeto el pulso de cada sujeto hacia la colectividad. Y es en esta regularidad, en la sucesión del hacer-enseñar, del hacer-aprender de la práctica, en este caso la agricultura, donde se va originando un ritmo colectivo que en su movimiento recurrente va asegurando, en forma de habitus, la presencia activa de la experiencia pasada, replicándola en el presente a partir de la participación situada de cada sujeto en la comunidad, el cual va originando una relación de pertenencia e identidad colectiva.

A partir de esta comprensión nos aproximaremos a las formas particulares en las que era llevada a cabo la práctica agrícola en el poblado de La Toma, con el propósito de aproximarnos y entender mediante los relatos de nuestras historias-en-persona, la forma en que el ritmo colectivo en lo cotidiano se desenvolvía en el interior de la comunidad y hacía que, en este periodo histórico, la práctica agrícola se constituya como un polo de identidad.

#### *La práctica agrícola: el quehacer situado de la agricultura en La Toma*

El escenario físico rutinario donde se desenvuelve en este periodo la práctica agrícola y las interacciones cotidianas por parte de los habitantes de La Toma son los márgenes y vegas de los ríos Cauca y Ovejas. Entre los lugares recordados por los abuelos donde estaban ubicadas las fincas, pequeñas y medianas propiedades a las orillas del río Cauca, y en los que la gente trabajaba están: La Carolina, La Salvajina, Mosquera y La Planeta. Estos lugares fueron adecuados por sus pobladores como espacios productivos dado a que estas tierras eran las que más se prestaban para cultivar.

Un día de trabajo para los habitantes de La Toma empezaba rayando el alba, se madrugaba a dejar agua recogida para no tener que hacerlo al llegar de la jornada de trabajo, las mujeres preparaban el desayuno y dejaban adelantado el almuerzo. A eso de las 6 o 7 de la mañana, la gente iba saliendo de sus casas ubicadas en la parte alta de la

montaña donde se instaló el caserío de La Toma (cabecera) después de la compra de las tierras en las primeras décadas del siglo XX. El recorrido hasta las fincas generalmente se hacía a pie o quien tuviera bajaba en “bestia” (caballo), al cabo de una hora u hora y media de camino la gente iba entrando a las fincas. Empezaban sus actividades desde las 8 de la mañana hasta las 5 o 6 de la tarde, cuando la gente empezaba de nuevo el recorrido de regreso a sus casas con el producido del día, que podía ser un racimo de plátano, un bulto de café o lo que estuviera en temporada.

Algunos de los pobladores se quedaban en las fincas, tenían adecuados ranchos para pasar la noche y no tener que bajar y subir todos los días de la semana. La mayoría de las personas que bajaban y subían todos los días eran las mujeres, estas además de cumplir con sus tareas en la finca también estaban al cuidado de los hijos y de las casas en el caserío, al respecto nos ilustran la doña Isabel:

A las 6 la gente ya íbamos saliendo de la casa, madrugábamos a recoger el agua, madrugábamos a preparar los desayunos o a veces no, en el trabajo preparábamos ya el desayuno y almuerzo de una vez, entonces, a las 5 o 6 pm veníamos llegando del trabajo, porque trabajábamos hasta tarde y a veces salíamos a las 6 del trabajo de allá de la finca y ya veníamos, algunos otros dormían en las fincas, tenían casitas entonces algunos se quedaban en la finca, igual los que no teníamos, teniendo o no teniendo no tocaba venirnos porque los niños, entonces tocaba suba y baje, el que no tenía bestia le tocaba venirse con un bulto de café en la cabeza. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

Los hombres en su mayoría permanecían buena parte de la semana en la finca, subían desde el día jueves o viernes, después de alistar la carga. Sacaban a caballo o a lomo los productos cosechados en la semana, una parte para el consumo familiar e intercambio en la comunidad y la otra parte para la venta que se llevaba a cabo en diferentes mercados de la región. Los fines de semana permanecían al lado de su familia y compadres en el caserío para de nuevo el lunes bajar a las fincas, Don Lino nos lo cuenta de la siguiente manera:

La gente más que todo vivía donde teníamos las fincas de allá salíamos era los días de mercado, los días jueves estábamos sacando la carguita a alcanzar el tren allí o el que iba para allá, entonces la gente permanecía aquí en el alto viernes, sábado, domingo, el lunes volvíamos a desfilas al hueco (finca). (José Lino Carabalí, 2015, entrevista)

Con machete, barretón y pala, herramientas tradicionales del campesino, se trabajaba el terreno. La producción agrícola se realizaba de manera tradicional, “rudimentaria”, ya que por la fertilidad de las tierras no era necesario el uso de ningún tipo de aditivo o químico para que la tierra diera sus frutos, la producción era limpia. Así mismo, los cultivos se realizaban en forma de copado de terreno, se sembraba regando las semillas “donde cayeran”, simplemente había que hacerle limpieza al terreno, una o dos veces al año.

Los cultivos de principal producción en las fincas de los pobladores de La Toma eran el café arábigo, plátano, maíz, yuca, frijol y frutales. Existían otras especies menores como la arracacha, la mafafa y el sagú. También se tenían algunos cultivos de caña de azúcar o panela que se procesaban en trapiches labrados en palo movidos por tracción animal o las familias que contaban con más recursos tenían trapiches de bronce.

De los cultivos principales las formas de sembrado y las temporadas eran las siguientes. El plátano o colino era sembrado en gran cantidad, por lo general las matas se sembraban a una distancia de 3 metros entre cada una; cuando el colino crece su cosecha es constante lo que proporcionaba estabilidad para el consumo como para la comercialización. Según los relatos obtenidos, si en la finca había de 10 a 12 racimos, los pobladores dejaban para el consumo de su familia y el intercambio con vecinos entre 3 y 5 racimos, para el sancocho y las “tostadas”, lo que sobraba era de 5 a 6 racimos para la venta. La yuca o palo de yuca siendo un cultivo temporal es de los cultivos más complejos, se sembraba según los abuelos en la fase menguante de la luna con el fin de que la yuca naciera pegada al palo y saliera gruesa. Su consumo, al igual que el plátano se hacía, generalmente, en el sancocho y la comercialización en este periodo, según los relatos, generaba los ingresos suficientes para comprar lo que hacía falta en los hogares.

El maíz, también un cultivo temporal se sembraba en agosto, la gente rozaba la tierra y sembraba para cosechar aproximadamente en los meses de mayo-junio. Al igual que los productos anteriores, una porción de la cosecha se quedaba en casa y la otra se la sacaba a vender, del maíz que se quedaba en casa se preparaba a punta de piedra y molino las tortillas más conocidas como arepas, también se preparaban sopas. El frijol no se sembraba en grandes proporciones ya que no tenía mayor salida, se sembraba y se cosechaba al cabo de 90 días, si se sembraba una libra se cosechaba de 2 a 3 arrobas, de

las cuales se guardaban las semillas para volver a sembrar y el resto se quedaba en casa y una porción era vendida o intercambiada entre los vecinos y compadres.

Estos productos, fundamentales para la economía local de La Toma eran comercializados en diferentes lugares a partir de los medios de transporte y comunicación que existían en este periodo. Como se mencionó en el apartado anterior, uno de los medios más importantes por los cuales la agricultura en la región del Alto Cauca, en este periodo, tuvo una temporada de auge y después de decaimiento fue gracias a la construcción del Ferrocarril del Pacífico, su paso por lo que después sería conocido como la vereda de El Hato Santa Marta conectó la localidad con puntos de comercialización más lejanos y constantes como Santa Helena y Jamundí en el vecino departamento del Valle del Cauca. De la misma manera, al lado del traslado de los productos a pie o a bestia a partir de los cuales se llegaba a Suárez, Morales y Piendamó, municipios vecinos, también existía la posibilidad de su transporte y venta por medio de las balsas que viajaban por el río Cauca, estas iban a Suárez hasta encontrar el Valle del Cauca, en Juanchito.

Observamos entonces, unas lógicas y formas propias en el quehacer de la agricultura en la comunidad de La Toma. Donde cada sujeto de esta colectividad, en su participación situada mediante la práctica, como lo narran los entrevistados desde su experiencia de vida, evidencia unos saberes y habilidades que están organizados en torno a la producción agrícola, su comercialización y autoconsumo, los cultivos y productos, las formas y tiempos en que se cultivan, las tareas que cumplen los hombres y mujeres que integran la comunidad.

Esta práctica productiva de subsistencia, actúa como una práctica espacial localizada en el sentido en ésta está ligada a las experiencias de la vida cotidiana (Harvey, 1989: 223), donde los pobladores de La Toma, generaron unas formas específicas de uso de la tierra que, además de proporcionar el sustento alimentario y económico, posibilitó identidades-en-práctica en tanto la realización de la agricultura implica la participación situada de los sujetos en el ritmo colectivo de la comunidad, todo esto a partir de principios y disposiciones que le dan orden a este mundo socio-natural, como lo son las formas de trabajo agrícola y su aprendizaje.

### *Formas de trabajo colectivo y aprendizaje situado*

El tiempo dedicado a las fincas en este periodo era mayor dado a que la minería no estaba tan prolongada, por esto mismo se le dedicaba la semana completa al cultivo, sin embargo como las dos actividades quedaban localizadas a las orillas del río, se le sacaba tiempo a la minería también, algunos realizaban la minería después de realizar la actividad que demandara el cultivo o si no se le dedicaba de dos a tres días por semana a sacar los “oritos” para lo que hiciera falta en la casa, que además la agricultura no podía proporcionar por las temporadas de los cultivos y las cosechas.

En cuanto a la división sexual del trabajo en la finca, los entrevistados hicieron referencia a que cada una de las actividades que se realizaban en la misma, era asumida de igual forma por hombres y mujeres: “el trabajo ha sido parejo”. Las mujeres han trabajado a la par de los hombres asumiendo trabajos físicos fuertes, por lo que se podría decir que en el periodo de 1950 a 1980, la división del trabajo en las labores agrícolas fue homogénea. Sin embargo, cabe anotar que las mujeres como lo hemos venido viendo han tenido más carga de trabajo, si pensamos en lo que significa la crianza de los hijos y las tareas domésticas, esto ha sido reconocido por los hombres entrevistados:

Aquí las mujeres han sido de hacha y machete, eso sí, las mujeres no se rajan, lo que les toque. La agricultura a la agricultura, la mina a la mina, por ejemplo yo trabajo con la señora también y trabajamos en la mina y trabajamos en la finca también, juntos, y así siempre ha sido (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

Como lo menciona don Anatolio, el trabajo en La Toma siempre ha tenido la cualidad de realizarse en conjunto. La práctica agrícola al igual que otras actividades en La Toma se basó principalmente en la fuerza de trabajo familiar y lazos de parentesco como el compadrazgo. Como lo vimos, cada familia tenía su finca y así mismo diferentes actividades para lograr una buena producción en la misma, para este fin dentro del poblado existía formas de organización y trabajo colectivo.

El trabajo colectivo se implementaba de dos formas: por intercambio de tiempo o de mano y por medio de Juntas de Trabajo. El intercambio de tiempo o de mano funcionaba principalmente con los miembros de la familia: abuelos, papás, hijos, compadres o vecinos. El ejercicio del intercambio de mano consistía en prestar la fuerza de trabajo un día para las labores de la finca de otro y en la semana o en el mes este otro

devolvía ese tiempo, haciendo las labores que se necesiten en la finca del primero. De esta manera nos lo cuenta doña Pola y don Lino:

Sí en ese tiempo se trabaja en familias, si tenía sus hijos se iba con sus hijos y buscaba uno o dos trabajadores (vecinos) y se cambiaban tiempos, un día le daban a una finca otro día a otra así, entonces había esas posibilidades, la gente se ayudaba mucho (Ana Apolonia González, 2015, entrevista).

El tiempo era cambiado, tú me prestas yo te devuelvo, así era. Anterior contaba mi papá y mis abuelos que de esa manera trabajaban anteriormente también, a tiempo cambiado, tú me ayudas yo te ayudo y así nos vamos rotando y permanecemos en las fincas (José Lino Carabalí, 2015, entrevista).

De la misma forma, las Juntas de Trabajo funcionaban con la estructura de intercambio de tiempo o de mano, sin embargo tenían como objetivo ayudar en las labores de la finca a un número determinado de personas; estas labores podían durar semanas dependiendo del número de personas trabajando y de los días a la semana que se le dedicaran, al respecto don Isidoro nos explica su funcionamiento:

El lunes salía para mi finca, el martes salía para donde la finca del otro vecino, y a la siguiente semana seguía así lo mismo hasta que terminaban la vuelta entre los 12, iba uno a la finca de las 12 personas, esa era la cuestión (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista).

Doña Isabel nos comenta acerca del tiempo por semana empleado en la Junta de Trabajo:

Digamos, hoy lunes trabajamos en esta finca, el martes en la otra finca esos dos días, a los ocho días otra vez, lunes en una finca, martes en otras, cuando le tocaba su turno a cada persona. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

En ese entonces, como los relatos nos ilustran, el trabajo y las labores en la finca eran un asunto colectivo, las formas de organización para llevar a cabo las tareas de producción agrícola se basaban en la concepción, como lo menciona don Lino, del “tú me ayudas, yo te ayudo”, lo que nos da pistas acerca de los rasgos de organización comunitaria y de lazos de solidaridad que se fueron constituyendo a lo largo del tiempo en La Toma. Estos lazos de solidaridad y la concepción del “tú me ayudas, yo te ayudo” evidencia las relaciones sociales que han estructurado este conglomerado de gentes, donde las relaciones cara a cara son el fundamento y la fuerza de unión de su

reproducción social que tiene como principal ingrediente los lazos de parentesco y la familia como centro.

En efecto, junto a unas lógicas y formas particulares de llevar a cabo la producción agrícola, en cuanto a saberes y habilidades organizadas (formas de cultivar, tiempos de cultivos, consumos y comercialización) a la vez se desarrollaron de forma colectiva, un conjunto de disposiciones duraderas y transferibles mediante lazos de parentesco y compadrazgo, que llevan a los sujetos a interiorizar las necesidades de su entorno social (Bourdieu, 1991: 88), y consecuentemente a pertenecer a este.

De los lazos de parentesco y compadrazgo como centro de la reproducción de las relaciones sociales, en este caso de las formas de organización comunitaria para la consecución de objetivos colectivos o el acompañamiento de metas particulares, como las labores de la finca en donde, por las temporadas de los cultivos se requiere de una gran cantidad de fuerza de trabajo, pasamos ahora a revisar cómo se daba el aprendizaje de las labores propias de la agricultura en el seno de la comunidad de La Toma.

Como lo vimos en los relatos anteriores las labores en la finca y el trabajo que requería se resolvía por medio familiar o de compadrazgo, es decir, la práctica agrícola tenía como base de su quehacer el trabajo fundamentado en lazos de parentesco. Esta forma de trabajo acogía a todos los miembros de la familia, desde los abuelos hasta los nietos o niños más pequeños, haciendo que la enseñanza-aprendizaje se diera manteniendo dos cualidades.

Por un lado, la enseñanza-aprendizaje de la agricultura se transmitía de generación en generación. Estos saberes-prácticas concebidos dentro de un conjunto de disposiciones duraderas y transferibles se han constituido por la exposición y agencia, de los habitantes de La Toma, a determinadas condiciones sociales y geográficas ya expuestas: fuertes relaciones de parentesco que originan lazos comunitarios y solidarios y, la configuración de una localidad que tiene como escenario físico de las actividades productivas las vegas del río Cauca, que lleva a que cada miembro de la comunidad interiorice las necesidades de su entorno social. En tal sentido, la enseñanza-aprendizaje de la práctica agrícola en la comunidad de La Toma hace parte de su ritmo colectivo que actúa como lo social incorporado e integra las experiencias pasadas. Este proceso histórico, de transmisión de saberes-prácticas lo podemos evidenciar en el siguiente relato que nos brinda don Isidoro Lucumí:

Mi mamá era agricultora, ella tenía finquita, mis tíos todos eran agricultores, el papá de Sabino (primo), yo le trabajaba al papá; sí, por lo menos el que más me enseñó fue mi tío Nasario, yo le ayudaba dos días en la finca de él y él me ayudaba un día a sembrar el colino (plátano), esto se siembra así y esto se siembra así, y ahí aprendí. El hacía el hueco aquí y me decía meta esta mata de plátano así, haga ese hueco allá a los tantos metros y así, así aprendí yo. A mis hijo me los llevaba para la finca y les iba enseñando a trabajar como me enseñaron a mí (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista).

Se puede percibir en el relato, el movimiento regular y organizado del ritmo colectivo, que de generación en generación va acompasando en sentido centrípeto el pulso de cada sujeto hacia la colectividad, por medio de la sucesión del hacer-enseñar-enseñar-aprender la práctica agrícola a partir del cual, el sujeto define una relación de pertenencia a la colectividad, encontrando su sitio dentro de esta, lo que conlleva un proceso de identificación. Esta identificación tiene como base los procesos de improvisación que la comunidad de La Toma, a partir de los recursos culturales en este contexto histórico particular logró constituir, y nos devela las formas puntuales en que se da la intersección entre el individuo y la colectividad en la producción de una identidad colectiva (Escobar, 2010: 246).

La segunda cualidad se hace evidente en el relato de don Isidoro. La enseñanza-aprendizaje de la práctica agrícola se da a partir de la participación situada de los miembros de la comunidad. El aprender a trabajar desde niño a partir del acompañamiento a los adultos: padres, tíos, abuelos, parece ser un valor de importancia al interior de la comunidad de La Toma además de ser parte del conjunto de disposiciones que organizan la práctica agrícola y así mismo proporciona a través de su interiorización como lo es: el uso de herramientas, formas y tiempos de cultivo, cosecha y recolección, comercialización de los productos, formas de trabajo colectivo, la continuidad y reproducción de esta práctica que, al final de cuentas para la comunidad de La Toma, en este periodo histórico, era la forma fundamental en la que se desarrollaba sus formas de vida, a saberse de manera estable y en abundancia.

Como cierre de este capítulo, avanzaremos en el tema del cultivo del café como una de las prácticas agrícolas por las que se logró la estabilidad y abundancia ya mencionadas dentro de la comunidad de La Toma. Además indagaremos en las

dinámicas externas que van a empezar a desestabilizar y desarticular el ritmo colectivo constituido por los habitantes de La Toma a los largo de más de medio siglo.

### *Cafetales como apropiación productiva del territorio*

La consolidación de la propiedad campesina sobre la tierra, en el caso de la población de La Toma, se dio a partir del cultivo de café y su articulación con el mercado nacional y mundial a través de su comercialización. Desde la década de 1940, los habitantes de La Toma, al lado de los cultivos de pan coger (autoconsumo), todos estos, con bajos niveles de comercialización y ganancia, basaron su economía local en el cultivo del café. Para esta misma década la economía agrícola del café tomará gran fuerza en el grueso de la economía colombiana dándose su vinculación con la producción y acumulación ampliada de capital. Con el propósito de fortalecer la economía nacional y crear redes estables de comercialización se dio la ampliación del sistema vial en todo el país, inicialmente con la construcción del ferrocarril y posteriormente con la apertura de carreteras.

La economía del café en el departamento del Cauca, específicamente en nuestra área de estudio, el Alto Cauca, se produjo a partir de la pequeña y mediana propiedad con la “explotación basada en el trabajo familiar independiente” (Machado, 1977:44). En el caso de La Toma se dio a partir de pequeñas y medianas unidades productivas, como los demás cultivos de autoconsumo y comercialización, que generaban una gran demanda de fuerza de trabajo, donde trabaja desde el más joven hasta el más viejo en las tareas propias del cultivo de café, en este periodo de prosperidad había trabajo permanente para toda la gente del poblado (Ararat et al., 2013: 88).

La variedad de café que se sembraba era el café arábigo, la especie más antigua en la agricultura del café oriunda de África del este. En su estado silvestre, como en el caso de La Toma, llegaba a crecer hasta los 12 metros. Según los relatos de algunos abuelos, el café arábigo era una mata grande, que cargaba mucho grano, al respecto don Anatolio nos cuenta:

El arábigo se maduraba todo, cuando decía a madurarse se maduraba todo el café. Era grande pero era un café que cargaba mucho y esa finca la limpiábamos cada año y eso daba café, un café bueno, un café sano que en ese tiempo pues no había broca, no había casi polilla, era un café sano (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

El cultivo del café al igual que el plátano o la yuca precisaba formas especiales para la realización de la siembra y cosecha. El siguiente relato nos ilustra el cómo se sembraba y las técnicas usadas para que el café creciera más rápido:

Uno aprendió desde los antiguos que había que hacer un hueco para sembrar café, claro que el café se sembraba pero escobiao y de donde estaban esas cafeteras sacar la semilla, traerla, chuzar el terreno abriendo el hueco. El café, como siempre digo, con un raizota ya así, porque era un café que uno a veces por tener rápido lo sembraba ya hasta floreciendo los hijos del café que es la semilla que decimos. Ya tenía una raizota así y había que quebrarle pa enterrar eso allí, pero eso rápido prendía porque las tierras estaban bien frescas (José Lino Carabali, 2015, entrevista)

Al mismo tiempo, aunque el café no tiene un tiempo exacto para ser sembrado sus cosechas sí son temporales. En La Toma se cosechaba el grano maduro dos veces al año de marzo a mayo y de octubre a diciembre, entre estos dos periodos de cosecha se da la maduración del fruto en menores proporciones a lo cual llaman la “travesía”, esta “travesía” es muy valorada por los pobladores de La Toma ya que en determinado momento es de ayuda económica o de entrada de ingresos para el sustento de las familias. En cuanto a la comercialización del café, como lo señalábamos, la construcción del ferrocarril y posteriormente la apertura de vías ofrecieron facilidades a los pobladores de movilidad y venta de las cosechas además de que también originó nuevos poblados a las orillas de la vía férrea alrededor de las lógicas agrícolas (Ararat et al., 2013: 109).

Este periodo de auge, estabilidad en las formas de vida y prosperidad en la localidad de La Toma, gracias a los cultivos de autoconsumo, al cultivo del café y su complementación con la minería, la pesca y la venta de madera, va a entrar en una etapa de crisis y posteriormente en decaimiento donde habrá una inversión en el papel que cumplió la práctica agrícola. Ya no será la principal fuente de ingresos económicos sino que pasará a ser el complemento de la práctica minera. Desde la década de 1980 los habitantes de La Toma empezarán a sufrir fuertes cambios en las formas de vida que habían construido hasta ese momento por cuenta de dos coyunturas que se intersectarían en el mismo contexto.

Por un lado el decaimiento de la economía del café provocado por la llegada de diferentes plagas al cultivo, la primera fue la roya y posteriormente fue la broca a mediados de la década de 1980, seguidamente esta fue la entrada para que se diera en algunos de los cultivos la tecnificación, agenciada por la Federación Nacional de Cafeteros, que implementaría como solución a la plaga de la roya la sustitución del café arábigo, planta de café sembrada tradicionalmente, y la variedad “caturra” por la variedad “Colombia”.

Posteriormente llegó la plaga de la broca que atacó directamente al fruto. Al mismo tiempo, en ese momento, se dio un incremento en los precios del café dado a las bajas cosechas en Brasil, lo que no repercutió positivamente en los ingresos económicos de los campesinos, sumado a esta situación en el año 1989 se terminó el pacto de cuotas en el mercado mundial del café lo que implicó el descenso de los precios del mismo. A partir de estos sucesos muchos de los campesinos negros empezaron a dejar el cultivo de café ya que se generaron incrementos en los costos de producción y los precios de venta en los mercados descendieron considerablemente (Ararat et al., 2013: 191).

Por otro lado, la consolidación de varias iniciativas de despojo que se concretarán con la construcción y puesta en funcionamiento de la represa La Salvajina en el año de 1985 (Ararat et al., 2013: 180). De la segunda coyuntura, sus antecedentes, actores e implementación, los efectos y transformaciones en la comunidad de La Toma, en específico en las prácticas agrícolas así como las estrategias implementadas por sus habitantes en respuesta a estos cambios será tema de estudio del siguiente capítulo.

### **El río Cauca y la práctica agricultura: dos polos de identidad en el periodo 1950-1980**

En este capítulo nos aproximamos a las dinámicas particulares por las cuales, en el periodo de 1950 a 1980, fue posible la constitución de dos polos de identidad en la comunidad de La Toma. El primer polo de identidad que identificamos, por medio de las historias-en-persona, fue el río Cauca, este como eje articulador de las actividades y prácticas productivas de subsistencia suscitó el proceso de concreción de la localidad de La Toma y la construcción de un sentido de lugar particular por parte de sus habitantes. Este proceso dialógico entre los habitantes de La Toma y el entorno natural ofrecido por el río Cauca y sus vegas, derivó en una experiencia de lugar donde fue posible distinguir

valoraciones subjetivas ligadas al sentido de pertenencia a esta localidad típica del periodo histórico mencionado, constituyendo un proceso de identificación a través del que se establece este polo de identidad.

Íntimamente articulados, el segundo polo de identidad que se pudo establecer fue la práctica agrícola. Gracias a esta práctica se daría la apropiación productiva de las tierras ubicadas en las vegas del río Cauca, por medio de las luchas agenciadas por los antiguos terrajeros, ancestros de la comunidad, se lograría la adquisición de la propiedad de estas tierras, y es desde la participación situada de estos pobladores en la ejecución de esta práctica de subsistencia donde se producirían unas lógicas y formas particulares de saberes y habilidades organizadas (formas de cultivar, tiempos de cultivos, consumos y comercialización) que posibilitó identidades-en-práctica.

Por medio de formas colectivas, como las relaciones de parentesco y compadrazgo, se desarrollaron un conjunto de disposiciones duraderas y transferibles que llevaron a los pobladores de la comunidad, por medio de lo que llamamos ritmo colectivo, a interiorizar a partir del aprendizaje situado (de generación en generación), las necesidades de su entorno social (Bourdieu, 1991: 88). En efecto, a partir de un movimiento regular-histórico y organizado, el sujeto va siendo envuelto hacia la colectividad, por medio del hacer, y en ese proceso define su relación de pertenencia a la comunidad, lo que conlleva un proceso de identificación con la práctica agrícola que le confiere un sitio particular en su mundo.

**CAPÍTULO IV**  
**“CHARCARON EL RÍO CAUCA SEÑORES, ¿QUÉ VAMOS A HACER?<sup>8</sup>”:**  
**DINÁMICAS DE DESPOJO Y RESISTENCIA SITUADA EN LA TOMA, 1980-**  
**2000.**

“El lago de Salvajina fue la plaga más atroz,  
porque desplazó a la gente y a ninguno reubicó.  
Se murieron de tristeza y eso fue de pensar tanto,  
al ver que la Salvajina nos acabó con el campo.  
Pobrecitos campesinos los que no sabían más arte,  
se fueron pa la ciudad a estar sentados en los parques”.  
Fragmentos de “Las plagas del campo”  
Anatolio Lucumí, La Toma, Suárez – Cauca (2015)

Desde la década de 1980 la comunidad de La Toma experimentará fuertes y transformadoras dinámicas de despojo a partir de la acumulación privada de la propiedad de la tierra y el cambio del uso del suelo en la región del Alto Cauca, concretadas en la construcción de la represa La Salvajina. Este proceso de despojo sistemático tiene su asidero en décadas anteriores donde el sector privado y el Estado a través de la creación de instituciones, proyectos y acuerdos legales, favorecieron una visión de desarrollo regional que marginó a las comunidades negras y causó cambios irreversibles sobre lo que había sido su localidad y las prácticas productivas de subsistencia, así mismo provocó trastornos en las lógicas y formas particulares de saberes y habilidades que posibilitaron procesos de identificación y la concreción de polos de identidad (río Cauca-práctica agrícola). No obstante, frente a las dinámicas de despojo y la transformación de su localidad, los pobladores de La Toma desplegaron suficiencias y estrategias de resistencia con el propósito de permanecer en su territorio y defender sus formas de vida.

**Antecedentes del despojo en la región del Alto Cauca**

A partir de la década de 1950, las familias terratenientes del departamento del Valle del Cauca comenzaron a idear y gestionar estrategias técnicas e institucionales con el objetivo de consolidar la industrialización agrícola a través de la intervención del río Cauca. Esta iniciativa estaría estimulada por las visitas del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) en el año de 1948, desde el cual se propone al

---

<sup>8</sup> Fragmento de la canción “Charcaron el río Cauca” de la agrupación Auroras al Amanecer, La Toma, Suárez- Cauca.

gobierno de Mariano Ospina Pérez, “la realización de un estudio para promover el desarrollo nacional” (Vélez y Vélez, 2011: 6).

De esta propuesta surge en el año de 1951 la Misión financiada por el Banco Mundial y dirigida por el economista canadiense Lauchlin Currie, quien presenta el informe “Bases de un programa de fomento para Colombia”, el cual se convertirá en el primer ideario de desarrollo económico nacional y promoverá la iniciativa propuesta en una reunión de industriales en 1952, acerca de la creación de una institución autónoma para el impulso del desarrollo regional del Valle del Cauca. Acogida por el dictador Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), facilitará “una reforma constitucional para la creación de entidades de desarrollo regional con autonomía administrativa y financiera” (Vélez y Vélez, 2011: 7).

Seguidamente, en 1954 se instituye la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC) bajo el modelo de desarrollo nacional con el propósito de apoyar el crecimiento económico en la cuenca del río Cauca a través de la gestión de sus recursos naturales. Este objetivo será promovido desde los intereses privados de los terratenientes dueños del monocultivo de la caña de azúcar, que desde la década de 1950 verían su consolidación y expansión en la zona plana del valle geográfico del río Cauca (Vélez et al., 2013: 165).

Para tal desarrollo, se requería una transformación radical de la geografía regional ya que se precisaba la generación de energía para abastecer la demanda industrial y la creciente población urbana, así mismo, para incitar la ampliación de las áreas agrícolas. Con tal empresa, los terratenientes centraron su atención en el río Cauca tanto porque se presentaba como una limitación para la expansión del monocultivo de la caña por las frecuentes inundaciones, como porque se prestaba la oportunidad para generar nuevos servicios y negocios (Vélez y Vélez, 2011:7). Entre los años 1958 y 1962 bajo la dirección de la CVC, se creó el Distrito de Riego de Agua Blanca y se construyó el contiguo Dique y Jarillón del Río Cauca que cumpliría la tarea de desecación de 5600 hectáreas para uso agroindustrial y la expansión urbana de la ciudad de Cali, al respecto anotan Vélez y Vélez (2011), que el modelo de retención de aguas mediante el Jarillón permitió reducir los riesgos de inundación por las crecidas del río y con ellos se alentó la ocupación de hecho y la especulación inmobiliaria. Este contexto permitió a los propietarios del monocultivo de la caña obtener plusvalías de tierras

urbanas en un proceso de valorización y acumulación del cual poco o nada se beneficiaron los nuevos habitantes que se establecieron de formas precarias<sup>9</sup> (Vélez y Vélez, 2011: 7).

### **Construcción y primera década de funcionamiento de La Salvajina**

En el año 1959, tras el incremento en la demanda de azúcar por parte de los Estados Unidos a partir del bloqueo a Cuba por cuenta de la revolución, se favoreció el crecimiento económico agroindustrial y aumentó la presión de los terratenientes sobre la CVC para realizar estudios de regulación del río Cauca. Posteriormente, en el año 1978 la CVC firma “el acuerdo No. 21 para la realización del Proyecto de Regulación del río Cauca, ratificado por el gobierno nacional en noviembre del mismo año” (Vélez y Vélez, 2011: 7). El proceso de desecamiento de los humedales y pantanos fue inspirado en la regulación del río Tennessee en los Estados Unidos y fue transmitido como proyecto de desarrollo por los funcionarios del Banco Mundial a las élites terratenientes del Valle del Cauca. Seguidamente, se empieza a ejecutar la principal obra de infraestructura del proyecto que sería la represa de La Salvajina, su construcción se llevó a cabo en la zona montañosa de la región del Alto Cauca, en el actual municipio de Suárez (en ese entonces Suárez era corregimiento del municipio de Buenos Aires), para la cual fue necesaria la compra de tierras desde el año 1979, justamente en donde se ubicaba la localidad de la comunidad de La Toma y otros asentamientos vecinos de campesinos negros; con la construcción de esta represa los terratenientes del valle geográfico del río Cauca buscaron asegurar la expansión del monocultivo de la caña.

Según el estudio de Vélez et al (2013), los objetivos de este proyecto crearon una ilusión regional que tuvo dos caras. Por una lado, ser el primer proyecto multipropósito del país que creó grandes expectativas de desarrollo económico regional con los siguientes tres objetivos: a) controlar las inundaciones en la zona plana del valle para su uso agroindustrial; b) aliviar la contaminación del río durante el estiaje a través de la dilución de los sedimentos (CVC, 1985); c) producir 270 MW de energía eléctrica integrados al Sistema Interconectado de Energía (Quintero y Palacio, 2013: 116). Por

---

<sup>9</sup> De esta ocupación nació el Distrito de Aguablanca, las actuales comunas 13, 14, 15 y 21 de la ciudad de Cali, el cual llegó a en 2005 a 1,2 millones de habitantes de estratos socioeconómicos 0 a 2, concentrando el 55% de la población de la ciudad de Cali y convirtiéndose en el sector más densamente poblado y más racialmente segregado de la ciudad (Barbary y Urrea, 2004: 178).

otro lado, al ser construida en una zona rural que no había tenido conexión eléctrica. La construcción de La Salvajina generó en los habitantes del corregimiento la esperanza de acceder a este servicio básico así como la responsabilidad de admitir su construcción, “dejando” inundar sus tierras para que la electricidad llegara a todo el territorio y las inundaciones de la zona plana cesaran.

Estas dos caras o aspectos del proyecto y construcción de La Salvajina, argumentan Vélez et al (2013), “suponen un principio implícito de dominio tecnológico de la naturaleza, promesa de los discursos de progreso y desarrollo que los actores privados y los gobiernos regional y nacional se encargaron de exaltar” y de materializar (Vélez et al, 2013: 173). Del mismo modo, expone Quintero (2013), que en los documentos públicos así como los estudios de la CVC, se demuestra el interés de incrementar la rentabilidad agropecuaria, demostrándose, que el objetivo principal del proyecto tenía que ver con la reforma agraria que se reforzaría a través del control del río Cauca (Quintero y Palacio, 2013: 173).

Tras conocer los antecedentes que constituyeron el andamiaje por el cual el sector privado encabezado por los terratenientes de la industria de la caña de azúcar y el Estado colombiano representado por los gobiernos de turno, nacional y regional, pusieron en marcha procesos de desarrollo económico, nos es posible entender la ubicación de la región del Alto Cauca como un espacio geográfico que se ve afectado por dinámicas políticas y económicas cambiantes que reflejan, al mismo tiempo, “procesos globales del re-estructuramiento del capitalismo” (Oslender, 2002: 14)

Estas dinámicas políticas y económicas que inciden en la transformación de este espacio geográfico, modificando su paisaje, se presentan como representaciones del espacio dominantes que han producido la región del Alto Cauca como un espacio legible desde los saberes expertos. Ejemplo de este proceso, es la constitución de instituciones públicas de desarrollo regional como la CVC, que respondieron a la producción de conocimiento de la Misión Currie introducida por el Banco Mundial, ideario de desarrollo económico nacional, que derivó en la administración y regulación en la región de diferentes áreas de la vida social (Foucault, 1972 en Oslender, 2010: 99).

De ahí, que la región se presente como un espacio legible homogéneo a través de una lógica de visualización hegemónica, expresada material y discursivamente, en la implementación de proyectos de desarrollo regional, como es el caso del proyecto de

regulación del río Cauca con la construcción de la represa La Salvajina, presentado nacional, regional y localmente como el primer proyecto multipropósito del país. A propósito de la naturaleza de los procesos que hacen posibles los espacios legibles y homogéneos, Lefebvre (1991) argumenta que “las representaciones espaciales dominantes tiene el efecto de abstraer y descorporalizar el espacio, acarreado un “espacio abstracto” en el que “las cosas, los actos y las situaciones son siempre reemplazadas por representaciones” (Lefebvre, 1991: 311).

Este proceso de “abstracción del espacio” de la región del Alto Cauca, hizo posible su construcción como “espacio del capitalismo contemporáneo, donde la ley de mercado como lógica dominante ha llevado a una mercantilización de la vida social” (Oslender, 2010: 99; Gregory, 1994: 360), dentro de esta su entorno natural y recursos. Consecuentemente, para la consolidación de este espacio del capitalismo representado hegemónicamente y normalizado como un espacio geográfico para el desarrollo regional, la geografía específica del capitalismo actuó por medio de estrategias espaciales como la desposesión o despojo (Harvey, 2006: 34), con el fin de ganar acceso y control sobre los recursos de la cuenca de la región del Alto Cauca. En el caso de La Toma, se dio este proceso a partir de estrategias que facilitaron la apropiación y acumulación por despojo de los recursos naturales, tierra y agua, donde, como lo veremos en el siguiente apartado, se produjeron paisajes geográficos del desarrollo y subdesarrollo que dieron pie a la confrontación (Oslender, 2010: 11).

#### *Proceso de despojo de tierras: efectos iniciales de La Salvajina en la comunidad de La Toma*

En el proceso de adquisición de tierras por parte de la CVC para lo que sería la construcción de la represa de La Salvajina, se puede argumentar, hubo la implementación de una estrategia de despojo que se efectuó por medio de la combinación de varios mecanismos: políticos, territoriales y burocráticos que lograron sistemáticamente hacer presión sobre las comunidades asentadas y lograr la compra o la cesión sin consentimiento de las tierras a las orillas del río Cauca.

El mecanismo político efectuado por la CVC fue la cooptación de líderes y personalidades locales; el carnicero, el panadero, el que vendía licor fue corruptamente comprado con el propósito de persuadir y ganar la aceptación del proyecto dentro de las

comunidades así como alentar la venta de las tierras, de esta forma el rol socio-económico y el carisma de estas gentes fue utilizado para ganar la aprobación del proyecto dentro de los habitantes (Vélez y Vélez, 2011: 8). Al mismo tiempo, evidenciamos los otros dos mecanismos, territorial y burocrático, en los relatos de vida de dos abuelos de La Toma, donde nos cuentan desde su experiencia como vivió la comunidad la llegada de la CVC:

En el asunto de las compras aquí hubieron unos negocios muy mal pagos, porque compraron en la parte de Suárez y compraron en la parte de arriba o sea a nosotros nos dejaron encerrados, entonces cuando vinieron a negociar con la gente de acá pues hacían una reuniones y ponían a unos abogados para respaldar las comunidades, pero sucedía que los abogados eran trabajadores de la misma empresa entonces ellos estaban a favor de la misma empresa, cuidando su comidita, su trabajo, entonces cuando se llegaron las negociaciones ya nos dejaron solos, entonces ya no dieron la cara y ya llegaban bueno como eso se medían los predios, ya tenían las medidas, apenas llegaban bueno su predio vale tanto y si uno iba a decir que no, que era muy barato, que eso valía y que si uno no recibía esa plata se la depositaban en un banco, uno veía si la recibía o quedaba para el Estado, entonces fue como una presión, así fueron los negocios aquí, hicieron fue lo que quisieron, no valoraron una finca a dar lo que valía, sino que eso fue una presión como ya estábamos encerrados y que ellos necesitaban esa tierra entonces ahí sí nos fracasaron (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

Como uno no tenía conocimiento, le decían a uno: si no negocia por el dinero pues lo despropiamos, uno no tenía el conocimiento de qué era despropiar, que si no le colocamos el dinero en un banco usted verá cómo lo saca de allá sin referencia, entonces nos humillaron, lo que se llamó humillados, nos estafaron a la brava, a la fuerza porque no hubo una consulta porque cuando ellos llegaron, llegaron fue quitándole la finca a uno, bueno si no se salen los sacamos, le decían a uno, el agua no pide permiso y así sucedió. La empresa del CVC, ese consorcio que le vendieron a una multinacional, a la EPSA (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista).

El mecanismo territorial, como nos lo ilustra el relato de don Anatolio, fue llamado por las comunidades la “encerrona”. Consistió en comprar primero los terrenos de las partes altas y bajas de lo que sería la represa, para de esta forma presionar a los propietarios de la parte media y lograr comprar los predios y si no lo lograban por la resistencia de los propietarios, los funcionarios de la institución procedían mediante el uso de amenazas para generar miedo e incertidumbre con expresiones como: “el agua no pide permiso” o “si no negocia por el dinero pues lo despropiamos”.

En concatenación, mediante el mecanismo burocrático se sacará provecho de dos formas. Por un lado, la falta de títulos de propiedad derivó en una especulación económica por parte del Estado que subvaloró el precio de las tierras. Los avalúos de las fincas, realizados por el Instituto Agustín Codazzi, sólo tuvieron en cuenta el uso agrícola de las tierras y no valoró los otros usos y actividades económicas que eran realizadas por los pobladores de La Toma en el río Cauca y las quebradas que atravesaban las fincas como el transporte, la pesca y la minería artesanal, lo que resultó en los bajos montos pagados por las tierras que favoreció a la CVC y afectó radicalmente el sustento de las familias quienes recibieron montos de dinero que no compensaron lo que dejaron de percibir por sus actividades productivas tradicionales.

Por otro lado, la CVC y sus funcionarios se aprovecharon del desconocimiento por parte de los pobladores de los trámites burocráticos y la inexistencia de relaciones con las entidades estatales y privadas, amedrentando a los pobladores diciéndoles que si no recibían la suma de dinero ofrecida, este monto iba a ser depositado en un banco y que necesitarían o de un abogado para poder cobrar o que el Estado se quedaría con ese dinero, en estas circunstancias, los pobladores de La Toma al percibir que sería muy problemático el proceso además de desconocerlo tuvieron que ceder y vender (Vélez y Vélez, 2011; Ararat et al, 2013; Vélez et al, 2013). En muchos de los casos, como lo citan Vélez y Vélez (2011), cuando la gente se decidía a vender, el dinero entregado estaba en las denominaciones más bajas, y por esta razón, “al recibir muchos billetes, hubo gente que pidió que no le entregaran la totalidad del dinero porque era demasiado” (Vélez y Vélez, 2011: 8).

Después de la presión y despojo de las tierras a la orilla del río Cauca se iniciaron las obras de la construcción de la represa en 1980. Ararat et al. (2013) expone que se trató de una obra de gran ingeniería, que transformó el paisaje inmediatamente (ver foto 3): construcción de túneles para desviar el río y hacerlo pasar por debajo del lugar donde construirían el muro, se construyó un muro de más de 150 metros de altura, se adecuaron vías de acceso para el transporte de maquinaria y materiales, “se removió tierra de la base del río y de sus orillas, se crearon campamentos y lugares de trabajo” (Ararat et al, 2013: 145). Así lo recuerda don Carlino Ararat:

La construcción eso comenzaron a construir desde el 78 para adelante, empezó la construcción, abrir carreteras, hacer los túneles para desviar

el agua para poder “acharcar”, para poder hacer el muro y en el 83 terminaron eso, terminaron de hacer el muro, ya lo llenaron en el 84 y en 85 comenzó a generar energía (Carlino Ararat, 2015, entrevista).

La presencia de una gran cantidad de trabajadores que vinieron de otras partes para la construcción también conllevó cambios. Una de las muchas promesas hechas a las comunidades por parte del Estado en cabeza de la CVC fue que se tendrían oportunidades de trabajo en el momento de la construcción, sin embargo como nos lo cuenta don Anatolio, esto nunca sucedió:

Que iba haber mucho ingreso, que mucho trabajo, eso nos dijeron, pero cuando vinieron a trabajar ya trajeron sus profesionales de por allá de otro lado y a nosotros en el mercado en Suárez no nos compraban una piña, no nos compraban nada porque ellos traían su mercado importado de otro lado, entonces para nosotros no fue garantía, para nosotros todo fue pérdida y perjuicios (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

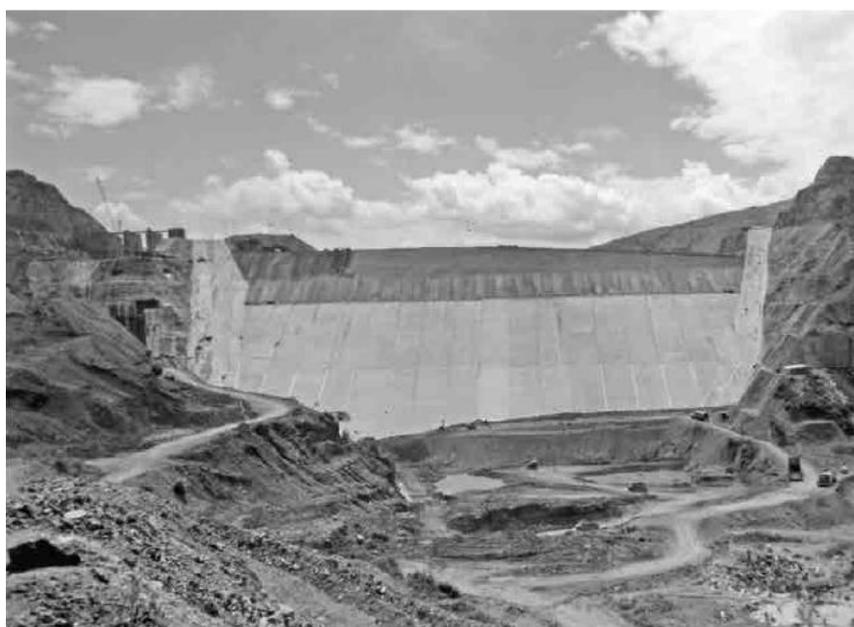
Además de no cumplir con el empleo de la mano de obra de los habitantes de La Toma en la construcción de la represa y de los bajos márgenes de consumo de los productos agrícolas cultivados y comercializados por los pobladores, de los cuales hubiesen percibido alguna entrada económica con la cual mitigar los primeros daños efectuados por la construcción de La Salvajina, al llegar trabajadores de distintos lugares se empezó a dar un proceso de cambio en la estructura familiar de La Toma y de las comunidades vecinas, afectando el tejido social así como las condiciones de vida de las mujeres de la comunidad, esto dado a los hijos concebidos entre estos trabajadores y las mujeres jóvenes, así lo relata doña Pola:

En esos momentos también llegaron personas dejando también hijos aquí en las jovencitas, en la comunidad, esa empresa vino y dejó hijos regados y yo creo que hasta ahora no saben que tienen hijos acá porque no se acordaron que habían hecho, apenas pasaron el momento y se olvidaron (Ana Apolonia González, 2015, entrevista).

Siendo estos los efectos iniciales provocados por la obra de construcción de la represa de La Salvajina, en el año 1984 se dio inicio al proceso de llenado o inundación de la misma que entraría en funcionamiento en 1985. A la luz de este panorama, posterior a la puesta en funcionamiento de la represa, manifestándose los primeros efectos y con promesas no cumplidas que sustentaron la compra de las tierras y su inundación, se empezó a consolidar un proceso de organización y movilización por parte de las

comunidades afectadas que reclamaba se revisaran los impactos producidos, así mismo que se generaran estrategias que resolvieran las necesidades básicas de la zona: acueductos, energía eléctrica, salud, tierras entre otros puntos consignados en el Acta del 86 (Ararat et al., 2013: 153).

La firma de tal acta, se efectuaría gracias a la organización de los pobladores de la región, después de una gran marcha a la ciudad de Cali acompañados por otras comunidades y organizaciones solidarias, donde el Estado y las instituciones participantes (CVC) se comprometen a analizar y contemplar los reclamos de las organizaciones. El 24 de septiembre de 1984 el gobierno expidió el Decreto 3000 “por el cual se crea la Comisión de supervisión y evaluación del Plan de Desarrollo integral de la región de la Salvajina” en el cual se imparten los compromisos respecto al plan de obras en la zona de influencia de La Salvajina (Ararat et al., 2013: 156). No obstante, los reclamos y demandas de las comunidades y de las organizaciones del Alto Cauca aún no se cumplen y los pobladores y sus organizaciones siguen, actualmente, exigiendo el cumplimiento de dichos acuerdos (Vélez y Vélez, 2011; Ararat et al., 2013; Vélez et al, 2013).



**Fuente:** Ararat et al. (2013) (Foto 3: Muro de contención de la represa La Salvajina)

**Tabla 1. Cronología de la construcción de la represa La Salvajina**

Año	Evento
1954	El 22 de octubre se crea la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC) como institución pública del orden nacional, descentralizada y con autonomía administrativa con jurisdicción en la cuenca alta del río Cauca y las cuencas altas de los ríos Anchicayá, Calima y Dagua.
1978	El 10 de noviembre el proyecto de la represa de La Salvajina fue aprobado por el Consejo de Política Económica y Social (CONPES).
1980	Se inician los trabajos de construcción de la represa La Salvajina y sus obras aledañas.
1985	Se inaugura la represa La Salvajina. Se estima que de 395 mil hectáreas de la zona plan del valle, la represa permitió la utilización del 33%, sin problemas de inundación.
1986	El 17 de agosto se firma el acta de compromiso con los representantes de las comunidades campesinas e indígenas afectadas con la construcción de la represa de La Salvajina en el departamento del Cauca.

Fuente: Ararat et al, 2013: 149

En este contexto, argumentan Ararat et al. (2013) y Vélez y Vélez (2011), se consolidó un proceso de organización que, parecería ser uno de los pocos impactos valiosos que dejó este proyecto, sin embargo, este proceso se afianzó cuando era demasiado tarde, sólo se podía reclamar por los impactos. No obstante, aunque se hace mención en los dos textos sobre la efectiva participación de los habitantes de La Toma en este proceso de organización que deriva en el Acta del 86, algunas de las entrevistas realizadas en el trabajo de campo de esta investigación, argumentan lo contrario:

No, aquí organización si no hubo, eso sí para que le vamos a decir, porque usted oye hablar de eso, de la marcha del 86, La Toma no participó en eso, entonces para que nos vamos a decir mentiras. La Toma siquiera participó porque La Toma en esa Acta del 86 lo único que un amigo le incluyó fue que La Toma no tenía agua, eso es lo único que le aparece. La Toma no participó no hubo ningún solo participante en la marcha, entonces qué organización aquí organización disque para luchar (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista)

Aunque puede que la opinión o relato de don Isidoro y otros de los abuelos no pueda generalizarse, esto nos hace pensar acerca de las diferentes versiones que pueden existir en relación a la movilización y organización de la comunidad de La Toma en el año 86 así como los grados de participación y compromiso asumidos en su interior por los habitantes, tema que no hace parte de nuestro objetivo de investigación, sin embargo, se evidencia en los relatos personales recogidos.

Ahora bien, dentro de la comunidad de La Toma, en el momento de construcción, inundación y puesta en marcha de La Salvajina no era tan claro los

alcances e impactos que este proyecto “multipropósito” iba a acarrear para las formas de vida que estos habían constituido históricamente en lo que era su localidad. Ararat et al. (2013), expone que para los habitantes era difícil imaginar que el río se fuera a “charcar” y que alcanzara la profundidad que tiene, en consecuencia fue hasta que se llenó el embalse que la comunidad comprendió la dimensión de la represa (Ararat et al., 2013: 153), por lo tanto, en el transcurrir diario y de la experiencia del “qué vamos a hacer”, los efectos y consecuencias fueron más claros para la mayoría de los habitantes.

### **“Esa Salvajina ahí donde está es la que nos transformó totalmente”<sup>10</sup>**

A la par del proceso de despojo de tierras, construcción, inundación y puesta en funcionamiento de la represa de La Salvajina, se fueron haciendo evidentes los cambios sustanciales e irreversibles para las formas de vida que los habitantes de la comunidad de La Toma habían constituido desde el asentamiento de los primeros negros libertos, teniendo como escenario típico y común de la localidad el río Cauca, este sirvió como eje articulador de las actividades productivas así como parte central en el desarrollo de un sentido de lugar e identificación colectiva como polo de identidad. De la misma manera, se empezaban a desestabilizar las relaciones familiares y colectivas fundamentales que mantenían el ritmo colectivo para el despliegue de la vida social de los habitantes de La Toma.

El sentimiento generalizado de los habitantes de La Toma después del proceso de despojo de tierras y su posterior inundación fue de sorpresa o como lo expresa Isabel Valverde: “fue como un sacudón de cabeza”, porque estas gentes desde sus saberes y conocimientos ligados a su relación dialógica con la naturaleza y las experiencias transmitidas de generación en generación y por la misma experiencia cotidiana, no lograban dimensionar de qué se trataba este proyecto de desarrollo, su envergadura y mucho menos sus consecuencias e impactos en la vida. El único referente que tenían giraba alrededor de sus conocimientos sobre las crecientes del río y el nivel que este alcanzaba, al respecto nos sigue relatando doña Claudia:

La gente no tenía en su mente ver esa magnitud del charco, ellos pensaban que era un charquito, como el río cuando se crecía que se subía hasta arriba, ellos pensaban pues acharcan pero vuelve y queda normal, yo creo que esa era la visión, así como crece el río y hay

---

<sup>10</sup> Entrevista a Isabel Valverde, 07/07/2015.

momentos que vuelve y queda, pensaban que iba a ser igual, nunca yo creo que muchos de los abuelos no alcanzaron a ver un trabajo de esos, ellos nunca tenían en su mente. (Claudia Ararat, 2015, entrevista)

Al mismo tiempo, don José Lino nos expresa lo que fue el sentir de la comunidad ante los sucesos y más aún ante el cambio de vida que tendrían que sobrellevar:

Quando lagaron ese río, lo acharcaron y la sorpresa que tomo la gente fue inmensa, por qué inmensa, porque nunca se creía que fueran a hacer eso. Para nosotros fue algo muy duro porque ya nos tocó acceder a otros términos, subirnos acá a estas lomas. (José Lino Carabalí, 2015, entrevista)

Los nuevos términos a los que les tocó acceder se iniciarían con la inundación de las fincas y con la pérdida sistemática de su localidad. Con las fincas ahogadas y el río “acharcado”, no quedó más remedio que subirse a las “lomas” o las montañas de la cordillera central donde habían estado ubicados los “ranchos” o viviendas. Resultando en la pérdida del primer polo de identidad que identificamos para el periodo de 1950 a 1980: el río Cauca; este se había constituido a partir de un proceso de identificación a partir de su constitución, desde la cotidianidad, como eje articulador de las actividades y prácticas productivas, derivando en un sentido de lugar y pertenencia a este. Las dinámicas y estrategias de despojo a partir de una representación del espacio dominante que materializó el espacio geográfico de la región del Alto Cauca como espacio de desarrollo regional, le arrebató a estos pobladores negros parte de su localidad y uno de sus referentes identitarios.

Dentro de los cambios trascendentales e irreversibles, también estarán, la desaparición de algunas de las actividades cotidianas y productivas que se desarrollaron por más de medio siglo en el río Cauca: la pesca y el abasto alimentario que el río brindaba, el transporte y comercialización de los productos agrícolas en balsas y canoas, las faenas de cacería y las actividades de goce y recreación que el río y sus aguas permitía, don Isidoro expresa a propósito de las pérdidas y daños causados por La Salvajina:

El daño fue irreversible porque uno, se perdió las mejores tierras para cultivar; dos, se perdió la minería del mazamorreo que uno hacía, que sacaba su oro, sacaba su pescado, todo eso se perdió; tres, se perdió la flora y fauna porque se perdió todo lo que se trataba de cacería: guagua, guatín, armadillo, ahí se ahogó mucho animal de esa clase,

muchas especies desaparecieron; cuatro, se perdió la venta de guadua que bajábamos en balsas (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista).

En cuanto a la agricultura y la minería, prácticas productivas de subsistencia de los habitantes de La Toma, se dieron cambios en las formas en las que se venían desarrollando resultando en la pérdida de la productividad, estabilidad y prosperidad que se habían alcanzado en el periodo anterior, así como se verá trastocado el polo de identidad referido a la práctica agrícola, este tema lo trataremos más adelante. Ahora quisiéramos exponer los efectos inmediatos a causa de la represa de La Salvajina.

Al subir las aguas y cubrir lo que había sido la cotidianidad de los habitantes, se empezaron a dar diferentes eventos que convulsionaron a la comunidad. En primer lugar, con la inundación del río y de los terrenos aledaños se dio el proceso de descomposición de la masa vegetal propia del ecosistema, lo que produjo por varios meses la expedición de gases y olores que provocaron enfermedades respiratorias en los habitantes, así mismo se registraron varias muertes de abuelos a causa de lo que los entrevistados llamaron “pesar”, “el pesar de que perdieron todo lo que tenían” (José Lino Carabalí, 2015, entrevista).

Otro de los eventos que ocasionó varias personas muertas en la comunidad, fue el desconocimiento de la gente acerca de las actividades que se podían llevar a cabo en la represa, ya que algunos habitantes al querer realizar algunas de las actividades habituales del río como navegar, pescar o bañarse, al encontrarse con tal profundidad de las aguas, murieron ahogados: “ahí se ahogó mucha gente inocentemente, la gente no estaba acostumbrada a ver toda esa agua amontonada, iban a pescar y pues se ponían de graciosos a bañar y el agua se los iba tragando” (Carlino Ararat, 2015, entrevista).

En segundo lugar, los habitantes de La Toma aseguran que la represa cambió el clima del corregimiento. La gran cantidad de agua estancada por la represa produce una neblina que sube pegada a las montañas desde las orillas de la represa por la mañana y en las tardes (Ararat et al, 2013: 149). El frío era poco conocido por los pobladores, ya que parte de sus actividades rutinarias eran desarrolladas en las vegas del río Cauca, donde el clima era más cálido y húmedo; tuvieron que empezar a dormir con cobijas, utilizar sacos, gorros y guantes para contrarrestarlo. El cambio de clima no sólo produjo frío a los pobladores sino que también afectó directamente a los cultivos: “empezaron a

helárenos estas tierras, ya no podemos casi cultivar mayor cosa, yo creo que en 20 o 30 años aquí no levanta ni ají” (Ana Apolonia González, 2015, entrevista).

Como se ha podido evidenciar, el proyecto multipropósito de la represa de La Salvajina fue producto de la amalgama entre intereses privados y públicos, donde se dio la articulación de intereses al margen de las poblaciones locales. Del lado estatal, el gobierno regional y nacional dio respuesta favorable a los intereses privados, que en diferentes periodos históricos, más aún en las primeras décadas de desarrollo, ha presentado a estas industrias como motores de bienestar y desarrollo para las regiones. Del lado del sector privado, terratenientes e industriales, han moldeado las instituciones públicas y la legislación para favorecer sus procesos de acumulación (Vélez et al, 2013: 167).

Producto de esta articulación y del avance del ideario de desarrollo regional como crecimiento económico, atendiendo respectivamente a representaciones del espacio dominantes que constituyeron a la región del Alto Cauca como un espacio legible y homogéneo expresado material y discursivamente mediante la ejecución del proyecto multipropósito de La Salvajina, se consolidó el control del río y el cambio de la tenencia y uso de la tierra en la región a partir de un modelo de acumulación por despojo desde estrategias y mecanismos, ya abordados, que generaron y generan la pérdida de la autonomía y control de la comunidad de La Toma sobre lo que habían configurado como localidad y sentido de lugar, originando la pérdida del polo de identidad que fue el río Cauca, así como “los procesos sociales y económicos desarrollados, además de la relación productiva pero también simbólica con el espacio físico y la estructura ecológica local” (Escobar, 2000: 131).

#### *Transformaciones en el quehacer tradicional de la agricultura*

La pérdida de las tierras a causa de la inundación y puesta en funcionamiento de la represa de La Salvajina al lado del decaimiento y posterior crisis de la economía del café en la década de 1980, conducirían a cambios profundos en la relación de los habitantes de La Toma con la tierra, las formas de producción y la productividad. Estos cambios a su vez se verían profundizados por la implementación, por parte del Estado, de políticas de desarrollo rural que, paulatinamente, a partir de la introducción de estrategias como la asistencia técnica con el propósito de incrementar la producción y la

productividad para la comercialización externa de bienes agrícolas, provocará transformaciones en las prácticas productivas tradicionales.

Como lo vimos, el cultivo del café fue la base fundamental del sustento, estabilidad económica y apropiación productiva del territorio en el periodo de 1940 a 1980 de la comunidad de La Toma. El cultivo del café en el departamento del Cauca, en particular en este corregimiento, se caracterizó por llevarse a cabo mediante la pequeña y mediana propiedad basada en el trabajo familiar independiente (Machado, 1977:44). Las cosechas eran tan abundantes que generaban una gran demanda de fuerza de trabajo que integraba a todos los miembros de la familia en las tareas propias del cultivo: limpieza de terrenos, siembra, cosecha, secado y comercialización.

El cultivo y la producción del café permitían el despliegue y fortalecimiento del ritmo colectivo constituido a lo largo de los años por los habitantes de la comunidad de La Toma a partir de la participación situada de sus miembros en las jornadas de trabajo familiar y las Juntas de Trabajo. Estas formas de trabajo colectivo agrícola hacían de escenario para la reproducción de su enseñanza-aprendizaje y por el mismo cauce aseguraban la continuidad del quehacer de la agricultura, donde los sujetos definían su relación de pertenencia a la comunidad en un proceso de identificación que consolidó a la agricultura como otro polo de identidad.

Esta continuidad empezará a fluctuar a causa de dinámicas económicas y políticas externas, públicas y privadas, que se presentan como representaciones y discursos dominantes de globalización que se caracterizan por una asimetría donde lo global se iguala con el espacio, el capital y la capacidad para transformar, mientras que lo local es asociado con el lugar, el trabajo y la tradición y por tanto, como lo argumenta Escobar (2010), “con lo que cederá inevitablemente a las fuerzas más poderosas” (Escobar, 2010: 47), que en nuestro caso el proyecto de desarrollo regional se erige marginando y empobreciendo en su avance a las poblaciones negras campesinas asentadas en el Alto Cauca, sin considerar “el potencial local para subvertir, modelar o enfrentar activamente discursos y estrategias de globalización” (Oslender, 2010; Escobar: 2010).

En cuanto a la economía del café, en La Toma se presenciaron los dos factores que influirían en su decaimiento y posterior crisis en la década de 1980. Por un lado, se dio la llegada de diferentes plagas al cultivo; primero fue la roya y posteriormente la

broca a mediados de la misma década. En este contexto, la Federación Nacional de Cafeteros interviene con el propósito de dar una solución a la plaga de la roya por medio de la sustitución del café arábigo por la variedad “caturra”. La presencia de la Federación en el corregimiento de La Toma es recordada por sus pobladores desde el año 1975, cuando llegaron a las fincas los primeros técnicos, don Lino nos cuenta: “empezaron a venir a ayudarnos, a enseñarnos a tecnificar, ya en los años 75 que empezaron a venir los primeros técnicos de la Federación” (José Lino Carabalí, 2015, entrevista).

El remplazo del café arábigo por la variedad “caturro” que resistía los embates de la roya, conllevó cambios en las formas de cultivo ya que el café “caturro” a diferencia del arábigo necesitaba de insumos orgánicos y químicos para crecer y dar el grano, más aún en tierras duras con poca fertilidad como las “lomas” en las que los habitantes de La Toma restablecieron sus fincas después de la inundación de sus tierras productivas a las orillas del río Cauca por parte de la represa de La Salvajina.

Por otro lado, a mediados de la década de 1980, se produjo el incremento en los precios del café dado a las bajas cosecha en Brasil, lo que no repercutió positivamente en los ingresos económicos de los pequeños agricultores, sumado a esta situación en el año 1989 se dio termino al pacto de cuotas en el mercado mundial del café lo que provocó el descenso dramático de los precios ya que se generó incremento en los costos de producción y los precios de venta en los mercados descendieron considerablemente (Ararat et al., 2013: 191).

Como ya se ha señalado, el desarrollo económico regional llevado a cabo en la cuenca del Alto Cauca tuvo su asidero en las políticas norteamericanas para el logro del desarrollo económico de las áreas subdesarrolladas del mundo. Según Escobar (2007), la doctrina Truman iniciaría una nueva era en el manejo de los asuntos mundiales, en particular de los países económicamente menos avanzados, el propósito central era crear las condiciones necesarias para reproducir en estas áreas los rasgos característicos de las sociedades avanzadas: altos niveles de industrialización y urbanización, tecnificación de la agricultura, rápido crecimiento de la producción material y los niveles de vida. Esto sería posible a partir de tres componentes principales: el capital, la ciencia y la tecnología (Escobar, 2007: 20), componentes que serán determinantes en el informe

entregado por la Misión Currie, “Bases de un programa de fomento para Colombia”, llevada a cabo en el año 1951 y financiada por el Banco Mundial.

La Misión Currie y su informe convertido en el primer ideario de desarrollo económico nacional propiciarán la intervención del Banco Mundial en las políticas económicas asumidas por el Estado colombiano hasta el presente (Fajardo, 2014: 41). En el primer apartado de este capítulo se señaló como desde esta misión empezó a generarse dentro del sector terrateniente e industrial colombiano, en particular del valle geográfico del río Cauca, la necesidad de creación de una institucionalidad que promoviera el desarrollo regional a partir de los lineamientos de crecimiento económico mediante el control tecnológico de los recursos naturales, que resultaría en la construcción y puesta en funcionamiento de la represa de La Salvajina en el año de 1985, de acuerdo a los intereses de las elites terratenientes propietarias del monocultivo e industria de la caña de azúcar.

Este modelo de desarrollo regional concebido desde una representación del espacio dominante donde la región del Alto Cauca y su cuenca son construidas como un “espacio abstracto” en términos de su potencial productivo, conllevaría un proceso de acumulación por despojo sobre la comunidad de La Toma, teniendo múltiples e irreversibles consecuencias en las formas de vida que hasta ese momento esta población había logrado constituir en una relación dialógica con su entorno natural de donde se derivaban sus medios de subsistencia y procesos de identificación, a partir de prácticas productivas diversificadas con niveles estables de producción y de consumo, como lo vimos: agricultura a pequeña escala, minería artesanal de oro, transporte y comercialización de productos agrícolas y maderables y pesca no-intensiva (Vélez et al, 2013: 164).

Con este panorama poco favorable para el agricultor tomeño, desde el año de 1985 en adelante, con las fincas restablecidas en las tierras duras y poco fértiles de las montañas del Alto Cauca, fueron apareciendo en el corregimiento de La Toma programas de desarrollo rural encabezados por técnicos en áreas agrícolas que tenían como objetivo brindar capacitaciones a los pequeños agricultores en temas alrededor del mejoramiento de la productividad de los cultivos a partir de la tecnificación de las fincas. Así nos relata don Anatolio el arribo de estos técnicos y sus enseñanzas:

Pues cuando ya estábamos en estas tierras que eran más duras y no producían, ya nos fueron dando ideas de que había que abonar, que había que meterle químicos y entonces de ahí para acá ya la gente se fue adaptando. Eso venían técnicos del área cafetera, técnicos del área platanera, técnicos de área cañicultora o sea, en el agro todos son los mismos pero cada uno tiene una forma diferente para enseñar (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

Los programas de desarrollo rural, al igual que el proyecto multipropósito de la represa de La Salvajina, hacen parte del ideario de desarrollo económico nacional por el cual se generaron estrategias, programas y planes de desarrollo para la consecución de las condiciones necesarias para el despegue hacia una sociedad avanzada; la tecnificación de la agricultura sería uno de esos propósitos a alcanzar (Fajardo, 2014: 48).

Considerado como uno de los sectores atrasados de la economía, la agricultura y el campesinado desde la concepción del desarrollo nacional, eran susceptibles al proceso de modernización y participación activa en la oferta de productos y bienes agrícolas para el abasto alimentario de los centros urbanos, así como para el suministro de materias primas para la industria (Blanquer y Fajardo, 1991: 85). Con este propósito, desde el Estado colombiano con la intervención permanente del Banco Mundial se efectuarían diversos programas de desarrollo rural donde prevalecería los tres componentes principales de la doctrina Truman: la inyección de capital y la preponderancia de la ciencia y la tecnología para la superación de los obstáculos en la modernización del sector.

De esta manera, la acción estatal se concentró en la dotación de capacidades técnicas a los pequeños agricultores con la introducción de cambios en el germoplasma, es decir, en la diversidad genética de las semillas y la utilización de insumos derivados del petróleo, productos elaborados y controlados en su mayoría por empresas transnacionales, para ampliar la productividad agrícola (Fajardo, 2014: 47), ejemplo de estas estrategias fue la llamada “Revolución Verde” y las prácticas que esta introducía para el mejoramiento de la producción y productividad agrícola. Así mismo, para la década de 1980, siendo parte de las políticas agroalimentarias del gobierno impulsadas una vez más por el Banco Mundial, se siguen implementando planes como el de Desarrollo Rural Integrado (DRI) desde los cuales la capacitación técnica es el aspecto principal para lograr la inserción de la pequeña agricultura en la oferta de alimentos con un desempeño empresarial (Fajardo, 2014: 48).

Con esa visión de lo que corresponderían ser las prácticas para la modernización de la agricultura, los técnicos impartirían enseñanzas de las formas de producción tecnificadas, introduciendo nuevas prácticas en el ciclo agrícola para la consecución de mejores rendimientos en los cultivos y cosechas. Las prácticas introducidas por los técnicos a los habitantes de La Toma incluían cambios en las formas de organización de los cultivos, el uso de herramientas, técnicas de fertilización de las tierras, así como la inserción del uso de diferentes tipo de insumos para los cultivos.

En cuanto al cambio en las formas de organización de los cultivos, los agricultores de La Toma pasaron de sembrar en la forma de copado de terreno o “al reguero” a sembrar en forma de surcos o calles, esta organización nos cuenta don Lino tiene la finalidad de facilitar las labores de siembra y abono de los cultivos. El uso de las herramientas para estas labores también tuvo su modificación, a raíz del cambio de tierras y de fertilidad de las mismas, los técnicos recomendaron evitar el uso de azadón y de la pala para limpiar, nos cuenta doña Isabel, para evitar el daño de la primera capa del suelo por lo que ahora sólo se usa el machete y el barretón.

En lo que respecta a las técnicas usadas por los tomeños para la fertilización de las tierras, como lo era la quema de terrenos, don Isidoro nos cuenta que hubo la prohibición de la práctica ya que según los expertos esta producía la erosión de la tierra. La asistencia y capacitación técnica no estaría completa sin su ingrediente especial: la implementación de insumos para asegurar la productividad de los cultivos. En el caso de La Toma como en el resto de las áreas rurales de Colombia donde ha llegado la asistencia y capacitación técnica para la agricultura ha estado acompañada del paquete de insumos: semillas certificadas, abonos orgánicos, fertilizantes químicos y plaguicidas.

Aunque las lecciones fueron aprendidas y las prácticas de tecnificación implementadas poco a poco por los agricultores tomeños, dentro de las entrevistas y relatos personales que recogimos, las percepciones en relación a los cambios en sus prácticas agrícolas tradicionales y la incorporación del uso de insumos para el aumento de la producción de la fincas, apuntan a una desaprobación del uso de insumos químicos en la producción: “ya esos cultivos ya vienen un poquito como desvalorizados de toda la esencia natural, ya su desarrollo es a base químicos” (Claudia Ararat, 2015, entrevista). Además de que los cultivos empezaron a ser levantados a punta de insumos, parte de

estos químicos, para el pequeño agricultor tomeño, son y siguen siendo difícil de enfrentar económicamente los costos de producción de los cultivos ya que con la tecnificación de la agricultura son más los costos y gastos que conlleva “levantar cualquier matica de café”, con el uso necesario de los insumos: abonos, fertilizantes, plaguicidas, que lo que estos pueden percibir de ganancias.

Fajardo (2014) explica que la modernización llevada a cabo en el sector agrícola y campesino en Colombia desde la década de 1960 ha estado dominada por políticas y programas donde el patrón técnico y tecnológico así como la comercialización de bienes agrícolas obtenidos dentro de las economías campesinas con estrategias dirigidas a elevar su producción y productividad, han sido privilegiadas sin modificar las condiciones de acceso a la tierra (Blanquer y Fajardo, 1991: 85).

El autoritarismo y negativa de la dirigencia nacional a la democratización de la propiedad agraria a partir de una reforma del régimen de propiedad de la tierra, ha provocado problemas estructurales dentro de la agricultura y las poblaciones campesinas que se puede caracterizar en los siguientes rasgos: concentración de la propiedad, patrón dependiente al desarrollo tecnológico y sistemas de desarrollo e intercambio desigual entre los sectores de la economía por cuenta de los regímenes de acumulación dominantes resultado del entramado de social y político (Fajardo, 2014: 71), que en nuestro caso de investigación se expresa en los intereses de las clases terratenientes y la dirigencia regional del Alto Cauca articulada a políticas económicas internacionales establecidas bajo las directrices específicas del Banco Mundial y su andamiaje de instituciones y empresas transnacionales.

En consecuencia, los cambios profundos experimentados por la comunidad de La Toma hacen parte del proceso de re-estructuración capitalista, que para su avance como condición necesaria parte de la acumulación a través del despojo, en este caso, de los recursos naturales que son apropiados por medio de estrategias espaciales, violentas o no, para ganar acceso y control sobre ellos (Harvey, 2006: 34). Gracias a una “típica alianza de clases” entre terratenientes capitalistas y elites afincadas en la dirigencia estatal e institucional se produjo un control territorial a partir de la concentración de la propiedad, que en nuestro caso, desató un proceso de desarraigo a partir de la disociación entre el productor y los medios de producción (Fajardo, 2014: 75).

Sumado a este proceso de despojo y control sobre los recursos naturales, tierra y agua, la modernización y tecnificación de las prácticas agrícolas ahondaría que la agricultura parcelaria de La Toma tuviera altos niveles de improductividad lo que generó la agudización del empobrecimiento de los moradores y la emigración de buena parte de su población a mercados de trabajo de la agricultura comercial o a mercados ocasionales de trabajadores no calificados en los centros urbanos (Fajardo, 2014: 69). Al respecto, doña Isabel nos comenta por qué se empezó a ir la gente de La Toma:

Digamos que vino la falta de nosotros de dinero, de oportunidades porque prácticamente las oportunidades para nosotros como agricultores son muy pocas. De ahí el desplazamiento de las familias tomeñas a diferentes centros urbanos del Valle: muchos se fueron buscando opciones a otra parte, hay familias enteras que están en Florida, que están en Cali, están en Bogotá, otras están en Tulúa, la gente de aquí estamos como partidos (Isabel Valverde, 2015, entrevista).

Consecuentemente, la implementación de políticas de desarrollo rural a partir de estrategias de asistencia técnica con el propósito de generar el incremento de la producción para la comercialización externa de bienes agrícolas, tuvo incidencia directa en la transformación de las prácticas productivas agrícolas tradicionales en la comunidad de La Toma, ya propiciada por la pérdida de las tierras productivas por cuenta de la construcción de la represa La Salvajina, con la introducción de nuevas prácticas en cuanto a la organización de los cultivos, el uso de herramientas, técnicas de fertilización de las tierras y uso de insumos químicos, además de la emigración de la población por la improductividad de las tierras.

Todo este andamiaje de dinámicas y prácticas externas, produjo un trastoque en las lógicas históricas y formas propias de hacer la agricultura en el seno de la comunidad, estas habían actuado como principios y disposiciones que le daban orden al mundo socio-natural que fue la localidad de La Toma, que con la pérdida del río Cauca y la desarticulación de las formas colectivas de trabajo (familiares, compadrazgo) por la emigración de sus gentes, este ritmo colectivo fue desplazando a la práctica agrícola como polo de identidad, ya que el proceso de identificación con esta se fue desestructurado con el paso de los años, donde la atención de las gentes que no se desplazaron se centró en la práctica productiva de extracción del oro, aun cuando habían

perdido las vetas del río Cauca y el mazamorreo echaron mano a la minería de filón lo que provocó la dependencia económica a esta actividad, quedando la agricultura en un segundo lugar en cuanto a la obtención estable de recursos económicos.

### **Suficiencias íntimas para contrarrestar el avance del “desarrollo regional”**

En este punto de nuestro estudio y argumentación quisiéramos hacer una lectura que nos permita alejarnos de un análisis lineal de lo que fue el proceso de despojo y transformación de las formas de vida de la comunidad de La Toma. Considerando que, aunque las representaciones del espacio dominantes, agenciadas por sectores y actores hegemónicos regionales produjeron a la región del Alto Cauca como un espacio legible y homogéneo, que operó como un “espacio abstracto” con potencial para el desarrollo económico, acorde a la expansión del modelo de acumulación capitalista. Al mismo tiempo, este proceso espacial que tiende a una mercantilización de la vida social, antes que ser cerrado, generó una dinámica de confrontación y conflicto agenciada por los pobladores negros de La Toma, quienes al tener sus propias representaciones e interpretaciones del espacio geográfico del Alto Cauca, han resistido a la homogenización de lo que fue su espacio vivido, creando un “espacio diferencial” que defienden cultural y políticamente.

Desde el choque y conflicto se ha dado la necesaria emergencia de conocimientos y suficiencias sobre la naturaleza, economía, política entre otros aspectos del estar en el mundo (Escobar, 2010: 28), moldeados por esta experiencia de despojo, que han permitido a estas gentes, no sólo el seguir habitando y reproduciendo sus formas de vida en lo que quedó de su localidad sino también desplegar estrategias de resistencia en defensa de su ser negro, su territorio y sus formas culturales.

Estos conocimientos y suficiencias las entendemos como orientaciones mentales, claves epistémicas y prácticas sociales que despliega un grupo concretando y afirmando su existencia (Arboleda, 2011: 11), que en la comunidad de La Toma fueron aflorando a la vez que se iba perdiendo parte de la localidad productiva y de subsistencia que se había construido en relación con su entorno natural y el río Cauca como eje central. De las suficiencias puestas en marcha que se pudieron identificar todas están ligadas a una cualidad y rasgo significativo de larga data de las relaciones sociales de la comunidad

de La Toma: las relaciones familiares y de compadrazgo caracterizadas por su carácter solidario y colectivo.

En cuanto a la agricultura, una de las prácticas y actividades productivas de subsistencia más afectada por los proyectos de desarrollo, los entrevistados se refirieron a dos formas de garantizar su continuidad:

Como teníamos otros predios entonces empezamos a trabajar de nuevo, ya como antes, ya como uno tiene la práctica y todo, entonces ya cuando antes de que se inundara toda la finca, la gente de allá mismo iba sacando semillas de colino, de café, así, entonces ya iba trasladándola a otro lado (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

La gente ha tenido acá en varias partes terreno, entonces, le inundaron la mejor tierra pero arriba en la loma quedaba tierra, obvio la gente se fue nuevamente volviendo a iniciar de cero porque las fincas que ya estaban constituidas quedaron ahogadas, la gente se vino hacia la loma (José Lino Carabalí, 2015, entrevista).

La primera forma de garantizar la continuidad de la práctica agrícola se trató de la salvaguarda de las semillas. La recolección de semillas de los diferentes cultivos implementados por más de media década garantizaría nuevas cosechas además de eludir algunos de los costos que implicaba el establecimiento de las nuevas fincas. La segunda forma estuvo ligada a la adquisición de tierras en el modelo de “globo de terreno” en las primeras décadas del siglo XX, donde se compraron tierras en las vegas del río Cauca y en la zona de montaña, de ahí que con el despojo y pérdida de las tierras productivas en las vegas, los habitantes de La Toma tuvieron un “plan b”, para seguir desarrollando limitadamente, por la poca fertilidad de la tierra de las “lomas”, la agricultura de subsistencia y comercial. Con respecto al restablecimiento de las fincas, nos cuenta doña Isabel del difícil pero dignificante proceso de empezar de cero:

Nos tocó muy duro, si a veces uno tenía para la libra de arroz se la comía o si no tenía que bolear con la barriga vacía, con el empeño más adelante de donde echar mano, a veces comía a veces no, a veces tenía a veces no, pero la idea era echar pa’ lante, no dejarse ahogar porque muchos dijeron les quitamos la tierras, los sacamos del territorio y ya el territorio es nuestro como a muchos han querido pensar, con las Multi (empresas multinacionales) que nos las montaron, nos quitan la finca y las multi se viene a apoderarse. Con lo poquito que nos dieron uno buscaba trabajadores y con el esfuerzo de la misma familia íbamos empezando a trabajar de nuevo y pues que la gente no ha tenido una solo finquita, la gente siempre se ha acostumbrado a tener varias finquitas, porque pues después de que uno tenga la tierra pues uno le pone función (Isabel Valverde, 2015, entrevista).

Como lo evidencia el relato de doña Isabel, los habitantes de La Toma empezaron a vivir momentos difíciles de escases y falta de entradas económicas, ya que con la caída de las fincas y su producción, fue muy complicado restablecer las fuentes de subsistencia en el corregimiento, sin embargo, doña Isabel nos narra como a partir de la organización de las actividades de subsistencia entre los miembros de su familia lograron sobrellevar tal percance:

Si el uno se va a trabajar, trabaja para la comida, el otro trabaja para proyectarnos para cambiarle el techo a la casa porque estamos ya caóticos, y así, íbamos lunes y martes a los zanjones (minería de aluvión) y trabajábamos para la comida, cuando no estudiaban porque cuando estudiaban yo veía como el tiempo lo distribuía, a veces dos días a la agricultura dos o tres días a las mina, el día domingo me iba y compraba el mercado a veces hasta el día domingo me tocaba trabajar (Isabel Valverde, 2015, entrevista).

Otra de las suficiencias nos la ilustra el relato anterior. Es muy común escuchar dentro de la comunidad de La Toma la expresión: “nosotros partimos la semana”, para referirse a las actividades productivas y el tiempo a la semana que le dedican a cada una de estas. Lo más usual es que se dediquen los dos primeros días de la semana a las labores de la agricultura, y de miércoles a sábado, la mayoría de habitantes se vuelca a los zanjones o socavones a sacar los “oritos” que es lo que resolverá rápidamente la iliquidez económica. Esta suficiencia está ligada a la proliferación que tuvo la minería en la zona de montaña a partir de la pérdida de las otras fuentes de subsistencia por la construcción de La Salvajina, lo que provocaría un vuelco en la relevancia de la agricultura como la principal actividad productiva de subsistencia, este tema lo trataremos en el siguiente capítulo.

La tercera y última suficiencia que se identificó fue un mecanismo de ahorro comunitario llamado “cadena”, nos cuenta doña Pola cómo funciona y la ayuda que ha significado para ella y su familia:

Ahora por la cadenas, que uno se mete a una cadena, se hace el esfuerzo de pagar 20 mil semanal y uno ya recibe la cadena y ya tiene visión de coger y decir la voy a emplear, este techo fue gracias a base de cadena, a base de colaboración porque los hermanos me colaboraron con la mano de obra para echar la plancha sin cóbrame un peso, aquí nos colaboramos los unos a los otros (Ana Apolonia González, 2015, entrevista).

Este tipo de ahorro comunitario o familiar, generalmente se hace entre 10 o 20 personas que convienen la periodicidad, la suma del aporte y la forma en que cada persona va a recibir el pago. Este ahorro habitualmente es usado por los habitantes de La Toma para costear los gastos del cultivo de café así como para invertir en infraestructura para la minería de filón.

En efecto, las suficiencias íntimas que se pudieron identificar, se presentan como formas y lugares de elaboración a partir de la improvisación recursiva de los pobladores de La Toma, que se han propiciado a partir de las prácticas locales contenciosas, como la agricultura, en los bagajes históricos acumulados, a propósito nos ilustra Arboleda (2011) sobre las suficiencias íntimas:

[Son] cúmulos de experiencias y valores siempre emancipatorios; reservorio de construcciones mentales operativas, producto de las relaciones sociales establecidas por un grupo a través de su historia, que se concretan en elaboraciones y formas de gestión efectivas, verbalizadas condensadamente en ocasiones, siendo orientaciones de su sociabilidad y su vida. Son suficiencias en la medida en que no parten de las carencias, sino que insisten ante todo en un punto de partida positivo, vivificante para el individuo y su comunidad, no propiamente en una actitud permanentemente reactiva frente a los otros (Arboleda, 2011: 12).

Ahora avanzaremos en las estrategias de resistencia que generó la organización social de los pobladores de La Toma en torno a la defensa de su territorio, que se fue concretando a mediados de la década de 1990, con el reconocimiento constitucional de las poblaciones negras como grupo étnico y como respuesta al proceso de privatización de la represa La Salvajina y el nuevo proyecto de expansión de la misma con el desvío del río Ovejas, otro de los afluentes de importancia no sólo para la comunidad de La Toma sino para comunidades negras e indígenas asentadas, río arriba y río abajo.

### *Resistencia y organización étnica frente al avance neoliberal en La Toma*

La década de 1990 iniciará con un nuevo panorama macroeconómico mundial: la implementación de reformas de apertura económica mundial para la liberalización de los mercados; la neoliberalización<sup>11</sup> establece un escenario macroeconómico donde se

---

<sup>11</sup> Este enfoque económico surgido de los planteamientos neoclásicos, empezaría a tomar fuerza desde finales de la década de 1970, donde la crisis de la deuda externa en los países Latinoamericanos

pueda lograr la eficiencia y la maximización del crecimiento económico. En la región del Alto Cauca se emprenderá el viaje hacia la integración económica mediante directrices externas apoyadas desde la esfera estatal donde se impulsará la privatización de las empresas públicas y se ampliará la participación del mercado financiero con el fin de facilitar la afluencia del capital extranjero y por esa misma vía reducir la intervención estatal (Kay, 2007: 18).

En el año de 1993 se legislaría una de las varias reformas que apalancarían el mayor proceso de privatización en Colombia, la Ley 99 de 1993 reformaría las corporaciones autónomas para independizar su gestión ambiental del negocio de la energía, creando en 1995 la EPSA (Empresa de Energía del Pacífico) con el fin de relevar a la CVC en la producción de energía, aunque la empresa fue pública durante dos años, en 1997, bajo la Ley de Privatizaciones o Ley 226 de 1995, fue vendida a un consorcio internacional (Vélez y Vélez, 2011: 9).

Según Vélez y Vélez (2011), los impactos locales de la privatización de la represa La Salvajina y su venta a la multinacional española Unión FENOSA se muestran en el conflicto entre las poblaciones del municipio de Suárez y la EPSA en el periodo de cambio de propietario. El motivo, argumentan los autores, se debe a la ambición de los primeros dueños privados de aumentar la generación de energía y expandir el sistema eléctrico para suplir el 44% de la demanda de energía que en 1995 se importó al departamento del Valle del Cauca. En efecto, la EPSA diseñó el Plan de Expansión del Sistema Eléctrico para el periodo comprendido entre 1996-2010, el cual incluyó la desviación del río Ovejas al embalse de La Salvajina. No obstante, la desviación del río Ovejas tan sólo representaba el 1,5% del proyecto de expansión que, por su magnitud, se presentó como una amenaza para las poblaciones locales, entre estas el corregimiento de La Toma, donde parte de sus actividades de extracción artesanal de oro, recreativas y culturales estaban supeditadas, después de la pérdida del río Cauca, al río Ovejas (Vélez y Vélez, 2011: 10; Vélez et al., 2013: 179).

Nuevamente, la comunidad de La Toma se vería amenazada por fuerzas externas ahora de capital privado extranjero que mediante sus representaciones del espacio geográfico de la región del Alto Cauca como un “espacio abstracto” de mercaderías, en

---

obligaría a la implementación e inserción de estas políticas y estrategias agenciadas desde el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial en la década de 1980 y 1990.

el marco de procesos globales de re-estructuramiento del capitalismo, tratarían de profundizar el proceso de despojo y empobrecimiento que significó la represa La Salvajina para sus pobladores. Ararat et al. (2013) documenta, que el río Ovejas constituye en los más profundo una referencia a la resistencia, a la permanencia en el territorio y a la dignidad, después de haber perdido el río Cauca y la experiencia vivida en torno a La Salvajina, los sentimientos hacia el río Ovejas crecieron y el afluente ha cobrado mayor importancia: “el Ovejas está en el centro mismo del ser tomeño y por esa razón se escuchan frases como”: “lo defenderemos a muerte” (Ararat et al., 2013: 160).

En consecuencia, frente a estos sucesos se generaron nuevos procesos de organización en la comunidad de La Toma, donde la experiencia ganada luego de la construcción de La Salvajina permitió responder de forma informada y con amplia participación de las comunidades. Al respecto Vélez y Vélez (2011) exponen que gracias al amparo encontrado en la Ley 70 de 1993, la cual legisla los derechos de las comunidades negras en Colombia, los habitantes de Suárez realizaron un estudio propio que determinó que de 41 impactos del desvío del río Ovejas, sólo 5 serían positivos.

Aunque la confrontación en defensa del río Ovejas y del territorio frente a la EPSA resultó en un estudio de impacto ambiental para el trasvase, reglamentado por el Ministerio del Medio Ambiente, la Procuraduría y la Defensoría del Pueblo, el cual se demostraría inviable en 1997 (Vélez et al., 2013: 179), hasta ese momento, aunque creado el Consejo Comunitario de La Toma en el año de 1994, la titulación colectiva de tierras reconocida dentro de la Ley 70 no se ha podido llevar a cabo ya que algunas de las condiciones que esta exige para que una comunidad negra sea reconocida como sujeto de derechos no se cumplen en la región: la exigencia de territorios baldíos ocupados por poblaciones negras, que como hemos podido ver a lo largo de este documento, la comunidad de La Toma en sus varios periodos históricos, sus antepasados han habitado y apropiado el territorio desde el siglo XVII y este fue comprado a comienzos del siglo XX por las actuales familias que lo habitan.

En este sentido, como lo argumenta Ararat et al. (2013), además de ser un asentamiento ancestral que da legitimidad a esta presencia, hay propiedad legal sobre la tierra (Ararat et al., 2013: 164). Lo que evidencia, por parte de las autoridades estatales, un desconocimiento de las especificidades de los procesos históricos de apropiación y

defensa del territorio que, sin embargo, los tomeños desde su Consejo Comunitario siguen manifestando y reivindicando su presencia ancestral en este territorio y sus derechos como comunidades negras reconocidos en la Constitución colombiana de 1991. Sobre el tema del proceso de organización étnica de la comunidad de La Toma y la consolidación de reivindicaciones en torno a la defensa de su territorio ancestral ligado a la práctica minera como proceso de identificación avanzaremos en el próximo capítulo.

### **“Espacio abstracto” vs “espacio diferencial”: pérdida de referentes identitarios y emergencia de suficiencias íntimas**

En el periodo analizado, 1980 a 2000, se pudo establecer que dada la ubicación de la región del Alto Cauca donde se encuentra contenida la localidad de La Toma, se produjeron en este espacio geográfico dinámicas políticas y económicas que insertaron a la región a los procesos globales de re-estructuramiento del capitalismo (Oslender, 2002: 14).

A partir de representaciones del espacio dominantes, agenciadas por sectores públicos y privados hegemónicos, se dio un proceso de producción de la región del Alto Cauca como un espacio legible homogéneo a través de una lógica de visualización hegemónica, que se expresó material y discursivamente, en la implementación de proyectos de desarrollo regional como el proyecto multipropósito de regulación del río Cauca, que tendría como gran obra de infraestructura la represa de La Salvajina en inmediaciones de parte de la localidad de la comunidad de La Toma. Al representarse el espacio geográfico de la región del Alto Cauca desde saberes expertos, teniendo como principal fundamento el ideario de desarrollo nacional, desde las premisas de desarrollo económico impulsado por la Misión Currie y el Banco Mundial, se erigiría la región como un “espacio abstracto” donde el capitalismo y la ley de mercado como lógica dominante llevarían a la mercantilización de la vida social allí asentada, su entorno natural y recursos.

De este proceso, evidenciamos las estrategias y mecanismo espaciales de despojo, de las cuales identificamos tres tipos: política, territorial y burocrática, que la lógica de visualización hegemónica, estatal y terrateniente, llevó a término con el propósito de ganar acceso y control sobre los recursos, agua y tierra, de la cuenca de la

región del Alto Cauca, teniendo como consecuencia cambios sustanciales e irreversibles en las formas de vida constituidas por los pobladores de la comunidad de La Toma, desde el asentamiento de los primeros negros libertos, teniendo como escenario típico y común de la localidad el río Cauca y sus vegas.

La pérdida del control y uso de los recursos agua y tierra por parte de los habitantes de La Toma, tuvo como consecuencia la pérdida del primer polo de identidad así como el trastoque de segundo polo que identificamos para el periodo de 1950 a 1980. La pérdida del primer polo de identidad, el río Cauca, mediante los mecanismos y estrategias de despojo ya mencionados, les arrebató a los habitantes de La Toma parte de su localidad y uno de sus referentes identitarios. Con la inundación del río, los pobladores negros perdieron el eje articulador de las actividades y prácticas productivas, que había actuado, en la cotidianidad, como espacio rutinario de interacción colectiva desde el que se desplegaba un sentido de lugar y de pertenencia a este.

Así mismo, la pérdida de las tierras productivas y las fincas, a partir de la construcción de la represa La Salvajina y la implementación de políticas de desarrollo rural, a partir de estrategias de asistencia técnica que resultó en la transformación de las prácticas agrícolas tradicionales, produjeron un trastoque en las lógicas históricas y formas propias de hacer la agricultura al interior de la comunidad, estas lógicas que actuaban como principios y disposiciones que le daban orden al mundo socio-natural de la localidad de La Toma, con la pérdida de las fincas en las vegas del río Cauca y la desarticulación de las formas colectivas de trabajo por la emigración de sus gentes, el ritmo colectivo desplazó a la práctica agrícola como polo de identidad, dándose la emergencia de un proceso de identificación con la práctica minera, dejando a la agricultura un tanto relegada por los costos de producción, la improductividad de las tierras y los bajos ingresos económicos.

Frente al andamiaje discursivo y material de las representaciones del espacio dominantes, que hicieron de la región del Alto Cauca un “espacio abstracto” de mercaderías, los pobladores de La Toma generaron dinámicas de confrontación al tener sus propias representaciones e interpretaciones del espacio geográfico del Alto Cauca, creando, desde el espacio vivido un “espacio diferencial” con el propósito de permanecer en su localidad. De este proceso emergieron conocimientos y suficiencias íntimas relacionadas a la práctica agrícola y su continuidad mediante la recolección de

semillas y la puesta en función de terrenos en las montañas, los tiempos a la semana compartidos entre las prácticas productivas, en la lógica de “nosotros partimos la semana”, y la implementación de “cadenas” como sistema de ahorro.

Al mismo tiempo, a mediados de la década de 1990, el “espacio abstracto” de la región del Alto Cauca profundizará las prácticas de despojo hacia la comunidad de La Toma, con la privatización de la represa de La Salvajina y el nuevo proyecto de trasvase del río Ovejas, contexto que ahondará la relación dialéctica entre “espacio abstracto” y “espacio diferencial”, constituyéndose estas dinámicas de despojo, sus actores y dinámicas como un exterior constitutivo antagónico desde el cual, la comunidad de La Toma responderá a partir de su organización y movilización política mediante el reconocimiento como sujetos de derechos étnicos, establecidos en la Constitución colombiana de 1991 y reglamentados en la Ley 70 de 1993. De esta manera, se dará la emergencia de un proceso de identificación a partir de la reivindicación de derechos étnicos a partir de la diferencia cultural, que se concretará en la construcción de una identidad a partir de las políticas de representación, que tendrá como ingrediente fundamental la ancestralidad.

**CAPITULO V**  
**“NOSOTROS SOMOS AGRO-MINEROS”: PROCESO DE IDENTIFICACIÓN**  
**ÉTNICA Y REVITALIZACIÓN DE LAS PRÁCTICAS PRODUCTIVAS DE**  
**SUBSISTENCIA EN LA TOMA, 2000-2015.**

Entrado el nuevo milenio, la región del Alto Cauca y sus poblados empezarán a vivir el avance de la industria extractivista de oro por cuenta de capital nacional y extranjero. Para el corregimiento de La Toma la llegada de retroexcavadoras de capital antioqueño y de multinacionales mineras reforzada por la aparición del grupo paramilitar AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), amenazará la proliferación de la práctica minera ancestral como fuente económica de subsistencia, después de la pérdida sistemática de las tierras y fincas en las vegas del río Cauca por parte del proceso de regulación del río y la construcción de la represa La Salvajina. En este contexto de acaparamiento de tierras y recursos naturales con fines extractivos y la expansión de la violencia por parte de actores armados ilegales, se afianzará el proceso de organización étnica a partir del Consejo Comunitario de La Toma exigiendo ante el Estado y sus instituciones la efectividad de los derechos étnicos y territoriales reconocidos a las comunidades negras por la Constitución Política de Colombia de 1991 y la Ley 70 de 1993 o “Ley de Negritudes”.

En efecto, la cotidianidad de los habitantes de La Toma en la primera década del siglo XXI se desenvolverá mayoritariamente en las actividades propias de la minería a la que denominan ancestral y el alcance de los medios para su logro, lo que acarreará el debilitamiento sistemático de la práctica agrícola y de las relaciones sociales y colectivas que la sustentarían. No obstante, los últimos años, con la dificultad que ha presentado la extracción del oro de manera artesanal, la agricultura y el cultivo de café se han vuelto a presentar como posibilidad económica y de subsistencia dentro de los habitantes de La Toma, circunstancia que posibilitará, nuevamente, la complementariedad de las dos prácticas productivas dentro de la comunidad y un proceso de identificación con estas.

## **Panorama de la primera década del siglo XXI en La Toma: organización étnica y minería ancestral entre el avance de la gran minería y la violencia paramilitar**

Tras conseguir que el proyecto de trasvase del río Ovejas fuera considerado inviable por las autoridades estatales y regionales del departamento del Cauca, parecía que el Consejo Comunitario de La Toma y sus habitantes habían logrado salir airosos sobre los intereses privados y los proyectos de despojo a partir del empoderamiento político logrado desde el reconocimiento de los derechos étnicos de las comunidades afrocolombianas y las exigencias de autonomía territorial.

El reconocimiento jurídico de la condición étnica de las poblaciones negras en Colombia, se realiza sobre la base de un imaginario particular que resalta necesariamente los atributos visibles que definen las condiciones de un grupo étnico: cultura propia, territorio, tradiciones y formas de gobierno propio (Wade, 1996: 289). Consecuentemente, a partir de la Constitución Política de 1991 por medio del AT55 y la Ley 70 o “Ley de Negritudes” se da la recolocación de “lo negro” en los ámbitos cultural y político de la sociedad colombiana, que propiciaría una construcción discursiva de la identidad en términos étnicos (Escobar, 2010: 232).

De esta manera, la organización de las poblaciones negras, en este caso la comunidad de La Toma organizada desde su Consejo Comunitario, empieza a tener mayor visibilidad en los escenarios de confrontación política a partir de su diferencia cultural que tendría como punto nodal su articulación a la política de identidad negra a escala nacional, que con la expansión e inserción de dinámicas de despojo de tierras y desplazamiento por cuenta de actores externos con intereses económicos sobre su territorio, asumiría desde esta política de representación un proceso de identificación como actor colectivo desde un “modelo de identidad” étnica que tendrá como punto central la ancestralidad, desde un correlato de huellas de africanía (Losonczy, 1999: 13).

En este contexto organizativo y de identificación, desde el año 2000, la comunidad de La Toma enfrentará la amenaza territorial más violenta en la historia del corregimiento. Según Vélez y Vélez (2013), el arribo al territorio del grupo paramilitar AUC se daría después de conseguir por medio de la fuerza militar el control territorial de la región del Naya, corredor de la Cordillera Occidental hacia el Océano Pacífico (Vélez y Vélez, 2011: 10-11). Comandado por Hébert Veloza alias H.H, la coordinación y control territorial se realizaría desde el vecino municipio de Timba, las acciones que

se efectuarían por medio del control militar serían la migración forzada, el asesinato masivo y selectivo y las amenazas y criminalización de líderes locales. A partir de esta coyuntura las comunidades negras denunciaron que durante este periodo (2000-2004), se otorgarían títulos mineros a personas jurídicas y empresas privadas sin la ejecución de la consulta previa, libre e informada, requerida en territorios poblados por comunidades afrodescendientes (Vélez et al, 2013: 180).

La presencia paramilitar, sustentan Vélez et al. (2013), Vélez y Vélez (2011) y Ararat et al. (2013), facilitó las actividades de exploración minera en la medida en que propició el desalojo de pobladores locales, presionó por vía de las armas la venta de predios así como controló la movilización y denuncia de los líderes a través del asesinato, amenaza y desplazamiento. Resultado de estas operaciones, la sociedad Kedahda S.A., filial en Colombia de la corporación multinacional Anglo Gold Ashanti, en el año 2004 obtuvo “la titulación de 50.000 hectáreas entre los municipios de Suárez y Buenos Aires para la explotación de oro y otros minerales” (Vélez et al., 2013: 180). Asimismo, esta empresa también ha utilizado la figura de testaferrato a través de la titulación a nombre de personas naturales que después hacen el traspaso de estos a la empresa (Observatorio de Discriminación Racial, 2011: 32).

A partir del año 2004, después de la salida de las AUC de la región, los titulares solicitarían el primer amparo administrativo con la finalidad de desalojar a los pobladores y mineros tradicionales del área titulada, entre estos a los mineros de La Toma. En el año 2006, la comunidad de La Toma en compañía de otras comunidades y organizaciones sociales de la región, se movilizó en dos masivas marchas hacia la ciudad de Cali así como a partir de su participación en la Minga Indígena y Popular que pacíficamente se asentó en la hacienda La María con el fin de coordinar una serie de exigencias al gobierno regional y nacional para la garantía de los derechos étnicos de las comunidades asentadas en el Alto Cauca. En el 2008 llega la empresa Anglo Gold Ashanti, multinacional minera. A su vez, en el año 2009 el Consejo Comunitario de La Toma solicita que se otorgue títulos colectivos sobre el territorio según los derechos constitucionales y la Ley 70, al mismo tiempo, Ingeominas concede el amparo administrativo solicitado en 2004 por la Anglo Gold Ashanti y ordena el desalojo (Observatorio de Discriminación Racial, 2011: 36).

Cerca de 1300 familias decidieron no desplazarse a pesar de las amenazas recibidas por los grupos paramilitares Águilas Negras y Rastrojos. Como estrategia de movilización, en 2010 el Consejo Comunitario de La Toma interpone una acción de tutela para revocar los títulos mineros otorgados en el territorio sin consulta previa. Aunque fue negada en primera instancia, la tutela fue revisada por la Corte Constitucional, y el 25 de abril de 2011 se hace pública la sentencia T-1045A, por medio de la cual la Corte reconoce el derecho de las comunidades afrodescendientes locales a su territorio y ordena la suspensión de todo título o proyecto que no haya sido legítimamente tramitado a través de una consulta previa con las comunidades, no obstante, como lo expresa Vélez et al (2013), dos días después de hacerse pública la sentencia, cuatro retroexcavadoras a la custodia de grupos armados ilegales llegaron a excavar ilegalmente al río Ovejas (Vélez et al., 2013: 181).

Evidentemente, la organización étnica desde el Consejo Comunitario de La Toma, se hace concreta en la defensa de su territorialidad, entendida ésta como el espacio material y físico que está en el centro de sus actividades, particularmente la minería. La resistencia y lucha por la tierra es, al mismo tiempo, una lucha por el espacio, sus representaciones e interpretaciones. Donde el Consejo Comunitario articula sus espacios de representación ricos en simbolismos, significados y conocimientos locales, que configuran su “espacio diferencial” y desafían a las representaciones del espacio dominantes, que cerca de 40 años han hecho de la región del Alto Cauca un “espacio abstracto” no sólo con potencial para el desarrollo regional, sino también como un espacio de mercaderías para los procesos globales de re-estructuramiento del capitalismo, como lo es la industria extractivista.

Ciertamente, como lo señala y analiza Vélez et al. (2013), el avance y localización de la industria extractivista se sustenta en un modelo de despojo que en su incursión en territorios como La Toma, consiste en una “relación de simbiosis” donde las empresas privadas obtienen provecho de las acciones paramilitares. En consecuencia, argumenta Vélez et al. (2013), que el periodo de control ilegal por parte de las AUC coincidió con el auge de titulación; que las amenazas proferidas por las AUC coinciden con los momentos de mayor denuncia y movilización de la comunidad. Por el lado de las empresas se hace necesaria para su avance la utilización de personas

jurídicas como fachadas de sus intereses y a la vez el ocultamiento de sus vínculos con los actores ilegales y las acciones que estos perpetúan sobre las comunidades.

De este modo, la “relación de simbiosis” para el caso puntual de La Toma ha tenido los siguientes rasgos:

(i) las multinacionales van detrás de una minería a cielo abierto, por lo cual la minería que hagan las retroexcavadoras en los lechos del río no compite con los recursos mineros que aspiran extraer; (ii) la avanzada de los colonos y de su seguridad privada sirve como un primer acercamiento de confrontación y desgaste con las comunidades, con el cual se generan desplazamientos y se debilitan algunas de las estructuras sociales y respuestas de oposición por parte de la comunidad; y, (iii) la presencia de los colonos tiene el efecto demográfico y social de disminuir la proporción de habitantes Afrodescendientes y deslegitimar los derechos étnicos como la consulta previa (Vélez et al, 2013: 182).

A lo que se suma la desatención del gobierno local y regional, que evade sus responsabilidades con el propósito de eludir la confrontación, sin embargo, en la mayoría de los casos es en estas esferas de poder y sus funcionarios desde donde se favorecen corruptamente los intereses de los actores privados, con todo, se hace preciso cuestionar la capacidad del Estado, de sus instituciones, sus prácticas e intereses en hacer efectivos los derechos de las comunidades negras, que pareciera se ve desprovistas de una institución que garantice y vele por sus derechos (Vélez et al, 2013: 183).

Las organizaciones étnico-territoriales como lo es el Consejo Comunitario de La Toma, defienden sus derechos a una diferencia cultural directamente vinculados al control de sus territorios, que desde una identidad política organizada y coordinada negocian frente al gobierno de turno, respuestas a los conflictos locales de especulaciones territoriales y apropiación de recursos naturales por parte del sector privado, representado por las corporaciones internacionales y empresas nacionales de extracción de oro, y al mismo tiempo, “confrontan las decisiones del gobierno nacional de abrir la región para nuevas relaciones globales y definirla en nuevos espacios de representación siguiendo modelos globales de generación de riqueza” (Oslender, 2002: 14). Es aquí cuando esta comunidad en cabeza de su Consejo Comunitario se ve obligada a acudir a diferentes instancias, como a las redes de solidaridad internacional,

con el objetivo único y fundamental de proteger sus vidas y defender su territorio y su cultura por medio de la reivindicación de sus derechos.

Ahora bien, teniendo este esbozo del panorama de la primera década del siglo XXI en la comunidad de La Toma, caracterizada por el fortalecimiento de su organización étnica y lucha por el control de su “espacio diferencial” frente a las amenazantes representaciones del espacio dominantes, nos detendremos en las características del proceso por el cual la práctica minera se fue tornando como medio de subsistencia principal de nuestra comunidad y, al mismo tiempo, bandera en la defensa del territorio y la identidad étnica de los tomeños.

*“La gente dijo no a la agricultura, me voy pa’ la mina allá diario tengo plata”<sup>12</sup>*

La siembra y cosecha de cultivos de pan coger y de comercialización dentro de la comunidad de La Toma fue menguando a causa de las transformaciones provocadas por la construcción de La Salvajina: pérdida de las fincas y de las tierras fértiles lo que provocó el restablecimiento de las fincas en las “lomas”, tierras duras y poco fértiles. Sumado a este factor determinante para la producción y la productividad de los cultivos, la inserción de nuevas prácticas agrícolas acorde a la modernización de la agricultura: tecnificación de cultivos y uso extensivo de insumos para acrecentar la producción, abonos, fertilizantes y plaguicidas acrecentaron los costos de producción, lo que en combinación con la inestabilidad del mercado del café y sus precios irregulares, fue debilitando la agricultura y su quehacer dentro de la comunidad así como generó el desplazamiento de la fuerza de trabajo hacia otras fuentes de ingreso, en este caso hacia la minería. Con respecto a este proceso dos abuelos expresan:

Don Lino:

Como en su mayoría se volvieron mineros por los precios variables del café, precios variables de los productos, precios variables la panela, que hoy está a un precio y mañana a otro. (José Lino Carabalí, 2015, entrevista)

Doña Isabel:

Ha menguado la sembrada de maíz, el frijol ahí por temporadas, sembramos una cantidad que no hay quien nos compre. La yuca también ha menguado la sembrada porque cuando uno siembra en cantidad se rebaja y eso no le queda, la papaya, naranja, los arboles también es con abono... Se ha dejado de cultivar lo que se daba allá.

---

<sup>12</sup> Entrevista a José Lino Carabalí, 06/07/2015.

Ahí ha menguado bastante los cultivos, porque lo que se daba allá ya no se da acá (Isabel Valverde, 2015, entrevista).

En efecto, los habitantes de La Toma se vieron forzados a incrementar la minería en la zona de montaña, explica Vélez et al. (2013), que esta actividad productiva se intensificó de tres formas: a) incrementando la realización de minería de aluvión en el río Ovejas y en quebradas; b) buscando opciones de excavación superficial y extracción de oro por lavado; c) abriendo nuevas minas y profundizando las existentes para la extracción de oro filón (Vélez et al., 2013: 178).

Valiéndose de los conocimientos que a lo largo de los años le fueron dando forma al trabajo en las minas, las técnicas tradicionales se fueron combinando con nuevas herramientas y formas de trabajo, Ararat et al. (2013) manifiesta que este proceso “ha ido perfilando un conocimiento local especializado en la producción de oro y un nuevo tipo de economía alimentada por la experiencia acumulada a través de los siglos” (Ararat et al., 2013: 198).

Se pudo establecer mediante el Censo Agro-minero realizado por el Consejo Comunitario de La Toma en el primer semestre del 2015<sup>13</sup>, que la práctica minera en La Toma es realizada de cuatro formas de las cuales la participación de los habitantes es variada: a) las tradicionales “covas” a la orilla de los ríos y quebradas, minería aluvial a orillas del río Ovejas también conocida como aluvión zanjón, del total de la población encuestada el 8% se dedica a esta; b) los también tradicionales socavones en los cerros y montañas, los cuales se trabajan con mazos y cinceles, a la minería de filón socavón se dedica el 25% de los encuestados mientras que a la minería de aluvión socavón se dedica el 50%; c) la más reciente minería de “chorreo” o a “tajo abierto” en la cual, por efecto de lavado, se extrae el oro sedimentado, a la minería aluvial en las lomas y montañas se dedica el 17% de los habitantes encuestados; d) la minería de filón con explosivos, aunque no se obtuvieron datos sobre esta forma de minería, por conversaciones y acompañamiento a las minas se pudo establecer que esta se viene adelantado ya varios años. En cuanto al tiempo por semana dedicado a la minería por parte de la población encuestada el 51% trabaja tres días a la semana, el 23% cuatro

---

<sup>13</sup> El Censo Agro-minero organizado desde el Consejo Comunitario de La Toma llevado a cabo en los meses mayo-junio del 2015, del cual esta investigadora hizo parte como encuestadora, se basa en 120 encuestas realizadas a cabezas de familia del corregimiento, jefes y jefas de hogar.

días a la semana, el porcentaje restante se divide entre cinco y seis días a la semana (ver foto 4).

Las cuatro formas presentadas, después de extraer el material lo procesan en su última fase a través del “barequeo” o “mazamorreo” con batea de madera, en donde es posible separar el oro por efecto del movimiento de los cuerpos y por decantación de los materiales. Así mismo, dependiendo del capital con el que cuente el grupo de personas que trabajen la minería de socavón, aluvión o filón, el material extraído es sometido a un proceso de trituramiento por medio de cilindros o “cocos manuales o mecánicos que ayudan a reducir el material” (Vélez et al., 2013: 177).



**Autor:** Laura Cortés (2015) (Foto 4: Minería a tajo abierto)

Actualmente la práctica minera local -“miniar<sup>14</sup>”- es considerada por los habitantes del corregimiento de La Toma como uno de los trabajos que les fue heredado por sus antepasados por medio de un legado de luchas desde las cuales lograron alcanzar su autonomía y la creación de sus propios ritmos de trabajo individual y colectivo mediante las relaciones comunitarias localizadas. Los tiempos y ritmos de trabajo, se eligen como una opción de vida, es decir, que el trabajo en la mina permite la independencia en el manejo de los horarios así como la toma de decisiones acerca de la cantidad de tiempo que se le quiere dedicar a la extracción del metal. Aunque el trabajo en las minas requiere de un gran esfuerzo físico, este no es vivido como explotación ni

---

<sup>14</sup> Expresión que generalmente utilizan los habitantes de La Toma al referirse a la práctica minera.

está ligado a la acumulación y enriquecimiento sino a la posibilidad de tener autonomía y tranquilidad de decidir sobre el tiempo que se emplea y el cómo se quiere emplear (Ararat et al., 2013: 233).

En cuanto a la división del trabajo en las minas, la participación de mujeres y hombres es parecida aunque los oficios varían dependiendo si el trabajo se hace individual o grupalmente. Generalmente las funciones de los hombres es picar y de las mujeres es lavar, y la carga de material suele ser compartida. La división del trabajo también depende del tipo de mina, cuando es mina de aluvión hay mayor igualdad en las funciones cumplidas por hombres y mujeres, mientras que en las minas de filón se necesita más participación masculina. En cuanto a la participación de las mujeres en la minería, esta les permite tener cierta igualdad en lo relacionado al manejo de dinero y algunas decisiones dentro del hogar.

Generalmente, las minas donde se trabaja son de propiedad familiar donde convergen los habitantes de La Toma, individual o colectivamente, y se establecen vínculos entre el trabajo, la producción y la familia. Sin embargo, como expone Ararat et al. (2013), las ganancias son para cada uno de los que trabaja con el fin de solventar las necesidades básicas que la producción de la finca no cubre. Los “oritos” que se obtienen durante la semana de trabajo son vendidos en el mercado del corregimiento, el cual funciona los días domingos, por un gramo de oro los compradores están dando alrededor de 70.000 pesos, pero el reunir esa cantidad puede tardar más de una semana de trabajo y depende de la “suerte” con que cuente el minero.

Como se ha señalado, la proliferación y dependencia económica a la práctica minera en la comunidad de La Toma fue consecuencia de la pérdida de la localidad y de las actividades productivas de subsistencia que esta comunidad había constituido a lo largo de más de medio siglo en las vegas del río Cauca, siendo fundamental la agricultura y su quehacer para los ingresos económicos así como para la reproducción de las relaciones familiares y colectivas que le daban forma y sentido a su estar en el mundo. Evidentemente con el debilitamiento de la agricultura como actividad de subsistencia, la minería y su quehacer reaparece como una de las suficiencias íntimas, siendo al lado de la agricultura, una de las prácticas productivas heredadas por los ancestros que despliega la comunidad de La Toma en su proceso de resistencia concretando y afirmando su existencia.

En consecuencia, con la entrada e instalación de proyectos empresariales de minería a gran escala y su “relación de simbiosis” con grupos al margen de la ley, la comunidad de La Toma ha condensado en su proceso de resistencia y organización étnica política, la defensa de su territorio como “espacio diferencial” y la profunda divergencia de sus prácticas mineras frente a la gran minería, puesto que no sólo está en juego su área de explotación minera sino la defensa y protección de la comunidad y de unas formas particulares y propias de hacer y estar en el mundo.

En ese sentido, como lo expresa Ararat et al. (2013), la ancestralidad que se defiende es el reflejo del sentido de pertenencia a la localidad, a “una memoria de las luchas y el trabajo realizado por los antepasados”, que han dejado una herencia que en la última década a proveído de autonomía económica y también ha sido clave para fortalecer su proyecto político (Ararat et al., 2013: 235).

De esta forma, la minería se presenta como otra práctica local contenciosa, que en las luchas históricas duraderas que han agenciado los habitantes de La Toma, en este periodo desde la organización política de tipo étnico, se ha gestado un proceso de identificación étnica donde la minería se la ha constituido discursiva como materialmente como una práctica ancestral. En efecto, esta práctica y actividad productiva de subsistencia es ancestral en tanto fue realizada, aprendida y reproducida desde el primer asentamiento de negros esclavizados en el siglo XVII en la región del Alto Cauca, y en su devenir histórico ha sido clave en la reproducción de las formas de vida de la comunidad de La Toma, en la constitución de mundo socio-natural y en tiempos más recientes como forma de resistencia situada siendo una suficiencia íntima, que actúa como insignia de defensa del territorio, los espacios de representación y la localidad, constituyéndose como polo de identidad en esta comunidad.

#### *Agricultura en la primera década del siglo XXI: debilitamiento de los saberes y habilidades propias del quehacer*

La agricultura y su quehacer en la comunidad de La Toma, como vimos en el capítulo III, se han producido en el devenir histórico mediante unos principios y disposiciones particulares, como lo son las relaciones de parentesco y de solidaridad, que fueron organizando los saberes y habilidades de esta práctica a partir de la participación situada de sus habitantes y los procesos de enseñanza-aprendizaje, como el acompañamiento de

los niños y jóvenes a las jornadas de trabajo de los adultos, en lo que llaman las Juntas de Trabajo, desde los cuales se fue haciendo colectividad y generando sentido de pertenencia a la comunidad, este proceso al cual llamamos ritmo colectivo, siendo el movimiento regular que garantiza la continuidad de la práctica así como de la identidad colectiva alrededor de la misma, en la primera década del nuevo siglo se verá debilitado en algunos principios y disposiciones que amenazarán la continuidad de los saberes y habilidades adquiridas de la práctica agrícola.

A continuación presentaremos tres de los principios-disposiciones que identificamos a partir de las entrevistas historia-en-persona realizadas a diferentes adultos y abuelos de la comunidad así como por los recorridos y acompañamientos a las fincas y jornadas laborales.

Con las fincas en las “lomas” y su baja productividad, la diversidad de cultivos de pan coger que hacían la dieta de los habitantes rica en alimentos y sabores se fue perdiendo. El primer principio-disposición debilitado está relacionado a los cultivos que fueron menguando hasta casi desaparecer de las fincas y de las dietas, estos fueron en su mayoría los tubérculos: mafafa, arracacha y arrascadera, nos cuenta doña Isabel que la gente le cogió pereza a rozar el monte para cultivarlas; en cuanto a los árboles frutales, es difícil encontrar: piña, papaya y tomate de árbol, nos cuentan los abuelos agricultores que por el cambio de clima efecto de la represa, entre el frío y la llegada de nuevas plagas no “levantan los árboles”; de los productos que se daban en las huertas, algunas hortalizas se dejaron de sembrar por la escasez de agua en las lomas.

De los productos y cultivos básicos como el plátano, el maíz, la yuca y el frijol también bajo su producción hasta el punto, como nos cuenta don Lino, que la gente tuvo que empezar a comprar estos productos por fuera, generalmente en el mercado de Suárez. Esta dinámica, al mismo tiempo, provocó la inserción de nuevos productos alimenticios dentro de la dieta de los tomeños como el arroz, el azúcar y la harina. En efecto, se puede ver como a partir del debilitamiento de la agricultura y la proliferación de la minería se dio la pérdida de la soberanía alimentaria y por ese mismo cauce el cambio de la dieta, que en el periodo de 1950-1980 era tan diversa así como contribuía a la autonomía de la comunidad.

El segundo principio-disposición debilitado está relacionado a las formas de trabajo colectivo, que como vimos basadas en el trabajo familiar y de compadrazgo en

las Juntas de Trabajo, aunque se llevan a cabo todavía, por los tiempos dedicados a la minería, las labores agrícolas y el trabajo en las fincas se han venido apoyando en el pago de jornales entre los mismos miembros de la comunidad: “siempre tiene que aspirar por el vecino que le dé un día de trabajo<sup>15</sup>” (José Líder Ibarra, 2015, entrevista). De aquí se desprende el tercer principio-disposición debilitado: las formas de enseñanza-aprendizaje situado.

Señalábamos en el capítulo III, que una de las cualidades del quehacer agrícola en La Toma era lo colectivo y las relaciones familiares de compadrazgo y de solidaridad, que la sostenían y aseguraban su continuidad. Ahora bien, el componente que garantizaba esta continuidad eran las dinámicas de enseñanza-aprendizaje situado que se desarrollaban con el trabajo familiar y en las Juntas de trabajo, al empezar a decaer estas formas de trabajo colectivo por la proliferación de la actividad minera en la comunidad y la obtención de ingresos económicos más rápidamente, la enseñanza-aprendizaje al parecer se centró en la minería dejando relegada a la agricultura por el trabajo y los tiempos que esta requiere.

Otra de las causas, sería la escolarización de los niños y jóvenes de la comunidad ya que no tendrían el mismo ciclo de enseñanza-aprendizaje por el que pasaron sus padres y sus abuelos, al mismo tiempo, este proceso de escolarización, como lo señala doña Isabel, ha producido un cambio de mentalidad de los jóvenes, los procesos de modernización e imposición de modelos de educación han hecho que los jóvenes quieran ejercer otros oficios o actividades económicas diferentes a las realizadas por sus padres y abuelos, ya que por medio de estas es más fácil conseguir los medios económicos para mejorar sus condiciones de vida, en palabras de doña Isabel: “la idea de ellos no es como llevar esta misma vida que hemos tenido los adultos sino mejorar la condición de vida que no sean solamente trabajos fuertes” (Isabel Valverde, 2015, entrevista).

En consecuencia, como lo veremos en la segunda parte de este capítulo, la agricultura estará sostenida por los adultos y abuelos de la comunidad, con respecto a estas circunstancias, don Anatolio expone su punto de vista:

Los que trabajan son los adultos porque los jóvenes casi no están empapados en la agricultura, una parte porque se les da estudio y

---

<sup>15</sup> En recorrido y acompañamiento a las jornadas de trabajo en la finca de los Ibarra.

apenas salen de estudiar unos se van y otros que quedan por aquí, se adaptan a la mina porque siempre en la mina se ve el movimiento de cualquier peso en la mano entonces ya se ponen a ver que pa' ponerse a sembrar y aguantarse tanto años para poder cosechar, todo eso, entonces hoy día están por el billete, en la guerra del centavo, esa es la causa de que los jóvenes casi no, más bien se van a emigrar a otro lado y a la agricultura casi no le pegan, entonces la agricultura esta es sostenida es por los abuelos (Anatolio Lucumí, 2015, entrevista).

Ahora bien, a partir de los recorridos y acompañamientos a las jornadas de trabajo en las fincas, en los meses de junio y julio de 2015, nos aproximaremos desde un relato cotidiano a la actualidad de la agricultura en la comunidad de La Toma: horarios de trabajo, ejecución de labores propias del proceso de producción del cultivo de café, problemáticas entorno a la tecnificación de los cultivos, complementariedad entre agricultura y minería, que como prácticas locales contenciosas compondrán los polos de identidad en la actualidad de la comunidad de La Toma en el marco de su organización política étnica. Así mismo, para finalizar indagaremos sobre la noción de “vivir sabroso” como forma de vivir bien dentro de nuestra comunidad.

### **“Entre platanales, el café”: la agricultura en la actualidad tomeña**

La vereda de La Toma se despierta muy temprano, hombres y mujeres se levantan a eso de las 5 o 6 de la mañana, cuando el primer jeep que baja a Suárez pasa por la carretera principal pitando, avisando su salida; se visten, desayunan y se alistan para empezar las labores del día. Mientras niños y jóvenes caminan hacia la escuela del corregimiento, los adultos se dirigen a las fincas o a “los cortes” (minas), la mayoría de las fincas hoy en día están ubicadas cerca de las viviendas, algunas un poco más alejadas se encuentran a media hora de camino, que como hemos redundado en decir, se encuentran en las “lomas”.

Con machete y pala en mano, una jigra donde llevan algo de comida, bebida y un radio de pilas, los agricultores tomeños llegan a la finca y empiezan sus labores a eso de las 7 u 8 de la mañana. En La Toma, unos trabajan en la agricultura todo el día y otros sólo medio día, dependiendo de lo que se tenga que hacer o de las ganas que se tengan de trabajar, como don Nieves cuenta: “se le ha cogido mucha pereza a la agricultura”. Se les ve regresar de sus labores entre las 4 y 5 de la tarde como en

procesión, uno detrás de otro, con la carga de plátano al hombro que repartirán entre su casa, familiares, vecinos y animales.

En los meses de junio-julio, periodo del trabajo de campo, los agricultores tomeños se encontraban adecuando los terrenos de las fincas para sembrar los árboles de café, desyerbando y “enchusando” las plantas ya geminadas desde hace unos meses. Las labores de siembra se habían retrasado para muchos de los agricultores, dado a la intensificación del verano en la región, hacía más de un mes no llovía. Uno de los limitantes de la agricultura es la falta de agua que se deriva de la inexistencia de acueducto y alcantarillado en el corregimiento, que ha sido suplido por los habitantes por medio de aljibes y recolección de agua lluvia, de ahí que los cultivos y cosechas dependan de las lluvias así como las diferentes actividades básicas de la comunidad: lavado de ropa, limpieza en las casas, riego de huertas, etc.

De las fincas visitadas todas tienen sembrado café o están arreglando los terrenos para sembrarlo. Esto se debe a la revitalización que ha tenido la agricultura los últimos años, dado a las dificultades que se ha estado experimentado en la minería en cuanto a la extracción de los “oritos”, ya que cada vez está más profundo y la mayoría de los habitantes de La Toma no cuentan con el capital ni la infraestructura para hacer de esta actividad algo más tecnificado y rentable, de ahí que la agricultura vuelva a ser una opción para la mayoría de los habitantes del corregimiento, al respecto nos cuenta don Isidoro:

La agricultura viene en evolución porque ahorita la gente está retomando nuevamente la agricultura y ahorita está saliendo de aquí de la comunidad mucho café, eso ahora que fue la cosecha salió mucho café y la gente está sembrando 5000-6000 árboles, la agricultura aquí está nuevamente en evolución. (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista)

La agricultura vuelve a ser una opción para la mayoría de los habitantes de La Toma, con la propagación de cultivos de café de nuevo, que aunque requiere de altos costos de producción –insumos y semillas- la gente ve una oportunidad de obtener entradas económicas para el sostenimiento de sus familias. Con los programas de atención al caficultor de la Federación Nacional de Cafeteros, los agricultores tomeños han visto una opción para iniciar o darle continuidad a la producción de café en sus fincas, a partir

de las facilidades que da el programa en asistencia técnica y el “plante” para empezar con el cultivo: entrega de semillas y los primeros insumos, fertilizantes y plaguicidas.

En el caso de la finca de doña Isabel, hay más de 3000 árboles de café de la variedad “caturro” sembrados y dando el fruto; en el caso de José Líder Ibarra, tiene listos para sembrar alrededor de 5000 árboles de café de la variedad “castilla”; en la finca de don Anatolio hay 4000 árboles de café de la variedad “castilla” también, ésta variedad se caracteriza por no requerir de sombrío para su crecimiento y producción de la cereza. Como lo señalábamos anteriormente, las labores que realizaban los agricultores por los meses de junio-julio eran las de adecuación de los terrenos para la siembra del café y la “enchuspada” de las plantas ya germinadas. Ahora nos acercaremos al proceso de “semilleo” y “enchuspado”.

En la parte trasera de las viviendas, algunos de los habitantes de La Toma tienen sus huertas, en estas han adaptado “semilleros” artesanales hechos con guadua y plástico. En estos, la semilla de café se pone en la tierra a germinar, cuando la semilla bota sus primeras hojas y tiene raíz está preparada para ser “enchuspada”, se la pasa a una bolsa plástica negra con tierra y algo de fertilizante, orgánico o químico. La labor del “enchuspado” se realiza con el propósito de cuidar el crecimiento del árbol de café así como para realizar un proceso de selección de las plantas que serán sembradas definitivamente en las fincas, el periodo de “enchuspado” puede tener una duración de 3 a 6 meses dependiendo de las condiciones de los terrenos, también por las temporadas de lluvias y de la adquisición, por parte de los agricultores, de los abonos e insumos necesarios para su crecimiento y posterior cosecha de los frutos maduros; se siembra generalmente cuando la raíz mide más de 10 centímetros.

Paralelamente, se va realizando la adecuación de los terrenos para la siembra de café, esta labor la acompañé y realicé en la finca de José Líder Ibarra. Junto a Líder trabajaron otros dos abuelos agricultores de la comunidad, don Nieves y don Oto, a quienes les paga un jornal de 20,000 pesos, más el almuerzo y algunos racimos de plátano y banano de la finca. Los terrenos han estado descuidados durante unos 6 meses de ahí que tenga “el monte” crecido y que las labores de desyerbado requieran de más tiempo o de más fuerza de trabajo, pero como Líder no cuenta con tanto capital, se le alargó el tiempo de la desyerbada. La forma en que llevan a cabo la limpieza del terreno

es empezando desde la parte baja del terreno hacia la parte alta, como la finca queda en la montaña, dice don Nieves que así “es más fácil desyerbar”.

Mediante la observación y participación en la ejecución de las labores de desyerbado y preparación de los terrenos para la siembra del café, se pudo vivenciar que esta actividad requiere de una alta experticia en cuanto al manejo de las herramientas así como el conocimiento de las especies vegetales y animales que se encuentran en las fincas. Cuentan los tres agricultores, que fueron aprendiendo a desyerbar, sembrar y cosechar con el tiempo, mientras acompañaban a sus padres a las fincas a trabajar, en las Juntas de Trabajo y cuando levantaron su propia finca, a conocer cuáles son las plantas que hay en los terrenos, cuáles se deben arrancar y cuáles no, los tiempos de los cultivos y el uso de las herramientas; precisamente haciendo estas actividades pude presenciar como el ritmo colectivo, entendido como el movimiento regular y organizado que va envolviendo en sentido centrípeto el pulso de cada sujeto a la colectividad, mediante la sucesión del hacer-enseñar-hacer-aprender de la práctica agrícola va asegurando la presencia activa de la experiencia pasada, replicándola en el presente a partir de la participación situada de cada miembro de la comunidad, actúa como lo social incorporado o hecho cuerpo. El acompañamiento y experiencia del hacer de la agricultura, puso en evidencia como los cuerpos de estos hombres estaban provistos de conocimiento y al mismo tiempo, de arraigo a su entorno natural.

Por ejemplo, en la parte baja del terreno, me expresaban, es más fácil desyerbar porque las tierras son más húmedas, por esto la labor se hace con las manos. Conforme íbamos subiendo, la yerba era más dura, las raíces y las hojas más largas, que al arrancarse con las manos las cortan, por eso en esta parte del terreno para la realización de la labor es imprescindible el uso del machete y de la pala, sacando la yerba desde la raíz con movimientos de arriba hacia abajo, en posición hincada con la espalda doblada y la fuerza puesta en brazos y pies, la labor requiere de gran vitalidad y resistencia que se va obteniendo con la práctica recurrente.

Gracias a los platanales se trabaja a la sombra, dicen ellos que eso “hace el trabajo más llevadero”; mientras desyerban van hablando de diversos temas, las conversaciones giran en torno a las noticias recientes en Colombia, de los trabajos que han hecho en la semana, de lo que piensan cultivar, de la familia, de los precios de los

diferentes productos en los mercados a los que tienen acceso y de las personas que están arrendando sus terrenos para que otros siembren.

El trabajo en la finca es duro, requiere de fuerza y resistencia, como dicen los tomeños: “hay que estar alentado” para sentir energía al trabajar. Ese estar “alentado” o con el cuerpo fuerte para poder llevar a cabo los quehaceres diarios está directamente conectado con la alimentación:

El cuerpo es importante para todo tipo de trabajo y en especial para la agricultura, pero tienes tu que estar por ejemplo, bien alentado, bien alimentado para poder sentir ese vigor de trabajar, entonces para mi es importante eso, buena alimentación para tener el ánimo de trabajar bien. (José Líder Ibarra, 2015, entrevista)

Un buen sancocho a la hora del almuerzo es la mejor dosis para seguir el trabajo de la finca, con su buen plátano, yuca y el pedacito de carne o pollo, como lo relata doña Isabel, este tipo de trabajo fuerte no es para personas débiles:

Estos trabajos son fuertes, este trabajo no es para débiles, este trabajo esto es pa machos...pa machos y machas, usted con un machete todo el día hasta la hora del almuerzo que la llaman a usted a almorzar, con un garabato aquí en la mano y todo el día, a penas usted se endereza como para darle respiro a la columna y otras vez “zua, zua”, a las 12 - ¡ven a almorzar!- viene uno almuerza, se come el sancochito, se refresca 20 minutos y otra vez a lo mismo hasta las 4 de la tarde, no es fácil, todo el día doblado y uno sale cansado pero sale contento que realizó esa obra. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

Los adultos y abuelos tomeños, quienes son los que abanderan el quehacer de la agricultura en la comunidad, concluyen que la actividad hoy en día requiere de más esfuerzo físico que cuando tenían sus fincas en las vegas del río Cauca, esto debido a la tecnificación que han sufrido los cultivos ya que “toca mantenerse doblado para todo: para hacer el hueco, sembrar la planta ya crecida, echar el abono, revolver la tierra” (Ana Apolonia González, 2015, entrevista).

Después de limpiar el terreno, es hora de trazar los surcos y abrir los huecos para los árboles de café. Por lo que se pudo observar en los recorridos a las fincas y por las conversaciones con los agricultores, la distancia entre los árboles es de un metro aproximadamente, el hueco tiene unos 30 centímetros de hondo y 15 centímetros de ancho. Una vez ya están las plantas de café con las raíces largas y el terreno ahoyado, es el momento de sembrar el café, en La Toma se espera hasta que llueva para llevar a cabo este proceso. La tarea de siembra es un tanto engorrosa, como mencionamos

anteriormente, se siembran de 3000 a 5000 árboles, lo que ocupa una semana realizándolo con ayuda. Cuando llegué a la finca de don Isidoro Lucumí, justamente él estaba en esta labor, mientras hacemos el recorrido por su finca me va explicando cómo se siembran los arbolitos de café (ver foto 5).

La tarea es muy sencilla, dice, aunque lleva su tiempo y el cansancio propio de la agricultura. El estar hincado o “doblado” todo el día, estar cargando de un lado a otro el bulto de la “gallinaza” o la Urea y las planticas de café. Hechos ya los huecos, se procede a quitarle la bolsa plástica a la planta, seguidamente se la mete en el hueco y se le echa algo de tierra y del abono, finalmente se rebasa el resto de hueco con tierra teniendo cuidado de no maltratar la planta, así hasta completar los 3000 o 5000 arbolitos de café.

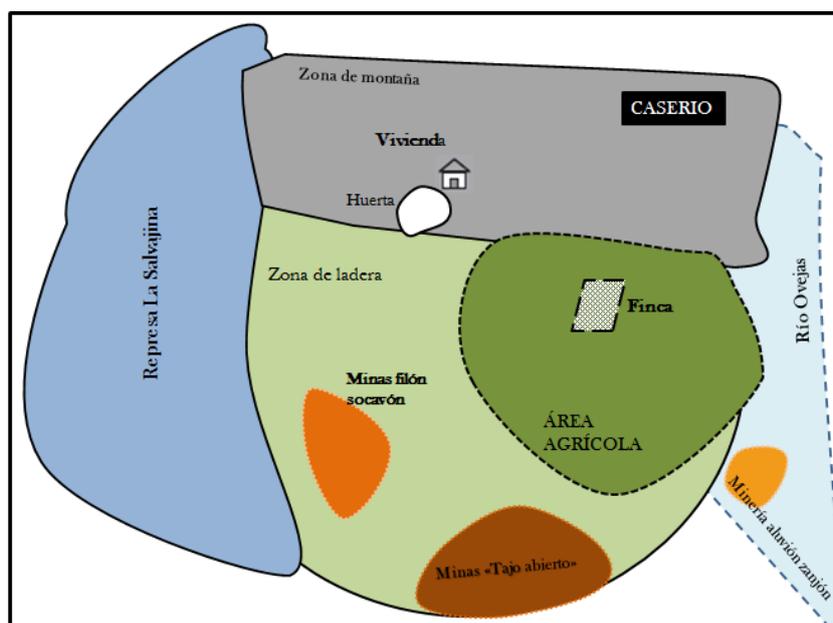


**Autor:** Laura Cortés (2015) (Foto 5: Don Isidoro sembrando café)

El cultivo de café, al mismo tiempo, está combinado con árboles de plátano y banano, así como se siembran los árboles de café a una distancia de un metro, cada árbol de plátano se siembra cada tres metros, de la misma forma en las fincas de La Toma a este esquema de cultivos se lo rodea con árboles frutales: limón, mango, mandarina, guabo, aguacate, etc., en algunas de la fincas también se siembra pasto largo para los animales, guadua y cultivos transitorios como frijol y habichuela y algunas plantas medicinales (ver figuras 1 y 2). Este esquema de cultivos más tecnificado ha sido implementado por

los agricultores tomeños a partir de la asistencia y capacitación técnica prestada por la Federación Nacional de Cafeteros, la finalidad del esquema es la producción de sombra por especies protectoras como el plátano, guamo y maderables que además de amortiguar el impacto del sol y de la lluvia también produce hojarasca que conserva el suelo y aumenta la materia orgánica.

La cosecha del café tiene dos temporadas al año, en el primer semestre de marzo a abril con la “travesía” en el mes de mayo. En el segundo semestre la cosecha es de octubre a noviembre teniendo la “travesía” en diciembre. Aunque no hay registros sobre el nivel de productividad de los cultivos de café por finca en La Toma, lo que sí se puede establecer, mediante los recorridos a las fincas, las entrevistas y conversaciones con los agricultores tomeños, es que aunque el nivel de producción de las fincas ha venido creciendo, los costos de producción y los precios fluctuantes del café no dejan las ganancias esperadas por los agricultores.



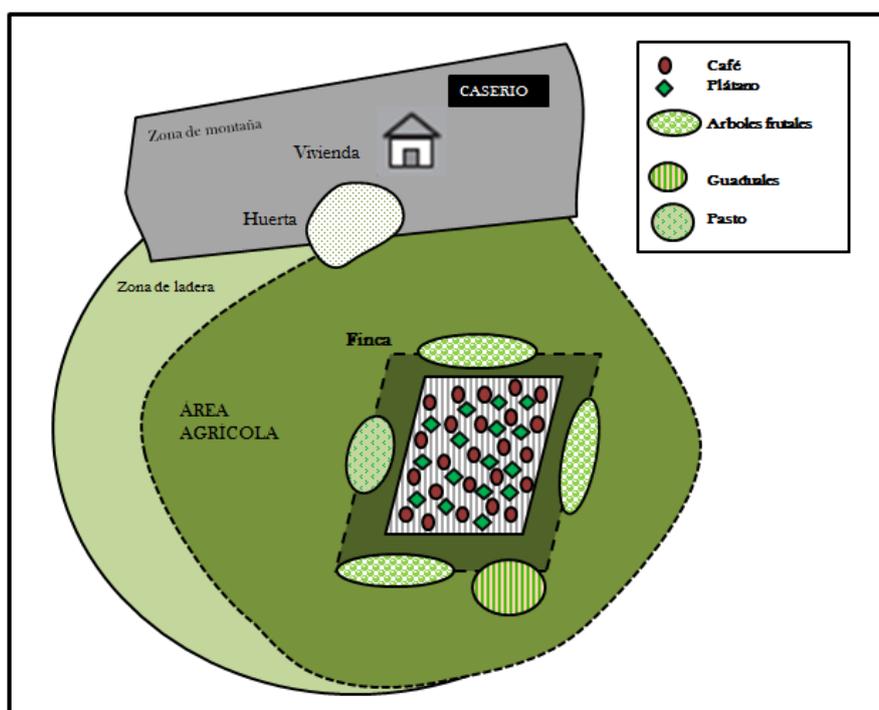
**Fuente:** Elaboración propia (2015) (Figura 1: Distribución espacial de las actividades productivas de la localidad de La Toma)

En el caso de doña Isabel, de los 3000 árboles de café sembrados, en la cosecha de marzo a abril:

Vendimos 390 kilos (34,32 arrobas) en una, en otra (“travesía”) vendimos 190 kilos (16,72 arrobas), y así sucesivamente pero cuando

usted coge esa plata ya debe trabajadores, ya debe lo del abono, mejor dicho prácticamente usted le va sacando todo lo que le ha invertido a este café y no le queda, le quedará como para un mercado porque todo va invertido (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

Por cada arroba de café, en la cabecera municipal de Suárez o en el municipio de Piendamó, donde se vende la mayoría del café que sale de La Toma, pagan entre 60.000 y 65.000 pesos. Así mismo un bulto de Urea cuesta entre 65.000 y 72.000 pesos, de los cuales para abonar 3000 plantas de café se necesita mínimo de cuatro bultos para sostener el cultivo para su primer cosecha, más el pago de jornales a trabajadores que están el día, entre 15.000 y 20.000 pesos, y el transporte del grano desde La Toma hasta Piendamó por trayecto es de 10.000 pesos. Evidentemente, como lo manifiestan los agricultores tomeños, el problema determinante actualmente para el desarrollo de la agricultura en La Toma, es la necesidad expresa del uso de insumos para que los cultivos se den. Los altos costos de estos al lado de los bajos ingresos de los habitantes conllevan a la poca rentabilidad de los cultivos, en este caso, el café: “el problema para el desarrollo de la agricultura ahora es que si usted no le pone nada a la finca no le produce nada, tiene es que cultivar pero con eso” (Carlino Ararat, 2015, entrevista).



**Fuente:** Elaboración propia (2015) (Figura 2: Esquema de cultivos en las fincas de La Toma)

Las apreciaciones que conocimos de los agricultores de La Toma, referentes al uso de insumos químicos y de los precios de estos, fueron todas negativas, aduciendo que su implementación conlleva pérdidas por sus altos precios, al respecto don Lino nos da su consideración:

El abono lo que le implementa a usted es más pobreza cada día porque son demasiado costosos, cuando son orgánicos pues usted mismo los puede preparar con la materia orgánica, gasta tiempo descomponerlo pero no lo compró, simplemente hizo un esfuerzo para prepararlo pero cuando es un químico que desde allá lo mandan eso es muy costoso, por ejemplo un bultico de gallinaza está perdiendo uno plata, que un bulto de Urea vale 50, 60, 70 mil pesos, costo de producción Tripletil le vale como 80 mil de pesos entonces se le incrementa más y eso no le alcanza para mucho, lo único que le llega más barato es la cal dolomita que vale 12 mil pesos el bulto, le incrementa a uno los costos, lo que antes no utilizábamos y plantábamos buen producto y así está la cosa. El café no tiene plazo fijo cuando no lo hay está caro pero cuando hay cafecito ahí mismo lo rebajan, mantiene muy variable, entonces siempre trabajamos a pérdidas porque los insumos bien caros y el café bien barato, se pierde hasta comida y la plata de los trabajadores, en eso sí trabajamos a pérdidas (José Lino Carabalí, 2015, entrevista).

En efecto, con las dificultades que se presentan para el desarrollo y obtención de ingresos para el sostenimiento de las familias de La Toma, sus habitantes hoy en día se están apoyando en las dos actividades productivas que se han constituido como prácticas locales contenciosas en las luchas históricas duraderas de esta comunidad. Se ha intensificado el ejercicio de complementariedad entre la minería y la agricultura, doña Isabel nos ilustra con su relato las estrategias que han tenido que implementar con su familia para, como dice ella “dar la brecha”:

Si no hay dinero cómo se sigue cultivando, cómo se sigue sembrando, de todas maneras lo que lo hace mover a uno es el presupuesto, a nosotros nos ayudó a levantar esa finca, mi hijo se metió a cadena, yo me metí a cadena, nosotros nos íbamos a miniar y dejábamos un trabajador semana completa, el día domingo le cancelábamos a la siguiente semana otra vez, el trabajador semana completa, nosotros trabajábamos en la mina, cuando no pagaba él pagaba yo, trabajábamos la minería cuando nos daba la mina comía el trabajador, comíamos nosotros la familia y le metíamos al cultivo, con esa ayuda y el esfuerzo que le pusimos levantamos esa finca, lo que nosotros trabajábamos comprábamos la Urea para abonar el café y que somos una familia unida. (Isabel Valverde, 2015, entrevista)

Aparecen entonces, las suficiencias íntimas ya señaladas, como lo resalta doña Isabel, la cualidad significativa para que estas estas estrategias y mecanismos se concreten son las

relaciones familiares que, como ya hemos mencionado, son de carácter solidario y colectivo. Por un lado, el “nosotros partimos la semana” entre las dos actividades productivas, donde la minería da para la agricultura y la agricultura contribuye a la alimentación necesaria para llevar a cabo la minería y cualquier otra actividad, además de aportar débilmente a los ingresos económicos de las familias. Por otro lado, aparece el mecanismo de ahorro comunitario de las “cadenas” que contribuye en gran medida a “levantar las fincas” entre otras necesidades de los habitantes de la comunidad.

De esta manera, la comunidad de La Toma en “las duras y las maduras” ha producido y revitalizado prácticas y habilidades localizadas que han contribuido a la afirmación de su existencia material y social mediante unos principios y disposiciones particulares, como lo han sido las relaciones familiares y de solidaridad, que le dan sentido a las suficiencias íntimas como actitud de resistencia (Arboleda, 2011:11). Lo que genera que actualmente, cuando alguna persona externa a la comunidad indaga sobre la ocupación que sus habitantes tienen, la mayoría de gente conteste: “Soy agrominero, trabajo en la agricultura y en la minería” (Anatolio Lucumí, entrevista, 2015).

En tal sentido, cuando los habitantes de La Toma se autoreconocen como “agromineros” no solamente se están identificando con las actividades productivas que realizan actualmente para la reproducción de sus condiciones materiales de vida sino que se refieren a todo un bagaje histórico en el que se han desenvuelto estas actividades como prácticas sociales situadas y a las suficiencias íntimas desplegadas para su quehacer cotidiano, que en medio de conflictos y dinámicas externas de despojo, que actúan como exterior constitutivo, desestabilizado ese ritmo colectivo, pervive esa fuerza vital que hace de elemento de cohesión y de identidad colectiva por medio de las prácticas productivas.

De ahí, una de las orientaciones epistémicas centrales en el despliegue de las formas de vida y en la afirmación de la existencia de la comunidad de La Toma cuando expresan que “vivir bien es vivir sabroso” (Isidoro Lucumí, entrevista, 2015). Esta suficiencia íntima refleja el desarrollo de un modo determinado de pensamiento y constitución de saberes que han orientado las prácticas, en este caso, de producción material, social y económica hacia una noción de lo que es vivir bien:

A mí me ha gustado vivir bien, sabroso en mi campo, yo he sido es hombre de campo, nadie le pone problema a uno, a eso llamo yo

sabroso, que vive uno la vida sabrosita y sin problema, sin plata pero con tranquilidad, el que tiene plata ya ese piensa únicamente en su plata, como defiende su playa, esa es la cuestión. Uno es bajo de recursos pero pobre, pobre no. Yo le llamo pobre a los que viven debajo de los puentes, eso les toca dormir en los andenes, pero uno pobre no, uno tiene dónde meterse a dormir sabroso, tiene donde dormir tranquilo no tiene problema (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista).

Lo “sabroso” del vivir para el tomeño se refleja en la tranquilidad y en el poder de decisión que se encuentra ligado a las actividades y prácticas productivas, que aunque en la actualidad estos agro-mineros dependen de dinámicas económicas fluctuantes como los precios del café, todavía son autónomos en decidir sobre sus tiempos y horarios de trabajo ya que no tienen a un patrón al cual responderle (ver foto 6). En efecto, el vivir bien, “sabroso”, es un modo de entender la vida desde una relación dialógica con el entorno natural y social de coproducción conjunta y colectiva, muy distante a la de acumulación de riquezas raíz del sistema moderno colonial capitalista. Como lo expresa doña Isabel: “yo me siento orgullosa de mi piel y de lo que hago, los tomeños, la agricultura y la minería estamos así (entrelaza sus manos) agarrados de las manos, vivimos **SABROSO** todos” (Isabel Valverde, 2015, entrevista).



**Autor:** Laura Cortés (2015) (Foto 6: Don Isidoro en su casa después de la jornada de trabajo en la finca)

### **Identificación étnica alrededor de las prácticas productivas de subsistencia**

El periodo de 2000 a 2015 en la comunidad de La Toma se caracteriza por el fortalecimiento del proyecto político del Consejo Comunitario de La Toma. La organización política y reivindicación de derechos étnicos amparada en el reconocimiento de las comunidades negras como grupo étnico por la Constitución Política de 1991 y la Ley 70 de 1993, actuará como un proceso significativo en la lucha por la defensa de la territorialidad de la comunidad de La Toma, esta entendida como el espacio material y físico que está en centro de sus actividades, particularmente de la realización de la práctica minería, frente a la expansión e inserción de dinámicas de despojo, violencia y desplazamiento por cuenta de la localización de la industria extractivista de oro de capital nacional e internacional, que en una “relación de simbiosis” con el grupo paramilitar AUC, consiguió la concesión de títulos mineros otorgados por el gobierno nacional.

El Consejo Comunitario de La Toma, empezará a tener mayor visibilidad en escenarios de confrontación política a partir del uso de su diferencia cultural teniendo como nodo su articulación a la política de identidad negra a escala nacional, desde donde desplegará diferentes acciones políticas frente al avance de la violencia y despojo de las empresas mineras, entre estas: la solicitud, frente al gobierno nacional, de títulos colectivos sobre el corregimiento adjudicados al Consejo Comunitario de La Toma como organización étnico-territorial y la acción de tutela con el objetivo de revocar los títulos mineros otorgados por el gobierno de turno sin consulta previa e informada en parte de su territorio.

De esta manera, la primera década del siglo XXI en la comunidad de La Toma será determinante la consolidación de su organización étnica y la lucha política por el control de su “espacio diferencia” frente a las amenazantes representaciones del espacio dominantes. En este proceso, se asumirá desde la política de representación étnica un proceso de identificación, como actor colectivo, desde un “modelo de identidad” centrado en la diferencia cultural que tiene como punto de partida la ancestralidad de la práctica minera.

La práctica minera, en este sentido, se constituirá discursiva como materialmente como práctica ancestral que presenta profundas divergencias con la gran minería, gestándose un proceso de identificación étnica alrededor de esta práctica local

contenciosa que en las luchas históricas duraderas agenciadas por los habitantes de La Toma, ha sido aprendida y reproducida desde el primer asentamiento de negros esclavizados en el siglo XVII en la región del Alto Cauca y, como se ha podido evidenciar a lo largo de este texto, ha sido una actividad clave en la reproducción de las formas de vida y en la constitución del mundo socio-natural que es la localidad de La Toma. Presentándose, en tiempos más recientes, como forma de resistencia situada siendo una suficiencia íntima que está actuando como insignia en la defensa del territorio, su significación en los espacio de representación y la localidad, lo que permite que esta se constituya como un polo de identidad étnica dentro de la comunidad.

Ahora bien, en la primera década del nuevo siglo, la práctica agrícola estará debilitada en algunos de los principios-disposiciones que podrán en riesgo su continuidad. A partir de las entrevistas en historia-en-persona identificamos tres principios-disposiciones debilitadas: a) diversidad de cultivos de pan coger: con el decaimiento de la agricultura y la proliferación de la minería fueron menguando hasta desaparecer cultivos de tubérculos y frutales, lo que ha producido cambios en la dieta de los habitantes de La Toma y la pérdida de la soberanía alimentaria que era tan diversa en productos como en sabores en el periodo de 1950 a 1980; b) formas de trabajo colectivo: con el traslado de la fuerza de trabajo a la minería, las labores agrícolas se han apoyado en el pago de jornales entre los mismos miembros de la comunidad; c) formas de enseñanza-aprendizaje situado en la agricultura: al centrarse la fuerza de trabajo de los habitantes de La Toma en la minería, también las formas de enseñanza-aprendizaje, dejando relegada a la agricultura por el trabajo y los tiempos que esta requiere. Así mismo, la escolarización de los niños y jóvenes de la comunidad generará un cambio radical en el ciclo de enseñanza-aprendizaje divergiendo del ciclo por el que pasaron sus padres y abuelos.

Actualmente en la comunidad de La Toma, los que llevan a cabo la práctica agrícola en su mayoría son los abuelos y adultos, no obstante, en los últimos dos años la agricultura ha vuelto a ser una opción para la mayoría de sus habitantes con la propagación de cultivos de café. Aunque estos requieren de altos costos de producción, invertidos en semillas e insumos, la gente los ve como una oportunidad de obtener entradas económicas para el sostenimiento de sus familias, apoyados por los programas de atención al caficultor de la Federación Nacional de Cafeteros, los cuales dan

facilidades técnicas y el “plante” para iniciar el cultivo o continuar con este por medio de la entrega de semillas y los primeros insumos.

Así mismo, mediante los acompañamientos y recorridos a las fincas (Un día en la vida de...), donde realicé junto a los agricultores tomeños las actividades de desyerbado, preparación de los terrenos y la siembra del café, se pudo evidenciar la presencia activa del ritmo colectivo donde la participación situada de los abuelos y adultos de la comunidad en el quehacer agrícola, demuestra la sucesión del hacer-enseñar-hacer-aprender que la práctica requiere desde la experiencia pasada replicándola en el presente, que actúa como lo social incorporado en tanto la alta experticia en la ejecución de la práctica, probando como los cuerpos de estos hombres y mujeres se encuentran provistos de conocimientos particulares y, al mismo tiempo, de arraigo a su entorno natural.

Consecuentemente, con las dificultades a las que se enfrentan los habitantes de La Toma para el desarrollo de las prácticas de subsistencia, minería y agricultura, para la obtención de ingresos económicos para el sostenimiento de sus familias, estos se han apoyado en la combinación de las dos prácticas que se han constituido como prácticas locales contenciosas en las luchas históricas duraderas.

El ejercicio de complementariedad entre las dos prácticas ha desembocado en el auto-reconocimiento de sus habitantes como “agro-mineros” donde no solamente se auto-identifican con las prácticas productivas de subsistencia que actualmente realizan para reproducir sus condiciones materiales de vida, sino que estas reflejan y se refieren a un bagaje histórico de constitución de lógicas propias del quehacer situado y las suficiencias íntimas desplegadas para su ejecución cotidiana en medio de contextos de cambio e inserción de dinámicas externas de despojo y violencia, que actúan como exterior constitutivo suscitando conflictos, donde se suceden transformaciones y la desestabilización del orden social de esta comunidad pero, así mismo, pervive esa fuerza vital que opera, desde la esfera de la organización política así como elemento de cohesión que estructura la identidad colectiva por medio de las prácticas productivas.

Sobresale entonces, como orientación epistémica en el despliegue de las formas de vida y en la afirmación de la existencia de los habitantes de la comunidad de La Toma, la valoración sobre lo que es “vivir bien”. Expresado en varias de las entrevistas de historia-en-persona, el “vivir bien es vivir sabroso” (Isidoro Lucumí, 2015,

entrevista), donde el “sabroso” se presenta como la tranquilidad y el poder de decisión sobre las actividades y prácticas productivas de subsistencia, que aunque atravesadas por diferentes dinámicas externas fluctuantes, les es posible todavía ser autónomos sobre los tiempos y formas de dedicación al trabajo, ya que no se tiene patrón a quién responderle. De esta manera, el “vivir sabroso” hace parte de una forma determinada de pensamiento y de constitución de conocimientos que han orientado las prácticas, en este caso particular, de producción material, sociocultural y económica hacia una noción de lo que es “vivir bien”. Así mismo, está vinculado a una relación dialógica con el entorno natural y social de coproducción colectiva que difiere de la acumulación de riqueza y crecimiento económico punto axiomático del sistema moderno colonial capitalista.

## CONCLUSIONES

El presente estudio sobre los procesos de construcción de la identidad dentro de la trayectoria histórica de asentamiento y constitución de las formas de vida de la comunidad negra de La Toma en contextos de cambio e inserción de dinámicas externas de control y despojo, que se periodizó en tres momentos históricos: 1950-1980, 1980-2000, 2000-2015, nos ha proporcionado diferentes hallazgos de investigación que a continuación esbozaremos en articulación con las categorías de análisis del marco teórico referencial así como su aporte al estudio y comprensión del tema de producción de identidades y las poblaciones negras en Colombia.

### **Procesos de identificación en la constitución de los polos de identidad colectiva en la comunidad de La Toma**

El proceso de construcción de las identidades en la trayectoria histórica de la comunidad de La Toma, se presenta como un proceso dialógico donde se ha destacado la historia, la lucha, la agencia y la determinación simultáneamente, a partir de las articulaciones y compromisos enajenados en la comunidad, a niveles individuales y colectivos (Escobar, 2010: 233). Apreciamos entonces procesos de identificación de naturaleza continúa, donde los sujetos y la colectividad crean y asumen, en el devenir histórico, un conjunto de posiciones o polos de identidad que pueden perderse o ganarse, sostenerse o abandonarse en relación a un exterior constitutivo (Castillo, 2005: 54).

Consecuentemente, para el periodo de 1950 a 1980 se pudo determinar la constitución de dos polos de identidad sostenidos en la comunidad de La Toma, gracias a la relación dialógica entre los pobladores y el entorno natural ofrecido por el río Cauca y sus vegas; la experiencia de lugar derivó en valoraciones subjetivas ligadas al sentido de pertenencia y desarrollo de sentimientos de apego a la localidad constituida. Conforme a este proceso, el primer polo de identidad se constituyó en referencia al río Cauca, este actuó como eje articulador de las actividades y prácticas productivas de subsistencia así como propició el proceso de concreción de la localidad de La Toma, siendo el escenario físico utilizado de forma rutinaria por sus pobladores.

El segundo polo de identidad, íntimamente vinculado al primero, fue la práctica agrícola. Por medio de ésta se daría la apropiación productiva de las tierras ubicadas en las vegas del río Cauca a partir de las luchas agenciadas por los pobladores de La Toma, antiguos terrajeros que lograrían la adquisición de la propiedad de estas tierras, que a través de su participación situada en la ejecución cotidiana de la agricultura producirían unas lógicas, disposiciones y formas particulares de saberes y habilidades organizadas (formas de cultivar, tiempos de cultivos, formas de trabajo colectivo, consumo y comercialización) que posibilitaría las identidades-en-práctica.

A mediados de la década de 1980, la comunidad de La Toma presenciara un contexto de cambio e inserción de mecanismos de despojo sobre su localidad, agenciados por actores estatales y privados, quienes a partir de proyectos de desarrollo regional obtendrán el control sobre los recursos tierra y agua en la cuenca de la región del Alto Cauca, con la puesta en marcha del proyecto multipropósito de control sobre el río Cauca, que tendría como mayor obra de infraestructura la construcción de la represa La Salvajina.

A partir de este proceso de acumulación por despojo, se pudo establecer que los pobladores de la comunidad de La Toma perdieron el control y uso de los recursos agua y tierra de las vegas del río Cauca, que tendría como consecuencia la pérdida del primer polo de identidad, ya que con la inundación del río Cauca se les arrebataría el eje articulador de las actividades y prácticas productivas de subsistencia y espacio rutinario de interacción colectiva. Al mismo tiempo, la inundación también sepultaría las tierras productivas y las fincas, lo que provocaría el trastoque del segundo polo de identidad constituido en relación a la práctica agrícola.

Con la pérdida de las fincas en las vegas de río cauca y la implementación de políticas de desarrollo rural a partir de estrategias de asistencia técnica, se producirían transformaciones en las prácticas agrícolas tradicionales que se sustentaban a través de unas lógicas, disposiciones y formas propias de hacer la agricultura al interior de la comunidad. Con el desplazamiento de buena parte de las gentes de la comunidad, los altos costos de producción y los bajos ingresos por la improductividad de las tierras en las montañas, la práctica agrícola será desplazada como polo de identidad por la proliferación de la práctica minera dentro de la comunidad de La Toma.

En este contexto de cambio por la expansión e inserción de dinámicas de despojo de tierras y desplazamiento por cuenta de actores externos con intereses económicos sobre su territorio, a mediados de la década de 1990 se generará el proceso de organización étnica y política de la comunidad de La Toma, frente a nuevas amenazas de despojo a partir de la privatización de la represa La Salvajina. Con la experiencia ganada y la lección aprendida luego de la pérdida de las tierras y del río Cauca con la construcción de La Salvajina, se creará el Consejo Comunitario de La Toma amparado en la Ley 70 de 1993 o “Ley de Negritudes”, la cual legisla los derechos de las comunidades negras en Colombia.

Después de salir airosos frente al proceso de trasvase del río Ovejas a la represa La Salvajina, los primeros años del siglo XXI el Consejo Comunitario de La Toma tendrá mayor visibilidad en escenarios de confrontación política a partir de acciones de reivindicación y defensa de su territorio frente a la mayor amenaza que se ha localizado en la región del Alta Cauca, la mediana y gran minería de capital nacional e internacional que, en una “relación de simbiosis” con el grupo paramilitar AUC, avanzarán y obtendrán títulos para la explotación minera en la región por medio de la violencia, el despojo y desplazamiento.

Este proceso de lucha, de la comunidad de La Toma en cabeza de su Consejo Comunitario, será asumido a partir de la política de representación étnica donde se gestará nuevamente un proceso de identificación desde un “modelo de identidad” erigido en la diferencia cultural que tiene como punto de partida la ancestralidad de la práctica minera. Así, la minería tradicional se constituirá discursiva como materialmente en una práctica ancestral que presenta profundas diferencias con la mediana y gran minería, asumiéndose como polo de identidad étnica que se consolida como práctica local contenciosa en las luchas históricas duraderas por los pobladores de la comunidad, desde el primer asentamiento de negros esclavizados en el siglo XVII en la región del Alto Cauca, hasta tiempos más recientes, donde se presenta como forma de resistencia situada en defensa del territorio de la comunidad negra de La Toma.

Paralelamente, en la cotidianidad de la comunidad, habrá una revitalización de la práctica agrícola con la siembra intensiva de café, que desencadenará el ejercicio de complementariedad entre las dos prácticas productivas de subsistencia, agricultura y minería en los últimos años. Este ejercicio de complementariedad (“nosotros partimos la

semana”) dará lugar al auto-reconocimiento de los pobladores de La Toma como “agro-mineros” a partir de una auto-identificación con las prácticas productivas de subsistencia.

Este proceso de auto-identificación expresa la posición actual de ocupación de los habitantes de la comunidad de La Toma, desde las cuales reproducen sus condiciones materiales de vida, así mismo, desde la diferencia cultural, estas prácticas y actividades de subsistencia reflejan y refieren a un bagaje histórico de constitución de unas lógicas propias del quehacer situado. Estas han resistido los contextos de cambio e inserción de dinámicas externas de despojo y violencia que actúan como exterior constitutivo, suscitando el afloramiento de suficiencias íntimas y, desde ahí, procesos de organización política en defensa del territorio y de las formas de vida basadas en la agricultura y la minería.

Evidenciamos entonces, como en 65 años de la historia de la comunidad de La Toma, los procesos de identificación han girado en torno a las prácticas y actividades productivas de subsistencia. Estas formas de identificación gestada desde procesos sociales colectivos fundamentados en su relación con el entorno natural y los recursos que este provee, han producido un conjunto de posiciones o de polos de identidad que se han sostenido y ganado, como las prácticas productivas, o que se han perdido como el río Cauca.

En términos analíticos, los resultados obtenidos en este estudio que nos permiten argumentar que los procesos de construcción identitaria dentro de la comunidad de La Toma han tenido lugar alrededor de las prácticas y actividades productivas de subsistencia sostenidas por las relaciones colectivas y solidarias, los podemos inscribir en dos campos analíticos. Uno, mediante los dos regímenes existentes en el estudio de la construcción de las identidades negras en Colombia; dos, en los avances sobre el análisis de las identidades rurales desde los estudios territoriales rurales

Los “estudios afrocolombianos” con sus dos regímenes de construcción de identidades, nos proporcionaron situar analíticamente la producción identitaria de la comunidad de La Toma de la siguiente forma.

Para el primer periodo estudiado, 1950 a 1980, encontramos que los polos de identidad constituidos alrededor del río Cauca y la práctica agrícola, se dieron por un proceso de identificación donde se destacan las relaciones dialógicas con el entorno

natural ofrecido por las particularidades de la región del Alto Cauca, y la experiencia de lugar que constituyó sentido de pertenencia y sentimientos de apego a la localidad. Este proceso se corresponde al régimen que estudia la producción de la identidad a partir de las posiciones de los sujetos más comunes en formas de auto-referencia a nociones de pertenencia a un lugar (río Cauca y sus vegas) y a una ocupación (agricultor) que derivaba en una “polifonía de identidades” (Losonczy, 1999: 16), sujetas a las prácticas culturales localizadas ligadas a las relaciones de parentesco, a las actividades productivas y las relaciones particulares con su entorno natural (Escobar, 2010: 239).

Luego de la pérdida y trastoque de estos dos polos de identidad por cuenta del avance de proyectos de desarrollo regional y el control, público y privado, de los recursos agua y tierra en la cuenca de la región del Alto Cauca por medio de mecanismos de despojo a las comunidades asentadas, entre estas La Toma, se presentarán nuevos procesos organizativos y reivindicativos de la comunidad a partir de la exacerbación de los procesos de despojo y violencia por la entrada a la región de la industria extractivista de oro a mediana y gran escala a comienzos de la década del 2000.

A partir del reconocimiento jurídico de la condición étnica de las poblaciones negras en Colombia, reglamentado en la Ley 70 de 1993, la comunidad de La Toma se organizará políticamente como Consejo Comunitario exigiendo ante el Estado colombiano la efectividad de sus derechos étnicos y territoriales. En este contexto, se dará el proceso de identificación étnica, discursiva y materialmente, desde de la práctica minera como una actividad productiva ancestral que presenta profundas diferencias con la mediana y gran minería, consolidándose como polo de identidad en la actualidad tomeña y presentándose como la insignia principal de la lucha política y defensa del territorio.

Este proceso de construcción discursiva de la identidad en términos étnicos, se inscribe en el régimen actual de identidad que se produce a partir de la relocalización de “lo negro” en los ámbitos cultural y político en Colombia. A través de esta política de representación étnica, las comunidades negras ganarán visibilidad en los escenarios de confrontación política desde un “modelo de identidad” que resalta la diferencia cultural centrada en dos procesos históricos vividos: la esclavización y el ancestro africano (Losonczy, 1999: 13), elementos que se consideran constitutivos de la identidad actual

a partir del “correlato de huellas de africanía que perviven o deberían pervivir en las manifestaciones culturales del presente” (Rojas, 2004: 160).

En síntesis, el análisis del proceso de construcción de las identidades a partir de las prácticas productivas de subsistencia al interior de la comunidad negra de La Toma, fue posible en gran medida a partir de la propuesta teórica esbozada por Arturo Escobar (2010) para el estudio de las identidades de las poblaciones negras en el Pacífico colombiano. Procurando trabajar con los elementos analíticos de cada uno de los dos regímenes de identidad, logramos aventurarnos a un estudio, sino más completo, sí más complejo de lo que reviste los procesos de construcción identitaria en comunidades negras rurales, asentadas en un espacio geográfico muy diferente al Pacífico colombiano, pero que en sus propias particularidades han vivido y viven procesos socioculturales, políticos y económicos que han transformado sus formas de vida y, que al mismo tiempo, suscitan la agencia y el empoderamiento de identidades-en-práctica en su lucha histórica por la permanencia en sus territorios y despliegue de sus propias lógicas y habilidades colectivas ligadas a conocimientos localizados.

Por el lado de los estudios territoriales rurales, a partir del análisis brindado de las identidades rurales, el cual se distancia del examen lineal desde el antagonismo de lo urbano y lo rural, posicionado por la sociología rural; e interpelando los análisis planos que han homogeneizado y simplificado lo rural, como lo puramente campesino.

Nos proporcionó dimensionar la multiplicidad de los actores rurales, visibilizando a las comunidades afrocolombianas rurales como sujetos colectivos e individuales con diferentes referentes identitarios en función, en este caso de estudio, de su ocupación y formas de reproducción de la vida, organización social, lugar de pertenencia y etnicidad. Estos diversos referentes identitarios constituyen desde este enfoque, identidades rurales polifónicas, que como explica Osorio (2010), se hacen concretas a partir de tensiones internas que fluyen de forma compleja en la dinámica de las relaciones sociales (Osorio, 2010: 7).

De los temas que quedan abiertos y cuestionamientos con potencial de estudio relacionados a la temática identitaria desde el reconocimiento étnico, son las dinámicas al interior de la organización social y política en forma de Consejo Comunitario en la comunidad de La Toma: cuáles son los grados de participación y compromisos asumidos por sus habitantes y qué formas políticas y de empoderamiento a partir de los

procesos de identificación colectiva se dan en este proceso. Así mismo, se hace necesaria la caracterización y análisis del papel del Estado y sus instituciones en la efectividad del reconocimiento y cumplimiento de los derechos étnicos y territoriales que exige la comunidad negra de La Toma.

### **El lugar y la política del espacio en la construcción de las identidades**

Una de las dimensiones analíticas fundamentales para nuestro estudio sobre los procesos de construcción de las identidades en la comunidad de La Toma fueron los conceptos de lugar y espacio como terrenos concretos en los que “se manifiestan las múltiples relaciones de poder en formas específicas de dominación y resistencia” (Oslender, 2002: 18). Así mismo, la importancia del vínculo entre la producción de identidades, el lugar y la construcción de una localidad o territorio, ya que “los referentes espaciales son para la identidad colectiva el equivalente del cuerpo para la identidad individual” (Di Méo, 2007: 5)

La perspectiva de lugar nos proporcionó un acercamiento a la cotidianidad de las vidas de los habitantes de La Toma, en los diferentes periodos históricos estudiados, donde a partir de las voces de estos actores pudimos examinar los procesos de constitución de la localidad y los sentidos de lugar vinculados a los procesos de identificación y la construcción de polos de identidad colectiva en el seno de la comunidad.

Así mismo, la política del espacio nos ayudó a entender, como lo explica Oslender (2002), que el espacio nos es simplemente el dominio del Estado que administra, ordena y controla o de agentes privados hegemónicos que, vinculados con la institucionalidad, imponen una representación del espacio dominante que hizo de la región del Alto Cauca un “espacio abstracto” de mercaderías que por medio de estrategias de acumulación por despojo, lograron el control de los recursos agua y tierra, sino también “la siempre dinámica y fluida interacción entre lo local y lo global, lo individual y lo colectivo, lo privado y lo público, y entre resistencia y dominación” (Oslender, 2002: 19).

De ahí, que las relaciones de poder en el espacio concreto brinden el potencial de desafiar y subvertir el poder dominante a partir de dinámicas de confrontación, que la comunidad de La Toma hizo evidente mediante una política de resistencia articulada a

sus propias representaciones e interpretaciones del espacio geográfico de la región del Alto Cauca, creando desde el espacio vivido, un “espacio diferencial” articulado a la defensa y permanencia en su localidad, centro de sus prácticas y actividades productivas de subsistencia.

### **Al ritmo colectivo el afloramiento de suficiencias íntimas**

De los resultados de investigación más significativos fueron los identificados y caracterizados por medio de los conceptos de ritmo colectivo y suficiencia íntimas. En nuestra búsqueda por el entendimiento de las dinámicas sociales que hacen posible la construcción de las identidades en el seno de la comunidad de La Toma, se hicieron visibles, en las entrevistas en historia-en-persona, las formas colectivas por las cuales se estructuran los sujetos al interior de la comunidad y constituyen su lugar en este mundo socio-natural.

Mediante la noción de ritmo colectivo, propuesta por esta investigadora desde el concepto de *habitus* del sociólogo francés Pierre Bourdieu, nos adentramos al conjunto de lógicas, disposiciones y principios duraderos y transferibles que hacen posible interiorizar, a los habitantes de La Toma, las necesidades de su entorno social (Bourdieu, 1991: 88). De esta manera, precisamos que en la comunidad existe una suerte de movimiento regular-histórico y organizado que va envolviendo al sujeto hacia la colectividad por medio del aprendizaje situado de las prácticas de subsistencia, y es en ese proceso donde este define su relación de pertenencia e identificación a la comunidad. En cuanto a la práctica agrícola, identificamos como disposiciones y habilidades transferibles las formas de trabajo colectivo y solidario, modos de enseñanza y aprendizaje situado y formas propias de cultivos y temporadas.

Al darse contextos de cambio e inserción de dinámicas de despojo y control sobre los pobladores, sus prácticas productivas y localidad, afloran las suficiencias íntimas que entendimos como las orientaciones mentales, claves epistémicas y prácticas sociales, que desplegaron los habitantes de La Toma, concretando y afirmando su existencia (Arboleda, 2011: 11). Las suficiencias íntimas que pudimos establecer parten todas de una de las disposiciones transferibles y duraderas de larga data dentro del ritmo colectivo de la comunidad de La Toma: las relaciones familiares y de compadrazgo caracterizadas por su carácter solidario y colectivo. La recolección de semillas, la puesta

en función de terrenos en las montañas, los tiempos a la semana compartidos entre las prácticas productivas en la lógica de “nosotros partimos la semana” y la implementación de “cadenas” como sistemas de ahorro, harán parte de las estrategias cotidianas de resistencia que los pobladores efectúan con el objetivo de permanecer en su localidad y reproducir sus condiciones materiales de vida.

En los relatos recogidos en la forma de historia-en-persona, sobresalió una orientación epistémica acerca del despliegue de las formas de vida y la afirmación de la existencia de los habitantes de la comunidad de La Toma, en la valoración subjetiva sobre lo que es “vivir bien”. El “vivir bien es vivir sabroso” (Isidoro Lucumí, 2015, entrevista) refleja desde los procesos de conocimiento en articulación con el entorno natural y el contexto colectivo y de solidaridad, la tranquilidad y el poder de decisión sobre el quehacer de las actividades y prácticas de subsistencia, que atravesadas por diversas dinámicas externas, a los pobladores les es posible ser autónomos sobre los tiempos y formas de dedicación al trabajo, ya que no tienen patrón al cual responderle. En consecuencia, el “vivir sabroso” hace parte de una forma determinada de pensamiento y de constitución de conocimientos que han orientado las prácticas, en este caso particular, de producción material, sociocultural y económica hacia una noción de lo que es “vivir bien”.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agnew, John (1987) *Place and Politics. The Geographical Mediation of State and Society*. Boston: Allen & Unwin.
- Almario, Oscar (2001). “Tras las huellas de los renacientes: Por el laberinto de la etnicidad e identidad de los grupos negros o ‘afrocolombianos’ del Pacífico sur” En *Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*. Mauricio Pardo (Comp.): (15-40). Bogotá: ICANH-COLCIENCIAS.
- Ararat, Lisifrey, Eduard Mina, Axel Rojas, Ana María Solarte, Gildardo Vanegas, Luis Armando Vargas, Aníbal Vega. (2013). *La Toma: Historias de territorio, resistencia y autonomía en la cuenca del Alto Cauca*. Bogotá: Observatorio de Territorios Étnicos, Universidad Javeriana.
- Arboleda, Santiago (2011). “Le han florecido nuevas estrellas al cielo: suficiencias íntimas y clandestinización del pensamiento afrocolombiano”. Disertación doctoral, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador.
- Barbary, Oliver y Fernando Urrea (2004). *Gente negra en Colombia: dinámicas sociopolíticas en Cali y el Pacífico*. Medellín: Editorial Lealon.
- Blanquer, Jean Michel y Darío Fajardo (1991). *La descentralización en Colombia: estudios y propuestas*. Universidad Nacional de Colombia. IFEA, Bogotá.
- Bourdieu, Pierre (1991) [1980]. *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.
- \_\_\_\_\_ (2000). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Buttimer, Anne (1976), "Grasping the dynamism of lifeworld", *Annals of the Association of American Geographers*, 66(2), pp.277-292.
- Cabal, Carlos Alfredo (1978). *Norte del Cauca: de la finca y la hacienda a la empresa agrícola*. Cali: Centro de Investigaciones Multidisciplinarias en Desarrollo Rural-Cimder.
- Camacho, Juana y Eduardo Restrepo (1999). *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la gente negra en Colombia*. Bogotá: ICANH-NATURA-ECOFONDO.

- Carabalí, Alexis (2007). "Los afronortecaucanos: de la autonomía a la miseria ¿un caso de doble reparación?" *En Afro-reparaciones: memorias 188 V. Cauca (Interior) de la esclavitud y justicia reparativa para negros, afrocolombianos y raizales*. Claudia Mosquera y Luiz Claudio Barcelos (Comp.): (405-421). Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia.
- Castillo Gómez, Luis Carlos (2005). "El Estado-Nación pluriétnico y multicultural colombiano: la lucha por el territorio en la reimaginación de la nación y la reinención de la identidad étnica de negros e indígenas". Disertación doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Castillo, Luis Carlos, Álvaro Gumán, Jorge Hernández, Mario Luna, Fernando Urrea (2010). *Etnicidad, acción colectiva y resistencia: el norte del Cauca y el sur del Valle a comienzos del sigloXXI*. Cali: Editorial Universidad del Valle.
- Colmenares, Germán (1986). "Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca, 1810-1830". *En La independencia. Ensayos de historia social*. (137-180). Bogotá: Colcultura.
- Debuyst, F. 1998. "Espaces et Identités: Propositions interpretatives" *En Amérique Latine. Espaces de pouvoir et identités collectives*, Frédéric Debuyst e Isabel Yépez del Castillo (Comps.): Institut d'Études du Développement. Université Catholique de Louvain. Paris: L'Harmattan.
- De Souza Martins, José (1986). *Introducao Crítica a la Sociologia Rural*. Colecao Estudos Rurais. Sao Paulo: Editora Hucitec.
- Di Méo, Guy. 2007. *Identités et territoires: des rapports accentués en milieu urbain?*, Métropoles, <http://metropoles.revues.org/document80.html>, visitado en julio 12 de 2016
- Elissalde, Bernard (2004). *Fundamentos epistemológicos: posmodernismo*. Hypergéó, [http://www.hypergeo.eu/IMG/\\_article\\_PDF/article\\_410.pdf](http://www.hypergeo.eu/IMG/_article_PDF/article_410.pdf), visitado en 25 de mayo de 2015.
- Escobar, Arturo y Álvaro Pedrosa (1996). *Pacífico: ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Cerec.
- Escobar, Arturo (2000). "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo?" *En La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*.

- Perspectivas latinoamericanas*, Eduardo Lander (Comp.): pp. 69-87. Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- \_\_\_\_\_ (2010). *Territorios de diferencia: lugar, movimientos, vida y redes*. Popayán, Colombia: Envión.
- Fajardo, Darío (2014). *Las guerras de la agricultura colombiana 1980-2010*. ILSA: Bogotá.
- Favareto, Arilson (2006). “Paradigmas do desenvolvimento rural em questao- do agrário ao territorial”. Disertación doctoral, Universidade de Sao Paulo, Brasil.
- Foucault, Michel (1972) *The archaeology of knowledge*. Londres: Tavistock Publications.
- Giddens, Anthony (1995). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Gros, Christian (1997). “Indigenismo y etnicidad: el desafío neo-liberal”. En *Antropología en la modernidad*. María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Comp.): (15-60). Bogotá: ICANH.
- Grossberg, Lawrence (2003). “Identidad y estudios culturales”. En *Cuestiones de Identidad*, Stuart Hall y Paul du Gay (Comp.): pp. 148-180. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Guzmán, Marcela (2007). El espacio urbano y las relaciones sociales: una mirada a las teorías de Edward Soja. *Revista Comunicación*, número 002. Pp. 36-42
- Hall, Stuart (1992): “The question of cultural identity”. En *Modernity and its Futures*. Cambridge: Polity Press.
- Habermas, Jürgen (1987) *The philosophical discourse of modernity: twelve lectures*.
- Harvey, David (1989) *The condition of postmodernity*. Oxford: Blackwell.
- \_\_\_\_\_ (2006). “Notas hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual”. Geobaires: Cuadernos de geografía.
- Holland, Dorothy, William Lachicotte, Debra Skinner y Carole Cain (1998). *Identity and Agency in Cultural Worlds*. Cambridge: Harvard University Press.
- Holland, Dorothy y Jean Lave (2001). “History in Person: An Introduction”. En *History in Person. Enduring Struggles, Contentious Practice, Intimate Identities*,

- Dorothy Holland y Jean Lave (Comp.): pp. 3-36. Santa Fe, NM: School of American Research.
- Kay, Cristóbal (2007). 'Enfoques sobre el Desarrollo Rural en América Latina y Europa desde Medios del Siglo XX' En *La Enseñanza del Desarrollo Rural: Enfoques y Perspectivas*, Edelmira Pérez (Comp.): pp. 5-48. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Lefebvre, Henri (1976) [1970] "Reflections on the politics of space". *Antipode*, 8 (2), 30-37.
- \_\_\_\_\_ (1991) [1974]. *The production of space*, Oxford: Blackwell
- Lois, María (2010). "Estructuración y espacio: la perspectiva de Lugar". *Geopolítica(s)* 2010, vol. 1, núm. 2, pp. 207-231.
- Losonczy, Annie-Marie (1999). "Memoria e identidad: los negro-colombianos del Chocó" En *De montes, ríos y ciudades. Territorios e identidades de la Gente Negra en Colombia*. Juana Camacho y Eduardo Restrepo (Comp.): (13-24). Bogotá: Fundación Natura- ECOFONDO-ICANH.
- Losonczy, Annie-Marie (1997). "Hacia una antropología de lo inter-étnico: una perspectiva negro-americana e indígena" En *Antropología en la modernidad*. María Victoria Uribe y Eduardo Restrepo (Comp.): Bogotá: ICANH.
- Machado, Abasalón (1977). *El Café: de la aparcería al capitalismo*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Mançano, Bernardo (2009). "Territorio, teoría y política" En *Las configuraciones de territorios rurales en el siglo XXI*. Fabio Lozano y Juan Guillermo Ferro (Comps). Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Merrifield, Andrew (1993), "Place and space: a Lefebvrian reconciliation", *Transactions of the Institute of British Geographers*, 18(4), pp.516-531
- Mina, Mateo (1975). *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Bogotá: Ediciones la Rosca.
- Mora, Ana Sabrina (2008). *Propuestas metodológicas en investigaciones socio-antropológicas sobre el cuerpo*. Argentina: Universidad de La Plata.
- Mosquera, Claudia, Mauricio Pardo y Odile Hoffmann (2002). *Afrodescendientes en las Américas. Trayectorias sociales e identitarias. (150 años de la abolición de la*

*esclavitud en Colombia*). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-ICANH-IRD-ILAS.

Observatorio de Discriminación Racial (2011). *La disputa por los recursos naturales en los territorios afrocolombianos: El caso de Buenos Aires y Suárez (Cauca) desde una perspectiva de derechos humanos*. Bogotá: Universidad de los Andes.

Oslender, Ulrich (2002). “Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una ‘espacialidad de resistencia’”. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 115, <http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-115.htm>, visitado 13 de marzo de 2015.

\_\_\_\_\_ (2010) La búsqueda de un contra-espacio: ¿hacia territorialidades alternativas o cooptación por el poder dominante?. *Geopolítica(s)* 2010, vol. 1, núm. 1, Pp. 95-114

Osorio, Flor Edilma (2010). “Identidades rurales en perspectiva territorial: dinámicas cambiantes en tiempos de crisis”. México Veredas: *Revista de Estudios Lingüísticos*, vol. 28, núm. N/A, Pp. 559-597.

Quijano, Aníbal (1991). “Colonialidad y modernidad/racionalidad”. *Perú indígena*, vol. 13, n° 29, pp.11-29.

\_\_\_\_\_ (2000a). “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” En *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Edgardo Lander (comp.): ().Buenos Aires: CLACSO.

\_\_\_\_\_ (2000). “Colonialidad del poder y clasificación social”. *Journal of world-systems research*, vol. I, 2, Summer/Fall, pp. 342-386.

Quintero, María Catalina y Germán Palacio (2013). “Naturaleza, comunidad y capital: análisis del conflicto socioambiental generado por la construcción y operación de la represa Salvajina en el norte del Cauca (Colombia)” En *Desarrollo y ambiente: Contribuciones teóricas y metodológicas*, Nohra León Rodríguez (Comp.): pp. 113-177. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Instituto de Estudios Ambientales.

Restrepo, Eduardo (2002). “Memories, Identities, and Ethnicity: Making the black community in Colombia”. Tesis de maestría, Departamento de Antropología. Universidad de Carolina del Norte.

- \_\_\_\_\_ (2004). “Hacia los estudios de la colombias negras” En *Estudios Afrocolombianos: aportes para un estado del arte. Memorias del primer coloquio nacional de Estudios Afrocolombianos*. Axel Rojas (Comp.): (19-58). Popayán: Editorial Universidad del Cauca.
- Restrepo, Eduardo y Axel Rojas (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Robles, Bernardo (2011). “La entrevista en profundidad: una técnica útil dentro del campo antropofísico”. *Revista Cuicuilco* vol. 18, núm. 52, septiembre-diciembre, 2011, pp. 39-49.
- Rojas, Axel (2004). “Subalternos entre los subalternos: presencia e invisibilidad de la población negra en los imaginarios teóricos y sociales” En *Conflicto e (in)visibilidad Retos en los estudios de la gente negra en Colombia*. Eduardo Restrepo y Axel Rojas (Comp.): (157-172). Cali: Editorial Universidad del Cauca.
- \_\_\_\_\_ (2011). “Territorios culturales y territorios jurídicos: el derecho étnico como posible fuente de despojo para la comunidades negra del norte del Cauca”. Ponencia presentada en Seminario Internacional Territorios Étnicos y Autonomía en América Latina, noviembre 9, 10, 11, en Bogotá.
- Salgado, Carlos (2002). *Los campesinos imaginados*. Cuadernos Tierra y Justicia, No. 6. Bogotá: ILSA, Ediciones Antropos.
- Smith, Neil (1990) [1984]. *Uneven development: nature, capital and the production of space*. Oxford: Blackwell.
- Soja, Edward (1997). “El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica”. *Geographikós* N° 8: 71-76.
- Vélez Irene, Varela Daniel, Rátiva Sandra, Salcedo Andrés (2013). “Agroindustria y extractivismo en el Alto Cauca. Impactos sobre los sistemas de subsistencia Afrocampesinos y resistencias (1950-2011)”. *Revista Ciencias Sociales*. No. 12, Pp. 157–188, julio–diciembre 2013. Cali, Colombia.
- Vélez Irene y Vélez Hildebrando (2011). *Acaparamiento del agua y despojo de la tierra en el Alto Cauca: Estudio crítico sobre (in)justicia hídrica y derecho al agua en Colombia*. Canadá: Proyecto Planeta Azul.

- Villa, William (2001). “La sociedad negra del Chocó: Identidad y movimientos sociales”. En *Acción colectiva, estado y etnicidad en el Pacífico colombiano*, Mauricio Pardo (Comps.) pp. 207-228. Bogotá: Icanh-Colciencias.
- Wacquant, Loïc (2006) [2000] *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Wade, Peter (1997). *Gente negra nación mestiza. Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Wade, Peter (1996). “Identidad y etnicidad” En *Pacífico: ¿Desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Escobar, Arturo y Álvaro Pedrosa (comp.): (283-288). Bogotá: Cerec.
- Williams, Raymond (1977), *Marxism and literature*, Oxford: Oxford University Press.
- Zambrano, Fabio. 2002. “La ciudad en la historia” En *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Torres, Viviescas y Pérez, (Comps.). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

## ANEXOS

### **Entrevistas**

José Lino Carabalí, 6 de julio de 2015

Isabel Valverde, 7 de julio de 2015

Isidoro Lucumí, 10 de julio de 2015

Claudia Ararat, 11 de julio de 2015

Anatolio Lucumí, 12 de julio de 2015

Ana Apolonia González, 13 de julio de 2015

Carlino Ararat, 15 de julio de 2015

Gonzalo Lucumí, 16 de julio de 2015

Irma González, 18 de julio de 2015

Jorge González, 21 de julio de 2015

### **Recorridos fincas “Un día en la vida de...”**

Isabel Valverde, 7 de julio de 2015

José Líder Ibarra, 9 de julio de 2015

Isidoro Lucumí, 10 de julio de 2015

Anatolio Lucumí, 12 de julio de 2015

Ana Apolonia González, 13 de julio de 2015

Octavio Carabalí, 20 de julio de 2015

José Nieves Lucumí, 23 de julio de 2015



**Fuente:** Ararat et al. (2013) (Vista del corregimiento de La Toma)



**Fuente:** Laura Cortés (2015) (Vista de la represa La Salvajina desde la cabecera La Toma)



**Fuente:** Laura Cortés (2015) (Doña Isabel contemplando su finca)



**Fuente:** Laura Cortés (2015) (Trabajo en la finca de la familia Ibarra González)



**Fuente:** Laura Cortés (2015) (José Líder Ibarra trabajando en el semillero de café)



**Fuente:** Laura Cortés (2015) (Doña Pola secando el café)